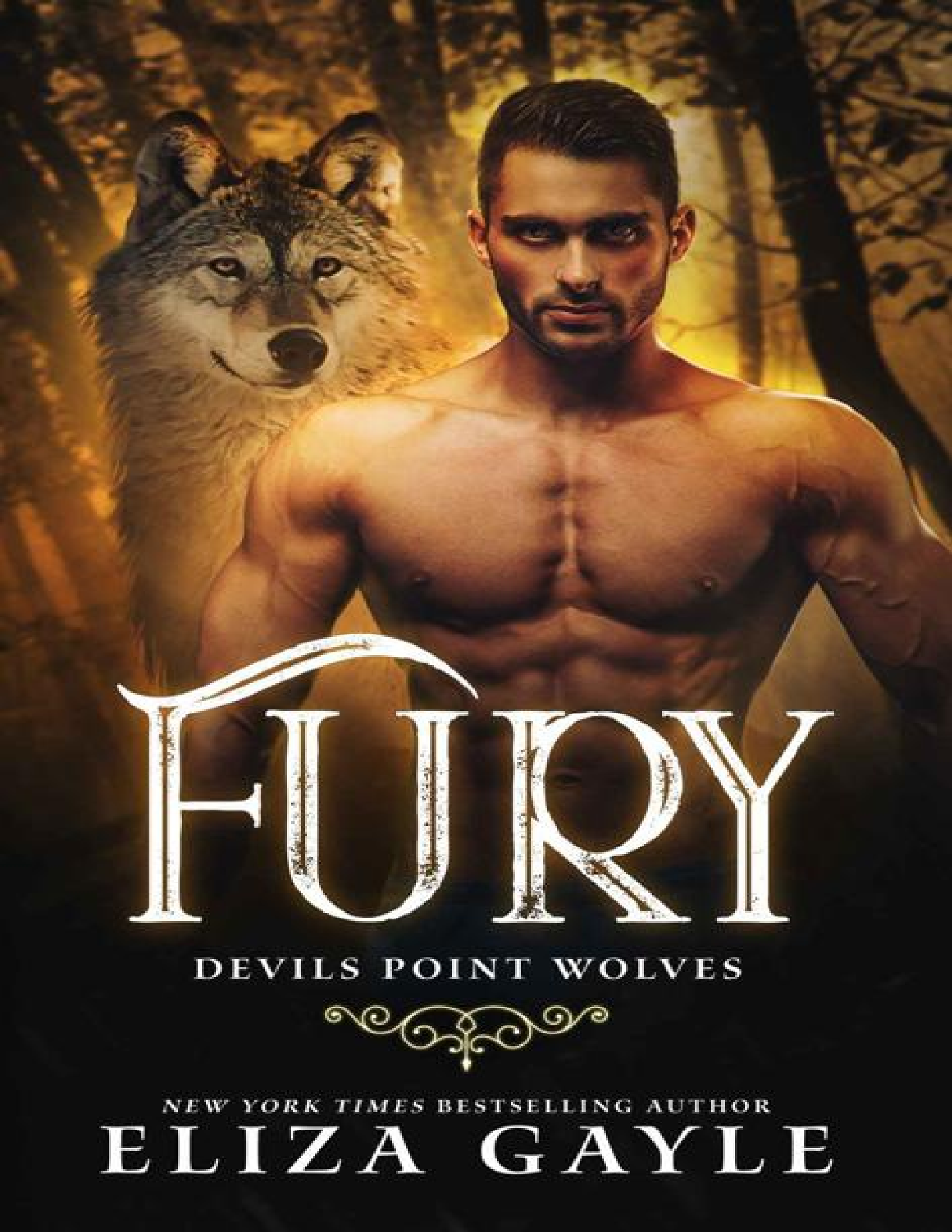




FURY

DEVILS POINT WOLVES



NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

ELIZA GAYLE

FURIA

LOBOS DE PUNTA DEL DIABLO

ELIZA GAYLE

GYPSY INK BOOKS

Furia

Lobos de Punta del Diablo #6

por Eliza Gayle

Publicado por Gypsy Ink Books, © 2017 Eliza Gayle

Todos los derechos reservados

eliza@elizagayle.com

Suscríbete al boletín de Eliza en elizagayle.com/newsletter

ÍNDICE

[Acerca del libro](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

ACERCA DEL LIBRO

Acerca del libro

Un poco de furia nunca hace daño... hasta que el FBI llama a la puerta.

Sawyer no salió de la destrucción del Club Diablo sin cicatrices. Muchas de ellas. Surcan su cuerpo de pies a cabeza. Su manada está tratando de ayudarlo a recuperarse, pero entre el agobio y los susurros, él no está interesado. Una vez más, su vida ha sido destruida por cazadores y esta vez no quiere empezar de nuevo. Quiere venganza. Definitivamente no quiere hacer de niñera de una agente federal, sin importar cuántos de sus botones ella pulse.

Penelope Bishop siempre ha querido probarse a sí misma como una de las mejores perfiladoras del FBI, pero ha tenido que luchar para salir de la infame sombra de su padre. Finalmente, se le ha dado la oportunidad de demostrar que puede manejar un caso de alto perfil por su cuenta. La envían a la Isla de Punta del Diablo para perfilar al sospechoso que colocó un explosivo en un club de striptease. Excepto que lo que encuentra no encaja en ningún perfil que haya visto antes y el local asignado para ayudarla está más interesado en su propio resentimiento y en el color de las bragas que ella lleva.

CAPÍTULO UNO

Sawyer oyó cómo su mundo se desmoronaba antes de que realmente sucediera.

En un segundo estaba atravesando el vestíbulo de entrada del Club Diablo, el club de striptease propiedad de su manada, los Lobos de Punta del Diablo, y al siguiente un sonido ensordecedor estalló en sus oídos, tan fuerte que pensó que la isla explotaba a su alrededor. Un instante después, el edificio hizo exactamente eso mientras corría hacia la parte trasera para escapar de los escombros que se derrumbaban.

Una oleada de calor desde atrás le chamuscó la espalda, empujándolo hacia adelante, desesperado por escapar. Sus pies humanos se movían, pero apenas lo suficientemente rápido mientras saltaba para esquivar las llamas. Sin tiempo que perder, logró llegar detrás del escenario y la puerta de salida ahora se alzaba frente a él al final de un largo pasillo.

Tengo que salir.

Su instinto de supervivencia se había activado y era todo lo que su mente le permitía. Un humo espeso y denso llenaba el aire, haciendo su escape aún más difícil. Pero el calor que aún subía por su espalda y le quemaba el cuero cabelludo le advertía que no se detuviera.

Al mismo tiempo, su lobo empujaba contra su piel, luchando por el control. Necesitaba ser libre para salvar al hombre. Por una vez, Sawyer dejó de luchar contra su bestia interior y dejó que sucediera. El pelaje brotó a través de su piel caliente, el cambio desgarrándolo mientras alcanzaba la puerta, deteniéndose solo lo suficiente para que el hombre abriera la salida de emergencia cerrada. Sus pulmones gritaban por aire.

Fue el lobo quien saltó del edificio en explosión y fue el lobo quien se detuvo en seco al oír el gruñido abrupto de su alfa.

Se volvió para ver la emanación de humo y llamas mientras otros miembros de la manada huían del club detrás de él. Uno a uno, las personas que consideraba su familia emergían de la destrucción.

Dante, el Alfa que había reclamado su atención, ladraba órdenes desde su lado y todos se apresuraban a ayudar. Sawyer se quedó paralizado, examinando cada rostro que emergía del espeso humo. Cuando la gente dejó de salir, se sobresaltó y escaneó el estacionamiento. Buscando a...

Números y nombres volaron por su mente hasta que contabilizó a todos menos a ella.

Mierda. No. ¡No! ¡NO!

Se volvió hacia el edificio y corrió hacia la puerta.

Dante le ganó. —Quédate atrás —ordenó—. No es seguro.

Sawyer intentó discutir, pero solo un gruñido salió de su garganta. Mierda. El lobo. Frustrado por perder tiempo, obligó al lobo a retroceder y al hombre a avanzar. El pelaje se suavizó convirtiéndose en piel, los huesos crujieron y se alargaron hasta que finalmente se encontró cara a cara con uno de los tres hermanos Alfa que juntos gobernaban su manada.

—Dani. No está contabilizada —jadeó—. Tengo que ir. Si ella muere, *él* muere. —Ambos sabían lo que Dani significaba para la manada. No importaba que su mejor amigo Creed aún no la hubiera reclamado oficialmente. Una compañera era una compañera. Reclamada o no, era la ley de su naturaleza. El cuidado y la protección de las pocas compañeras en su mundo tenían prioridad sobre todo lo demás. Incluso su vida.

—Iré yo —insistió el Alfa.

Sawyer negó con la cabeza. —No. Tengo que hacerlo yo. Tú tienes una manada entera que cuidar y una compañera esperándote. Además, no tengo a nadie esperándome. Puedo hacer esto.

El rostro de Dante se endureció un momento antes de asentir en señal de aprobación. Ambos sabían que no tenían mucho tiempo. —Ve —dijo, quitándose la camisa del torso—. Usa esto para cubrirte la cara. Y por el amor de Dios, mantente agachado.

Sawyer agarró la prenda y corrió. No había mucho tiempo que perder, si es que quedaba alguno.

Dani no era como ellos. No tenía ningún poder sobrenatural que la protegiera, dejándola indefensa ante el fuego. Sin dudarlo, abrió la puerta de un tirón y se sumergió en la oscuridad.

Años trabajando en seguridad para la manada y en el club le permitieron pasar rápidamente el pasillo lleno de escombros y llegar al backstage sin perder tiempo. La falta de sonido, aparte del rugido del fuego y la caída de escombros, lo perturbaba. ¿Por qué no estaba pidiendo ayuda? Avanzó más rápido a través del humo.

Los recuerdos de la angustia de Creed cuando vio morir a su madre frente a él hicieron que Sawyer avanzara frenéticamente. Nunca quería ver a su compañero de manada sufrir así de nuevo.

—¡Dani! —gritó. El área detrás del escenario donde normalmente se reunían las bailarinas estaba llena de vidrios rotos, trajes chamuscados y muebles destrozados. Pero en su mayor parte, el fuego aún no había llegado a esta zona del edificio.

—Por aquí —respondió débilmente, seguido de una serie de toses.

Corrió en dirección a su voz, lanzando muebles fuera de su camino mientras avanzaba. Por una vez, no tendría que explicar su fuerza sobrenatural como una explosión de adrenalina, como lo hacían tan a menudo cuando un humano curioso veía más de lo que debía. Gracias a Creed, ella ya sabía que no eran humanos. Por supuesto, usaba ese incómodo conocimiento para mantener a su compañero a más de un brazo de distancia. Algo que Sawyer no podía entender considerando que ella seguía trabajando aquí. ¿Por qué seguir viniendo a la isla si realmente temía a su

especie?

Sawyer se echó hacia atrás por un momento, tomando aire. Estaba cerca ahora, podía oler su miedo. Levantó una viga humeante y el techo sobre él comenzó a temblar. Con el camino frente a él parcialmente despejado, finalmente pudo ver a la preciosa compañera de Creed.

—Vamos, Dani. Toma mi mano.

Con una mueca estampada en su bonito rostro que más tarde sabría que se debía a un golpe que se dio en la cabeza, extendió su delgado brazo y él agarró sus dedos. Al mismo tiempo, una ráfaga de llamas estalló a través de una nueva grieta en la pared y le chamuscó el brazo. No la soltó. En cambio, lo ignoró y tiró de Dani rápidamente hacia su lado.

—¿Lista para dar por terminada la noche? —sonrió, aliviado de verla ilesa.

Ella no logró esbozar una sonrisa en respuesta, pero el alivio en sus ojos coincidía con lo que él sentía.

—Dios, sí. Por favor, sácame de aquí.

Parecía haber más significado en sus palabras, pero no tenía tiempo para detenerse o preguntar. Corrió de vuelta por donde había venido, tirando de Dani tanto como su humanidad lo permitía.

Afuera en el pasillo, las llamas ascendían por las paredes, alimentadas por capas de pintura y papel tapiz. Estaban casi rodeados y su ventana de escape se cerraba.

—Quédate justo detrás de mí —instó, colocándola contra su espalda.

Detrás de ellos, las paredes del edificio continuaban desmoronándose y derrumbándose.

Mierda. No lo iban a lograr. El lobo lo empujó de nuevo, urgiéndole a correr más rápido o ceder el control. Esta vez se resistió. No era solo su vida la que pendía de un hilo en ese momento. O al menos no era la importante. Tenía que haber un poco más de tiempo para salvarlos a ambos.

Tenía que hacer esto. Por Dani y por Creed. Le debía todo a Creed.

La madera se astilló sobre ellos, el sonido ensordecedor para sus oídos hipersensibles. El lobo gruñó. Las llamas saltaron y trozos de yeso llovieron sobre ellos. Ya no podía ver la salida.

Dani gritó.

Él apretó sus dedos y se aferró.

Había estado tan concentrado en sacarlos que no se dio cuenta de que la sección del techo bajo la que estaban se estaba derrumbando hasta que fue derribado al suelo por una viga en llamas.

El repugnante olor a carne quemada le quemó la nariz y le hizo llorar los ojos segundos antes de que registrara el dolor. Un dolor blanco y ardiente lo invadió, arrastrándolo sin ningún otro lugar adonde ir.

Los gritos llenaron sus oídos mientras perdía el agarre de Dani. El humo llenó sus pulmones. No podía respirar. Sin más aire que tragar, el aplastamiento de sus pulmones colapsados lo presionaba con la fuerza de mil libras. La agonía lo desgarraba.

A pesar del dolor y su disminuyente capacidad para enfocarse en su entorno, un pensamiento aún prevalecía.

Había fallado... de nuevo.

CAPÍTULO DOS

Sawyer se sacudió hacia adelante y se puso de pie de un salto. En un segundo dormido, al siguiente completamente despierto y en forma transformada.

Maldita sea.

El lobo gruñó y resopló un momento antes de que el pelaje retrocediera, dando paso a la carne y el hueso. Sawyer permaneció agachado hasta que estuvo estable sobre sus pies mientras tomaba grandes bocanadas de aire limpio y libre de humo.

Cuatro días después del incidente, comenzaron las pesadillas. Desde entonces, se despertaba día tras día con el dolor aplastante de sus pulmones colapsando y su lobo mirándolo en el espejo que mantenía cerca de la cama.

Transformarse mientras dormía no era algo común. Solo podía ser desencadenado por su instinto de lucha o huida. Desafortunadamente, ese instinto había estado en modo hipersensible durante demasiado tiempo.

Se pasó las manos por el cabello y tomó más respiraciones profundas, rogando por calma.

El incendio había terminado, el daño estaba hecho. Nada de aquella noche horrible podía cambiarse. Entonces, ¿cuál era el punto de revivirlo una y otra vez? Aparte de volverse loco, claro está.

Automáticamente, se llevó la mano a la cadera y recorrió con los dedos los surcos profundos de las cicatrices que se entrecruzaban en su pierna desde la cintura hasta la rodilla. Por lógica, esa viga de dos toneladas debería haberlo matado. Todos lo pensaron así.

En cambio, su ADN de cambiante se había puesto a trabajar y lo había remendado lo mejor que pudo. Los cambiantes rara vez quedaban con cicatrices. Su curación acelerada tenía una forma de superar muchas cosas en poco tiempo.

Excepto en su caso, el daño había sido demasiado profundo para cuando Creed logró liberarlo. Su memoria más allá del dolor abrasador de su cuerpo cediendo seguía borrosa, lo que probablemente explicaba por qué siempre se despertaba en el mismo momento de su pesadilla.

Sawyer apartó los recuerdos, enterrándolos tan profundo en su mente como pudo, antes de estirarse para ponerse de pie mientras observaba cómo las cicatrices se fruncían y tiraban al moverse. No le dolían exactamente, pero sentía la piel intentar flexionarse y fallar cada vez que

se movía. Servía como un recordatorio constante de que ya no era lo que solía ser.

Completo.

Él lo sabía. Y la manada lo sabía.

En la naturaleza, un lobo herido se quedaría atrás de la manada hasta que eventualmente se rezagara y lo dejaran atrás. El reino animal tenía reglas y todas se trataban de la supervivencia de la manada y la supervivencia de los fuertes. Los débiles siempre se quedaban atrás.

Sawyer respiró profundamente, esperando calmar su pulso acelerado, y tomó sus vaqueros del respaldo de una silla cercana. Mientras se los ponía, se recordó a sí mismo que no estaban exactamente en la naturaleza. También eran humanos. Al menos eso era lo que Dante y Creed le repetían una y otra vez.

No eran como otras especies. Tenían las cualidades y el ADN tanto de humanos como de animales, lo mejor de cada uno en realidad.

Dejando sus pantalones colgando bajos y desabrochados, Sawyer se alivió en el pequeño baño. Esta rutina matutina en la que tenía que recordarse a sí mismo dónde pertenecía y por qué lo irritaba. No era un niño que no entendiera el mundo. Él *conocía* el mundo.

Y cómo cada resquicio feo y sucio ocultaba la verdad.

Antes de que su cerebro pudiera hundirlo más profundamente en el pozo de su autocompasión, sonó un golpe en su puerta. Se giró y levantó la cortina sobre la ventana del baño. En el horizonte, un fragmento del sol matutino lanzaba un rayo de luz en su dirección. ¿Quién demonios se atrevía a venir a llamar tan malditamente temprano?

Tal vez podría ignorarlo. No tenía ganas de charlar ociosamente con ninguno de sus compañeros de manada en este momento. A menos que quien fuera quisiera que le arrancaran la cara a mordiscos solo por diversión. Eso probablemente podría complacerlo.

Los golpes se hicieron más fuertes, más insistentes. No se rendían.

—Demonios. Ya voy. —Cruzó el pequeño espacio y la abrió de un tirón, casi arrancándola de las bisagras—. ¿Qué diablos quie...?

Las palabras enojadas murieron en sus labios cuando se encontró cara a cara con Damien, otro de los hermanos Alfa que lideraban su manada.

—Qué gusto verle también, rayito de sol.

Sawyer se encogió ante las palabras cargadas de sarcasmo. Responder con insolencia a un alfa a menudo venía con consecuencias sutiles y a veces no tan sutiles. Como el impulso casi abrumador de inclinar la cabeza. Tal vez incluso disculparse. Ninguna de las cuales Sawyer se sentía inclinado a hacer, sin importar si el lobo de Damien lo esperaba o no. La gente apareciendo para revisarlo a cada momento se estaba volviendo viejo.

—¿Me va a invitar a entrar? —preguntó Damien.

Sawyer vaciló solo un segundo antes de retroceder y dejar que la puerta se abriera de par en par. No, realmente no quería invitar a nadie a entrar. Sus habilidades de limpieza eran una mierda

antes del incidente en el club, pero después eran bastante atroces. Lo último que necesitaba era una charla o una mano amiga.

—¿Qué es ese olor? —Damien miró alrededor de su pequeña cabaña, entrecerrando los ojos mientras observaba el desorden.

—Olvidé sacar la basura esta semana.

Damien se volvió hacia él, con las cejas levantadas.

—¿Esta semana, eh? —tosió—. Más bien este mes.

—Me ocuparé de ello hoy. —No es que importara. No necesitaba ni quería invitados y si el olor les ofendía, estaba bien para él. Tal vez se irían antes.

—Tengo un trabajo para usted.

Para su sorpresa, en realidad se animó ante las palabras de su alfa. Aunque en retrospectiva, debería haber sabido que estaba a punto de cargar con algo de mierda. Parecía haber una conspiración entre su manada para mantenerlo demasiado ocupado con estupideces como para lidiar con sus planes de venganza.

—Planeaba ir al pueblo hoy. —No era exactamente una mentira, ya que estaba ansioso por salir de la isla y comenzar a rastrear a los cabrones responsables.

Malditos cazadores. Parecían haber dedicado sus vidas a matar a los de su especie. Esta vez la manada contraatacaría lo suficientemente fuerte como para hacer que el mensaje penetrara en sus cráneos idiotas.

Damien negó con la cabeza.

—Hoy no. Te necesitamos aquí. Tenemos un problema mayor que tiene prioridad sobre tu constante sed de venganza.

Sawyer mostró los dientes y dejó escapar un gruñido bajo antes de poder evitarlo. —No puedo imaginar nada más importante que encontrar a los cabrones que destruyeron el club. Debemos tomar represalias rápido y con fiereza. Cuanto más esperemos, más difícil será. Perder ese negocio fue un golpe enorme y si no lo afrontamos pronto, las cosas solo empeorarán.

El alfa asintió. —Fue un golpe para la manada, no se puede negar. En muchos más aspectos que el simplemente financiero.

Sawyer se estremeció de nuevo, sabiendo exactamente a qué aspectos se refería. El hedor de la lástima lo golpeó con fuerza, llegando a su nariz de manera aguda y acre. —No necesito eso de usted —bajó la voz por respeto—. De nadie. Pero especialmente no de usted —desvió la mirada por un momento y respiró hondo antes de continuar—. No me arrepiento de lo que hice. Nunca de eso.

—Estoy de acuerdo. Ver a Dani florecer mientras se acerca la llegada de su bebé ha sido una verdadera alegría. Lo que hiciste al salvarla, por extensión, nos salvó a todos.

—Entonces, ¿por qué diablos estoy recibiendo lástima de usted? Eso es una mierda.

Los ojos de Sawyer se abrieron de par en par. —Tal vez necesites controlar esa actitud. La tristeza por lo que te sucedió no es lo mismo que la lástima. La manada está extremadamente agradecida por lo que hiciste. Tu sacrificio nunca será olvidado.

—Preferiría que todo el asunto *fuera* olvidado. Estoy harto de que esto sea un problema constante —agitó la mano frente a su cuerpo cicatrizado—. Esto no es importante comparado con proteger lo que es nuestro.

—Eso te incluye a ti, ¿sabes? —Damien apartó algunos papeles de uno de los taburetes de la cocina y tomó asiento.

Él hizo una mueca. Aparentemente, Damien no se iba a ir pronto.

Sawyer luchó por no sacudir la cabeza. Si ese era el caso, entonces necesitaba cambiar de tema. Su ira era difícil de controlar en un buen día. *Este* no iba a ser un buen día.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con los malditos cazadores responsables de la bomba en el club?

Damien negó con la cabeza. —Aunque aprecio tu determinación y persecución obsesiva de este asunto, tenemos que abordarlo con cuidado.

Sawyer casi explotó. —¿En serio? Creo que el tiempo de ser cuidadosos ya pasó. Necesitamos atacar ahora. Esta espera constante es una mierda.

Damien entrecerró los ojos de nuevo. —Cuidado, Sawyer. Puede que esté agradecido por lo que has hecho y preocupado por tu bienestar, pero eso no significa que vaya a tolerar tu falta de respeto.

Cerró los ojos ante la severa advertencia de su alfa. En parte para tratar de controlarse y para que el otro hombre no pudiera leer su expresión si no lograba calmarse y hacía algo estúpido como poner los ojos en blanco.

—No es eso lo que quise decir —dijo finalmente después de varias respiraciones largas—. Solo... MIERDA... estoy cabreado y mi instinto es salir ahí fuera y hacer algo al respecto. ¿Puedes culparme? Estar sentado aquí con los pulgares metidos en el culo me está volviendo loco.

Damien le dio una palmada en la espalda. —Para nada. Pero en esto tienes que confiar en mí y en mis hermanos, que sabemos lo que estamos haciendo. Confías en nosotros, ¿verdad?

No dudó en asentir con la cabeza. La confianza no se ganaba fácilmente, pero en este caso se había dado libremente hace mucho tiempo. —Confío —levantó la cabeza y abrió los ojos—. Pero si no está aquí para pedir mi ayuda para ir tras los bastardos, ¿por qué está aquí?

—Aunque no lo creas, tenemos problemas más grandes que los cazadores ahora mismo y necesito tu ayuda.

Su interés se despertó. —¿De qué se trata?

—Los federales. Particularmente una que parece empeñada en descubrir toda la verdad sobre lo que pasó aquí en la isla.

—¿Por qué demonios les importaríamos? Esta es propiedad privada —caminó de un lado a otro en su pequeña cocina mientras trataba de darle sentido a esta noticia.

—Eso es lo que necesito que averigües. Su investigadora principal llegó esta mañana y está husmeando por la isla y exigiendo respuestas. Parece empeñada en hablar con cada residente y tiene a todos nerviosos. Si no encontramos una manera de aplacarla y sacarla de la isla pronto, me temo el tipo de daño que podría causar. Asustará a todos.

—¿Ella?

—Sí. Alguna perfiladora estrella de Seattle, que sospecho que busca impulsar su carrera a costa de este caso.

Sawyer se encogió de hombros. —Tal vez lanzar a esta mujer sobre los cazadores no sería una mala idea. Necesitan algo más en qué enfocarse además de nosotros.

Damien negó con la cabeza. —Mala idea si me preguntas. Esos bastardos son muy susceptibles y lo último que necesitamos es que suelten la lengua.

—Ningún federal va a creer historias locas sobre personas que se transforman en animales. Lo considerarían ridículo.

—Aun así. No podemos correr riesgos así ahora mismo. Ha habido mucho derramamiento de sangre por aquí últimamente y la comunidad de cambiaformas se está poniendo nerviosa. De hecho, espero un enlace de Deception Falls más tarde esta semana.

—¿Los osos vienen aquí? Ahora eso sí que suena como una mala idea.

—De acuerdo, pero también está fuera de mi control. Diego se ofreció a ir a verlos y se negaron. Ya sabes lo tercos que pueden ser con su privacidad.

—Malditos osos —Sawyer caminó de un lado a otro de la habitación—. ¿Qué hay de la chica federal? ¿No les advertiste?

Damien levantó las manos en obvia frustración. —Hicimos todo lo que pudimos. Aparentemente el peligro no disuade a los tercos. Así que tenemos que hacer lo mejor que podamos con lo que tenemos. Ahí es donde entras tú. Contamos contigo para distraer y defender si es necesario.

Sawyer cerró los ojos y respiró profundamente. Seguía intentando volver a la normalidad y por una razón u otra, nunca funcionaba. Había tanto pasando por su cabeza que no estaba seguro de cuán efectiva sería su ayuda, pero si la manada lo necesitaba, ¿qué opción tenía?

Giró la cabeza de lado a lado, haciendo crujir los huesos de su cuello para aliviar algo de la tensión constante que fluía por su cuerpo, seguido de sus dedos. —Haré lo que pueda. Pero mierda, esto es un desastre. Y una distracción infernal del verdadero objetivo. Lo haré, pero necesitas recordar una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Damien.

—No esperaré tanto. De una forma u otra, esto tiene que terminar.

Damien entrecerró los ojos. Era obvio que no le gustaban los ultimátums. Pero Sawyer tenía un objetivo final y, en lo que a él concernía, era la máxima prioridad. Cualquier problema que esta

mujer pensara que iba a causar, no podía ser tan difícil de manejar. Encontraría una manera de silenciarla de inmediato y entonces el verdadero trabajo podría comenzar. (Y tal vez podría sacarse estas pesadillas de la cabeza).

—Deshazte de la federal y me aseguraré de que tengas la primera oportunidad con ellos — Damien extendió su mano y Sawyer la agarró, dejando que el hombre lo atrajera en un rápido abrazo.

—Considéralo hecho. Se habrá ido al anochecer.

Damien se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Sawyer cogió una camiseta del respaldo de una silla y se la puso por la cabeza.

—Ah, oye. Si ya está en la isla, ¿dónde está?

—Está esperando a tu peludo trasero en la cafetería —Damien miró hacia atrás con una gran sonrisa en su rostro—. Y yo reconsideraría esa camiseta. No creo que le impresione —Antes de que Sawyer pudiera responder, su puerta principal se cerró de golpe.

Desconcertado, bajó la mirada para ver que la camiseta que había elegido era su desgastada camiseta "DTF" que Creed le había regalado en su último cumpleaños. Una ligera sonrisa tiró de la comisura de su boca. Esa estúpida camiseta había resultado ser un imán para las chicas. Le había sorprendido cuántas mujeres aparentemente estaban dispuestas a follar.

Se pasó la mano por el pelo y se rascó la cabeza. Pero tal vez no tanto con una agente federal estirada y probablemente aburrida como el infierno que seguramente necesitaría una palanca para separar las piernas.

Se quitó la camiseta, percibiendo el olor de dicha prenda y su propio hedor, y gruñó. Luego se dirigió al baño para una ducha rápida. Este estúpido plan requería un enfoque diferente.

CAPÍTULO TRES

Penelope Bishop miraba por el gran ventanal que ocupaba la mayor parte de la pared frontal del pequeño "restaurante" de la isla. Aunque usaba esa palabra con cierta libertad para describir el lugar donde la habían enviado a esperar. Sí, servían comida y sí, tenían un par de mesas para sentarse (la mayoría en el exterior), pero ahí es donde sus expectativas se habían detenido en seco. El establecimiento improvisado parecía más bien un remolque de comida al que alguien le había añadido una pequeña área cerrada. De hecho, eso era exactamente lo que era, hasta la caravana plateada que formaba la base del restaurante.

Sin embargo, tenía cierto encanto inesperado. Las paredes estaban revestidas de madera cálida con sutiles variaciones de color y las lámparas colgantes eran enormes trozos de madera recuperada envueltos en gruesas cuerdas con bombillas Edison colgando de los extremos. Mapas de mareas enmarcados cubrían el escaso espacio de pared y una chimenea eléctrica en un extremo obviamente calentaba el diminuto interior en los días fríos. Podía imaginar fácilmente a los turistas de la isla enamorándose del encanto rústico, así como a los lugareños encontrándolo el lugar perfecto para reunirse y tomar algo antes de comenzar su día.

Al menos, si alguien le preguntaba más tarde sobre su experiencia en la isla, podría proporcionarles este tipo de detalles interesantes. Después de todo, era su trabajo notar más que la mayoría. Hablando del trabajo...

Echó un vistazo a los otros clientes de la sala. Con la parrilla y el mostrador ocupando el ochenta por ciento del espacio, había que pedir en el mostrador y luego sentarse donde se pudiera. Por ahora, ella estaba de pie esperando un lugar para sentarse, ya que las pocas mesas estaban ocupadas.

No tenía ni idea de cómo era ese tal Sawyer con quien se suponía que debía reunirse, pero nadie la miraba como si la estuviera esperando. En su lugar, los clientes mantenían la cabeza baja y parecían evitar el contacto visual con ella. Toda la situación la hacía sentir tan incómoda que requirió cada gramo de su autocontrol para no mantener también la mirada baja y evitarlos.

Esta era su primera misión como líder en el Bureau y contaban con que actuara como tal, no como un ratoncillo asustado. No era una hazaña fácil habiendo crecido bajo la sombra de su padre, más grande que la vida misma, mientras trabajaba en su querido Bureau donde él tenía cierta reputación. Lo llamaban un investigador duro e inflexible con instintos impecables. Ella definitivamente había heredado su don para ver la verdad, pero de alguna manera se había saltado los genes de la dureza. Lo que a él le faltaba en empatía, ella lo había recibido en

abundancia.

De ahí su falta de experiencia en el campo. Los altos mandos preferían esconderla dentro de una oficina realizando investigaciones y lejos de una escena del crimen real.

Hasta este caso.

De repente, su jefe la había llamado y le había notificado que iría a una misión de campo. También se había asegurado de que supiera que todos estarían observando para ver cómo manejaba este caso. Su futuro probablemente dependía de este extraño caso de múltiples capas que involucraba la destrucción de un club nocturno para adultos en la isla más pequeña en medio de la nada.

¿Quién pondría un club así donde casi se garantizaba que no tendría tráfico?

Excepto que su examen en profundidad de sus registros fiscales mostraba que aquí se llevaba a cabo más que un negocio próspero. Lo que la llevaba a creer que la apariencia externa de una isla soñolienta con solo una pequeña temporada turística era engañosa. Había más cosas sucediendo aquí de lo que se veía a simple vista. Estaba segura de ello.

La puerta del restaurante se abrió, apartando su atención de sus pensamientos. Se giró para mirar y un jadeo se escapó de su boca antes de que pudiera evitarlo. No solo el hombre que entraba por la puerta se detuvo y la miró fijamente, sino que todos los demás clientes también se volvieron y la fulminaron con la mirada.

Intentó recuperarse y desviar la mirada, pero fue inútil. No podía dejar de mirar. Con sus más de un metro ochenta, el hombre que estaba allí de pie simplemente se alzaba sobre su metro sesenta y cinco. Pero fue más la amplitud de sus hombros y la forma en que llenaban el marco de la puerta lo que le quitó el aliento. Luego estaba el asunto de sus ojos oscuros, aparentemente magnéticos e hipnotizantes, que la atraían y amenazaban con no dejarla ir jamás.

Era como mirar un eclipse y ser incapaz de apartar la vista, hasta el borde dorado alrededor del centro oscuro.

Apretó los dientes. *Por supuesto que ese no era un pensamiento cursi en absoluto.*

Aun así, ninguno de los dos se había movido y su mirada fija continuaba, empezando a parecer una especie de concurso silencioso de quién apartaría la vista primero.

Excepto por el músculo de su mandíbula. Ese se movió varias veces.

Además de una inclinación por los detalles, también tenía buena visión periférica, lo que le permitía no solo notar la sexy barba incipiente en su mandíbula, sino también otras partes. Su fuerte mentón. Labios carnosos que parecían hechos para... ya sabes.

Y luego estaban las cicatrices. No fue lo primero que notó, pero era imposible pasarlas por alto. El lado derecho de su cara ya no era liso. Carne rosada y pálida, arrugada, de una quemadura al parecer, corría desde su frente hasta la comisura de sus labios. Esa pequeña línea irregular que apenas tocaba su labio superior la intrigaba, y el impulso de tocarlo allí casi la hizo moverse.

Afortunadamente, el balanceo inconsciente de su cuerpo en su dirección la devolvió a la realidad. Por supuesto, sus labios se fruncieron y juró haber visto una pequeña sonrisa antes de que él

controlara su expresión.

Se irguió aún más, si eso era posible, y levantó las cejas en una pregunta silenciosa.

Ella se encogió de hombros como respuesta y permaneció en silencio, aún fascinada por las cicatrices mientras las seguía por su cuello y bajo su camisa.

A menudo, las cicatrices como las suyas hacían que la gente se sintiera incómoda hasta el punto de intentar ocultarlas. Sin embargo, en su caso, simplemente no era así. El hombre que estaba frente a ella exudaba confianza masculina a raudales.

Realmente quería preguntar cómo había sucedido, aunque sospechaba que ya conocía la respuesta. De cualquier manera, no lo hacía menos atractivo a la vista. Era una maldita pared de músculos gigante, hermosa y rugosa, y esas cicatrices eran lo único en él que no estaba esculpido a la perfección. Lo hacían real.

O al menos tan real como podía ser un hombre con una estructura ósea perfecta y hermosa que ninguna cantidad de carne mutilada podía cubrir.

O tal vez era el aura que lo rodeaba, que ella había percibido inmediatamente, lo que lo hacía más grande que la vida misma. Exudaba fuerza como nadie y estaba bastante segura de que ese rasgo atraía a las mujeres desde los tiempos de las cavernas. Una mujer podía contar con que un hombre así la protegería.

Ladeó la cabeza. ¿De dónde diablos había salido ese extraño pensamiento?

No fue hasta que uno de los otros clientes se acercó y le dio una palmada en la espalda que él finalmente rompió su enfrentamiento y se volvió para saludar al hombre que lo interrumpió. Lo cual le dio a ella la oportunidad de examinar el resto de él sin la mirada fija.

Pecho ancho que se estrechaba hacia abajo. Cubierto por una camisa de franela, no podía asegurarlo al cien por cien, pero basándose en el resto de sus músculos, imaginaba que debajo de esa tela se escondían unos abdominales de infarto. Apretó los puños para evitar extender la mano y comprobarlo por sí misma.

Cielo santo. ¿Qué demonios le pasaba?

Apartó la mirada de su cuerpo a la fuerza y se encontró con que él la observaba de nuevo mientras hablaba con el otro hombre.

—Sí, Charlie, todo está bien. Todo ha sanado y estoy aquí para volver al trabajo —asintió en su dirección, obligando al hombre a volverse y mirarla también.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Los habitantes de esta isla tenían una manera de mirarla que la ponía nerviosa. O quizás era simplemente su forma de intentar intimidarla. Fuera como fuese, le erizaba el vello de la nuca y la dejaba con una sensación de sospecha. Estar a la defensiva no era la mejor manera de empezar una investigación.

Así que, por mucho que quisiera desaparecer entre la multitud en ese momento, enderezó la espalda, se armó de valor y dio un paso adelante.

—Tú debes de ser Sawyer —dijo.

—Ajá.

La palabra monosilábica dirigida a ella sonó cortante e incómoda. Al parecer, su escolta en la isla no quería estar allí más de lo que ella apreciaba que la hubieran pasado de mano en mano.

Pues qué pena. Tenía un trabajo que hacer y parecía que llevarse bien con los lugareños era la única manera de lograrlo. Su predecesor en este caso no había llegado a ninguna parte con los residentes de Lobos de Punta del Diablo y su trabajo era investigar más a fondo y encontrar un sospechoso viable para las extrañezas que parecían rodear a esta isla y a sus actuales habitantes.

El hecho de que fuera una propiedad privada y ningún juez local o federal se sintiera obligado a forzar a los propietarios a cooperar no ayudaba. Solo otra interrogante en la larga lista de rarezas en su mente. Por supuesto, a estas alturas, no se le escapaba que probablemente le habían asignado este caso por su género. Avasallar a esta gente no iba a funcionar. Esta situación requería una mano más suave.

—Genial. ¿Qué te parece si...?

—¿Has desayunado esta mañana? —la interrumpió.

Su pregunta abrupta la pilló desprevenida.

—¿Qué? —dudó, respirando hondo para calmar su reacción. Algo en el tono de su voz la ponía nerviosa.

Penelope suspiró. Definitivamente no era el pie con el que quería empezar. Matarlos con amabilidad. Ese era el lema. No asustarlos con su falta de delicadeza.

—No. Pero a menudo me salto...

—Bien, entonces comeremos. Me muero de hambre y el Aullador que prepara Finn te va a encantar tanto que querrás repetir —se volvió hacia el hombre que aún estaba a su lado—. Charlie, gracias por venir a verme. ¿Qué tal si nos reunimos tú, Creed y yo más tarde? Iremos a tomar una cerveza, ya que hace tiempo que no nos vemos.

Una gran sonrisa se extendió por el rostro del hombre mientras los miraba a ella y a Sawyer.

—Claro. Lo que tú quieras, grandullón —su frase terminó con una risa ahogada.

No tenía ni idea de qué era tan gracioso, pero estaba bastante segura de que era a costa suya.

—No tienes que irte por mi culpa —dijo—. Puedo salir y esperar hasta que termines con tu amigo y tu desayuno.

Esta vez Charlie soltó una risita y ella le lanzó una mirada fulminante mientras salía por la puerta sin decir una palabra más. *Maldita sea*. Esto no le gustaba nada. No estaban empezando con buen pie si los dos compartían algún tipo de broma secreta a su costa.

—Tú también vas a comer —Sawyer le rozó la mejilla con la punta de los dedos y le colocó detrás de la oreja el único mechón rebelde que se negaba a quedarse en su sitio—. Saltarse las comidas no es bueno para ti.

Se le atascó la respiración en la garganta. La familiaridad de su tacto era tan magnética como su

mirada. Su piel ardía al paso de su mano. Una vez más, no entendía el repentino hilo de anhelo que la recorría. Por no hablar de lo inapropiado que era. Todo lo cual la mantuvo en silencio ante su actitud dominante.

—Voy a hacer el pedido. Ve a cogernos ese asiento de la esquina antes de que alguien nos lo quite y enseguida voy —por supuesto, no esperó una respuesta, ni ninguna reacción en absoluto. Obviamente, esperaba que se siguiera cualquier cosa que dijera o sugiriera. Se le erizó el vello de la nuca ante esa idea. En menos de cinco minutos ya estaba perdiendo el control de la situación.

Tenía ganas de salir por la puerta y esperar fuera hasta que terminara. Pero su estómago rugió y tuvo que admitir que lo que fuera que el cocinero estaba preparando detrás del mostrador olía excepcionalmente bien.

A regañadientes, asintió y se dirigió al reservado ahora vacío junto a una de las ventanas. Por costumbre, primero cogió unas servilletas del dispensador de la mesa y limpió la superficie y las dos sillas. Luego dispuso los cubiertos de plástico, también proporcionados en una cesta de alambre, en un juego para dos junto con algunas servilletas. Cuando por fin se sentó y levantó la vista para comprobar el progreso de Sawyer, se encontró de nuevo con que la mayoría de los clientes la miraban fijamente.

Claramente, desentonaba aquí como un pulgar dolorido. Así que tenía un poco de manía por la limpieza. La mayoría de la gente apreciaba ese rasgo nervioso. Incluso lo encontraban útil la mayor parte del tiempo.

Miró hacia el mostrador y se topó con la mirada de Sawyer, ya fija en ella. Intentó leer sus pensamientos a partir de su expresión y lenguaje corporal y le resultó imposible. O no tenía ninguna opinión sobre lo que estaba haciendo o sería un excelente jugador de póker.

Momentos después, y antes de que pudiera terminar de analizarlo, cogió dos platos del hombre detrás del mostrador y los trajo a su mesa, colocando uno delante de ella. Al mirar la comida, se le hizo la boca agua mientras intentaba descifrar qué diablos era lo que olía tan bien.

—Gracias —dijo, cogiendo una de las servilletas extra que había preparado y colocándola en su regazo. Tomó el tenedor y empezó a hurgar en la comida.

Había un huevo perfectamente cocido encima, al parecer destinado a cubrir una especie de mezcla de carne y patatas. Movié el huevo y pinchó la carne desmenuzada. ¿Ternera, quizás? Aunque sí reconoció las patatas Yukon Gold. Eran sus favoritas. ¿Quién podría resistirse a su sabor naturalmente mantecoso?

—¿Vas a jugar con la comida o a comértela? —preguntó él.

—Solo intentaba averiguar qué lleva. Huele delicioso.

Una risa profunda retumbó en su pecho, la baja vibración deslizándose por su piel como terciopelo áspero. Su estómago dio un vuelco y se le puso la piel de gallina. Qué sensación tan inusual. Tragó con dificultad, intentando reorientar sus pensamientos ahora revueltos.

—Nena. Es un Aullador. Una especialidad de la isla y creación de Finn. Lo que lleva dentro es parte de su receta secreta. Ni siquiera yo sé todo lo que contiene. Por supuesto, lo principal es el cerdo estofado en cerveza sobre patatas con un huevo encima. Una forma estupenda de empezar

o terminar el día. En vez de intentar deconstruirlo, deberías probarlo —agarró un tenedor lleno de cerdo y se lo metió en la boca abierta.

El cuerpo de Penelope tembló. No, en serio. Jodidamente tembló, haciéndola retorcerse para controlarlo. Su mano se apretó en el tenedor y agarró la botella de agua que él también había puesto frente a ella para tener algo más que la mantuviera ocupada.

—Si tienes algún problema con eso, puedo pedirle a Finn que te prepare otra cosa. Supongo que debería haber preguntado si tenías alergias alimentarias o algo así. Eso es lo políticamente correcto, ¿no? ¿Necesitas algo sin gluten o orgánico? Aunque puedo asegurarte que la mayoría de lo que contiene se cultiva aquí mismo en Punta del Diablo. Sé que muchos de ustedes, los habitantes de la ciudad, tienen paladares exigentes, pero puedes confiar en mí en esto.

Penelope luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco. Podría no estar equivocado sobre sus compañeros de Seattle, pero se equivocaba con ella.

Negó con la cabeza.

—No soy una quisquillosa para comer, solo tenía curiosidad —dijo, tomando nota mental sobre los productos de origen local y lo que eso podría significar sobre la preferencia de los residentes por la sostenibilidad y la privacidad—. Esto está bien.

Para demostrarle que no tenía ningún problema, rápidamente pinchó una patata y se la metió en la boca. Para su deleite, solo ese pequeño bocado era tan bueno que gimió. Su mirada voló y se encontró con la de él.

Mierda.

¿Lo había hecho en voz alta?

Doble mierda.

La sonrisa que se extendió por su rostro ante su incomodidad le quitó el aliento. Como si no fuera ya lo suficientemente atractivo, esa sonrisa le hizo cosquillas en los ovarios. ¿Había algo en el aire de esta isla que le hacía imposible concentrarse o habían enviado a este hermoso dios con cicatrices para distraerla?

De cualquier manera, necesitaba recomponerse y pronto.

—Mi nombre es Agente Bishop.

—¿Eh? —pareció confundido.

—Me llamaste nena. Mi nombre es Agente Bishop. No nena. No soy una nena. Quiero decir... —Suspiró. Aparentemente, a su alrededor estaba destinada a tropezar con cada palabra que salía de su boca.

Él se reclinó en su silla y mantuvo su sonrisa firmemente en su lugar.

—*Definitivamente* eres una nena. Pero si quieres que te llame Agente Bishop, puedo hacerlo también. Tal vez.

Afortunadamente, su tono arrogante finalmente la hizo volver a la tierra. Y como no iba a

dignificar esa tontería de nena con una respuesta, se concentró en su comida. Comieron en silencio y ella devoró cada bocado. La combinación de patatas, cerdo, huevo y lo que sabía a espinacas baby frescas y una perfecta combinación de varias especias que no podía identificar del todo, resultó más sofisticada de lo que había pensado originalmente. Tenía la sensación de que el chef residente era más que un chico local autodidacta. Sus habilidades indicaban formación en una escuela culinaria.

Aunque por qué alguien se formaría así para terminar aquí en este pequeño restaurante improvisado no tenía ningún sentido. Tenía que tener raíces en la comunidad que lo atrajeron de vuelta...

Hizo una nota mental para investigar los antecedentes de Finn. Averiguar cuándo y dónde vivió antes de establecerse aquí. Y dónde estudió. Sonrió interiormente. El diablo siempre estaba en los detalles.

—¿Sigues conmigo?

Su pregunta la arrancó nuevamente de sus observaciones errantes.

—Sí, por supuesto. —Colocó su tenedor en el plato vacío y se reclinó—. Tenías razón sobre ese plato. Está realmente bueno. ¿Se llama aullador por el huevo encima o algo así?

Él recogió sus platos y se levantó.

—Algo así. —Los llevó al mostrador donde el chef los retiró rápidamente.

Penelope mantuvo sus ojos en su supuesto guía mientras caminaba de vuelta los pocos metros hasta su mesa. Le dio un momento fugaz para echar otro vistazo al resto de él. Además de la sexy camisa de leñador de franela, llevaba vaqueros que abrazaban sus piernas a la perfección y botas de cuero marrón en los pies. Nada fuera de lo común debería haberle llamado la atención y, sin embargo, todo en él lo hacía. Las cicatrices, los ojos hipnotizantes, los dedos que habían tocado su piel...

Se enderezó en su asiento e ignoró el calor que fluía por su cuerpo. Como no podía encontrar sentido a su reacción, simplemente optó por ignorarla y ponerse manos a la obra. Cuando Sawyer volvió a tomar asiento, ella comenzó.

—Sin duda sabes por qué estoy aquí. Así que, ¿por qué no me dices por qué estás *tú* aquí? ¿Por qué necesito un acompañante para llevar a cabo mi investigación?

—¿Es eso lo que crees que soy? ¿Tu niñera?

Asintió con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que pienso, lo que no sé es por qué. Así que, por favor, ilumíname.

—Eres una mujer que va al grano. Creo que me gusta eso. También eres un poco estirada cuando se trata de tu entorno, aunque mentalmente tomas nota de todo lo que ves. Tengo curiosidad por eso. ¿Por qué no empezamos contigo, Agente Bishop? ¿No crees que necesitamos establecer cierta confianza entre nosotros antes de empezar a trabajar juntos?

Su boca se abrió por un momento hasta que la obligó a cerrarla. No tenía idea de lo que había

esperado de este hermoso hombre, pero no era ese proceso de pensamiento perfectamente lógico que prácticamente la veía por dentro.

Agarró la servilleta frente a ella y retorció los extremos.

—Supongo que es una petición razonable, teniendo en cuenta todo. —No es que quisiera a este hombre en su cabeza más de lo que ya estaba. Hora de darle la vuelta a la tortilla—. Entonces, ¿qué te gustaría saber? ¿Mi edad? ¿Mi talla de ropa? ¿Si quería ser agente del FBI cuando era niña? ¿Es eso lo que tenías en mente? —Se removió en su asiento, inclinándose hacia adelante—. Veintisiete, cuarenta y cuatro, y sí. ¿Eso te sirve?

CAPÍTULO CUATRO

Joder. Sawyer tragó saliva con dificultad. Estaba en problemas con esta. Ella se inclinó hacia él, permitiéndole absorber aún más de su dulce aroma que ya estaba provocando sus sentidos. Y casi explotó. Su lobo, ya atento, entró en alerta máxima y empujó contra su piel. Sawyer tuvo que apretar la mandíbula y concentrarse a la fuerza para no revelar algo que no debía.

La señorita Bishop estaba totalmente equivocada sobre lo que él quería saber. Le importaba un bledo su edad o talla de ropa. Tenía una visión increíble y ya sabía que ella era del tamaño perfecto. Las curvas y un poco de carne extra eran justo lo que le gustaba.

Con su aroma aún nadando en su cabeza, sintió el impulso de saber también a qué sabía. Echó un vistazo a su mano izquierda y respiró aliviado al descubrir que no llevaba anillo de bodas. Su lobo podría haber querido hacer algo loco, como matar a alguien, si ella estuviera comprometida.

—Supongo que es un buen lugar para empezar, aunque un poco superficial, ¿no crees? Tu edad y talla no significan nada para mí. Aunque sí tengo curiosidad por saber por qué una niña eligió el FBI.

Ella se encogió de hombros.

—Mi padre era agente.

—Ah. Eso tiene sentido entonces. Toda niña necesita un buen padre como modelo a seguir.

Sus cejas se elevaron mientras lo miraba con una buena dosis de escepticismo.

—¿Tienes mucha experiencia con niñas pequeñas? —preguntó.

—No te pases de lista, ag... Agente Bishop. No solo trabajo y vivo en esta isla, considero a mis vecinos como mi familia. Y eso incluye a las mujeres con las que crecí.

Eso pareció llamar su atención, ya que su expresión se suavizó.

—¿Por qué es eso? —preguntó—. Me refiero a la parte de los vecinos siendo tu familia. ¿Qué hay de tu familia verdadera? ¿Dónde viven?

Sawyer cerró los ojos y respiró hondo. Debería haber visto venir esa pregunta desde lejos. Aparentemente, él mismo había abierto la puerta y desplegado la alfombra roja. Parecía que la señorita Bishop lo había descolocado. Apretó la mandíbula ante el recuerdo que quería olvidar.

—Mis padres solían vivir aquí también. Hasta que ambos murieron en un accidente de coche. — Una mentira que ella nunca detectaría.

Un suave jadeo escapó de sus exuberantes labios. Lo sabía porque había estado pendiente de ellos prácticamente desde que se sentaron. A menudo se mordía el inferior y se le hinchaba un poco por ello, haciéndole querer inclinarse y lamerlo. O tal vez mordérselo él mismo.

Uf. No podía controlar sus pensamientos desbocados cuando se trataba de esta mujer. Y ella seguía distrayéndolo.

Contrólate.

—Lo siento. Debería haber sido más cuidadosa. No quería molestarte. —El suave color marrón de sus ojos pareció volverse más cálido mientras se inclinaba hacia adelante y tocaba su mano. Ese contacto encendió su sangre, seguido de cerca por un chisporroteo de electricidad que erizó los pelos de sus brazos. Al parecer, los padres eran un punto débil para la Agente Bishop. Archivó esa información por ahora y decidió guardar ese detalle para más tarde.

—No estoy enfadado y no tienes que ser cuidadosa conmigo. Puedo soportarlo. Fue hace mucho tiempo y, de hecho, me alegra abrazar los recuerdos de mis padres. Eran buenas personas.

Y lo eran. Su vida podría haber sido completamente diferente si aún vivieran. Gracias a los cazadores que los mataron, nunca lo sabría. Toda información que nunca compartiría con una agente del FBI. Empujó esa información hacia su lobo. Tenía que dejar de ver a la mujer frente a él como una candidata viable para algo más que negocios. Algunos negocios nunca podían mezclarse con el placer y este era uno de esos casos.

—De acuerdo —respondió ella, retirando su mano.

Por supuesto, el lobo gimió ante la pérdida de su contacto. ¿Qué demonios le pasaba de todos modos? Rara vez se interesaba por las mujeres con las que pasaba tiempo. ¿Por qué molestarse ahora?

—Entonces, ¿cómo te hiciste las cicatrices? ¿Es por la explosión reciente?

Hizo una mueca. Adiós a decirle que tuviera cuidado. Aunque estaba bastante seguro de que esta era la parte donde se suponía que debía aprovecharse de su simpatía y distraerla de su objetivo principal.

—Sí. Quedé atrapado bajo una viga del techo cuando se cayó. —Y esa era toda la elaboración que obtendría. No había necesidad de darle ningún detalle sobre su mejor amigo, al que consideraba un hermano, Creed, cuya pareja (en ese momento no reclamada) estaba embarazada y bailando en el club. Ciertamente no necesitaba ningún tipo de crédito por intentar salvarla. Cualquier otro lobo de la manada habría hecho exactamente lo mismo en su posición. Simplemente ocurrió que él estaba en el lugar correcto en el momento adecuado para Dani.

—Así que estabas allí cuando sucedió. Eso es perfecto. ¿Puedes guiarme a través de los detalles del evento?

Resistió el impulso de fruncir el ceño ante sus preguntas. A pesar de saber que esto sucedería, habría preferido charlar un rato más. Su lobo no se había calmado completamente de la pesadilla de esta mañana y no estaba seguro de que revivirla de nuevo tan pronto no causaría problemas.

—No hay mucho que contar. Todo sucedió tan rápido. La explosión sacudió el edificio y todos básicamente salimos corriendo. Todo lo demás es una especie de borrón.

Ella metió la mano en su bolsillo y sacó una libreta con un pequeño bolígrafo insertado en el espiral.

—¿Te importa si tomo algunas notas?

Él se encogió de hombros.

—Adelante. —Aunque en realidad, odiaba que ella tuviera que ser así. Por un momento fugaz, tuvo la impresión de que había más en la Agente Bishop que su trabajo. Durante unos minutos, ella había estado abierta a su conversación y al siguiente era como si un interruptor se hubiera activado y volviera a ser toda negocios.

Abrió una página en blanco y garabateó algo rápidamente antes de mirar hacia arriba de nuevo.

—¿Dónde exactamente en el edificio estabas cuando ocurrió la explosión? —Lo miró con feroz determinación en sus ojos y su bolígrafo expectante sobre la página. Esa mirada seria y sin tonterías le hizo querer besarla hasta que olvidara. Tenía que haber algo más en esta mujer que sus preguntas incisivas y hacerle recordar esa noche.

Aun así...

Tragó saliva con dificultad y se obligó a cooperar. Al igual que la Agente Bishop, él tenía un trabajo que hacer aquí.

—Estaba en el pasillo que conduce a la parte trasera del edificio.

Una vez más, ella escribió algo. —¿Estabas cerca de las oficinas o del área tras bastidores?

—Ni lo uno ni lo otro. Me dirigía tras bastidores y estaba más o menos a la misma distancia de ambos. —Como acababa de dejar a Creed en el estacionamiento, tenía a Dani en mente. Y dado que su terco compañero de manada aún mantenía su distancia de la mujer que lo volvía loco, Sawyer se sentía obligado a vigilar a la mujer humana en su nombre.

—¿Qué ibas a hacer? —Sus preguntas continuaron mientras aún tenía la cabeza inclinada sobre el papel tomando notas.

—Trabajo en seguridad para los dueños del club. Estaba de servicio esa noche y quería asegurarme de que todo estuviera en orden en la parte de atrás.

—¿Suelen tener problemas tras bastidores? ¿Es por eso que estabas revisando?

—Creo que nos estamos adelantando, Agente Bishop. ¿Qué tal si respondes más de mis preguntas y luego hablamos más sobre las tuyas? Aún no estoy seguro de poder confiar en ti. —Sonrió, a pesar del nudo que se formaba en su estómago. Esta línea de interrogatorio no presagiaba nada bueno para ninguno de los dos.

Ella dejó su pluma y lo miró fijamente. Pasaron largos segundos en los que ninguno de los dos habló. Él no sabía qué intentaba lograr con este último duelo de miradas, pero la prefería así. Había cierta cantidad de desafío estampada en su rostro, pero era lo suficientemente inteligente como para mantenerlo bajo control. Eso era mejor que cuando había retorcido la servilleta hasta

hacerla jirones momentos antes, haciendo que sus instintos protectores se avivaran. Ella no lo sabía, pero cuanto más agresión mostraba, más luchaba el lobo por tomar el control.

Finalmente, ella sonrió. —Vaaale. ¿Qué más te gustaría saber?

—Algo sencillo. Tu nombre de pila. —Agarró su pluma y la sostuvo sobre su mano, burlándose de su fijación con el bloc de notas.

—Penelope.

Empezó a escribirlo en su mano y se detuvo. —¿En serio? ¿Ese es tu verdadero nombre?

Ella se sentó un poco más erguida cuando su espalda se tensó. —Por supuesto que es mi verdadero nombre. No tengo razón para darte uno falso.

Una vez más, contuvo la risa que amenazaba con escaparse. En su lugar, le mostró una expresión que decía que no le creía. Realmente le gustaba cuando ella se enfadaba.

—Oh, por Dios. Está bien. —Metió la mano en su chaqueta y sacó una delgada funda de cuero negro—. Toma. Compruébalo tú mismo.

Él tomó lo que le ofrecía, asegurándose de hacer contacto con sus dedos al hacerlo. De nuevo, esa corriente eléctrica de bajo nivel le recorrió el brazo. Le hizo preguntarse qué pasaría si la tuviera entre sus manos. O si se rozaran completamente desnudos.

Vaya.

No.

Absolutamente no.

Ordenó al lobo que se calmara. No se permitían pensamientos de Penelope Bishop desnuda y bajo él. Nunca.

Sacudió la cabeza, tratando desesperadamente de liberar su mente de esas imágenes.

Abrió la funda y miró su identificación oficial. Escrito en blanco y negro junto a una linda foto sin sonreír de una versión especialmente formal de ella estaba su nombre legal completo, título de trabajo y ubicación específica. Agente Especial Penelope A. Bishop. División de Seattle.

Cerró la cartera y se la devolvió. —De acuerdo, Agente Especial. Tu nombre es realmente Penelope. Es lindo.

Ella puso los ojos en blanco y guardó su identificación en su chaqueta. —Genial. Justo lo que toda mujer quiere oír. Lo linda que es.

—Pensé que lindo era algo bueno. A mí me gusta lo lindo. —¿Qué demonios? Las mujeres humanas tenían los complejos más extraños. Soy demasiado gorda. O soy demasiado delgada. Ahora aparentemente ser linda también era malo.

La Agente Bishop suspiró. —No estoy aquí para ser linda o para entretenerte, Sr. Black, tengo una investigación que realizar.

Bien. ¿Quería ir al grano? Él también podía hacer eso. —¿Por qué? —preguntó—. Ya tuvimos a

los federales aquí y hasta donde sé, aún no hay sospechosos en nuestro caso. ¿Ha surgido algo nuevo?

Ella negó con la cabeza. —No puedo revelar ningún detalle en este momento, pero consideramos y seguimos considerando esto como una investigación en curso. Me han pedido que venga aquí y proporcione una nueva perspectiva. A veces el primer agente pasa por aquí y en el momento álgido del daño emocional de tal evento, se pueden pasar por alto pequeños detalles. Él obtuvo las primeras impresiones, ahora es mi trabajo profundizar más.

—No estoy seguro de que haya mucho más que profundizar. Esta isla es pequeña y no era temporada turística cuando sucedió. Como te puedes imaginar, en una comunidad tan pequeña, tendemos a notar a los extraños.

Ella miró por encima de su hombro. —Sí, lo he notado. He estado recibiendo miradas sospechosas desde que llegué.

—Somos más cautelosos ahora. La persona que destruyó nuestra principal fuente de ingresos para la mayor parte de la isla sigue en libertad.

—Sí, eso me recuerda. ¿Por qué no están reconstruyendo todavía?

—¿Nadie te lo dijo? —*Mierda*. Deberían haberle contado todos los aspectos básicos. Su trabajo no era informar. Simplemente confirmar lo que ella ya sabía.

—No importa lo que los demás me hayan dicho. Te estoy preguntando a ti. Quiero escuchar tus respuestas. No la versión oficial.

Él resopló. —No hay ninguna versión oficial aquí, Agente Especial. —Ella lo sabía y obviamente lo estaba poniendo a prueba—. El Diablo está muerto. Fue genial mientras duró, pero los residentes aquí están listos para pasar a un nuevo capítulo.

—¿Cuál es?

—Aún no se ha decidido nada. Tendremos una reunión en la isla esta primavera para discutir nuestras opciones. Hasta entonces, algunos han tomado trabajos fuera de la isla para compensar.

Ella frunció el ceño mientras procesaba la información. Él no iba a entrar en detalles sobre sus cultivos y el hecho de que cosechaban aceite de las raíces de la planta Devil's Club para varios propósitos, incluyendo su nuevo whisky destilado en la isla. Ni el hecho de que recientemente habían comprado el mercado y pub fuera de la isla a menos de una milla de distancia para poder seguir vendiendo dicho whisky tanto a cambiantes como a humanos. Ella lo sabría pronto si hacía su tarea con la Junta de Licores y Cannabis del Estado de Washington, y ciertamente parecía el tipo de mujer que hacía su tarea y más.

—Estás siendo evasivo. ¿Por qué? —exigió ella.

Sawyer se rio. Apparently, FBI significaba que no había necesidad de filtro y que se iba directo al grano. —¿Reservado, eh? ¿Qué te hace pensar eso?

—Porque respondes a las preguntas con preguntas o repites lo que ya he dicho. Si así es como va a ser esta relación, no va a funcionar. Espero más cooperación que eso.

Se reclinó y juntó las puntas de los dedos frente a su rostro. Vaya, vaya. Aparentemente, la señorita Agente Especial Penelope no iba a ser tan fácil de manipular como Damien le había hecho creer.

—Tal vez deberías haberte tomado más en serio mis ejercicios para fomentar la confianza —dijo.

Ella puso los ojos en blanco. —Es difícil creer que un tipo grande y fuerte como tú tenga problemas de confianza. ¿O es que simplemente tienes problemas con las mujeres con autoridad?

—¿Un tipo grande y fuerte como yo? —Sacó pecho—. No puedo creer que hayas intentado eso conmigo.

Ella levantó las manos y se encogió de hombros.

Él se inclinó hacia adelante sobre la mesa, invadiendo su espacio personal. —No necesito que inflen mi ego, Agente Especial Penelope Bishop. Me siento bastante cómodo en mi piel, incluso ahora que está destrozada. Y absolutamente no tengo problemas con las mujeres con autoridad. Me encantan las mujeres. Todas ellas. Pero especialmente las curvilíneas que también se sienten cómodas en su propia piel. Así que intentémoslo de nuevo, nena.

Ella lo miró con un montón de desafío estampado en su rostro esta vez. Él observó cómo el músculo de su mandíbula se tensaba y relajaba, esperando que ella estallara contra él. Desafortunadamente para él, su cabeza más fría prevaleció y mantuvo la boca cerrada. Aunque cerrada o abierta, él aún quería probarla. De hecho, la idea de besarla hasta dejarla sin sentido de repente sonaba como una gran idea.

Mientras el tenso silencio se prolongaba, Sawyer se dejó caer a regañadientes en su asiento. Claramente necesitaba que le examinaran la cabeza si pensaba que besar a la Agente Bishop era una buena idea. Los humanos eran excelentes juguetes y ocasionalmente algo más, pero no los del tipo de las fuerzas del orden.

Ese tipo de humanos estaban estrictamente prohibidos. Su manada tenía demasiados secretos que guardar para correr ese tipo de riesgos.

—¿Entonces qué sigue, Agente Bishop?

Después de echar un rápido vistazo alrededor de la habitación, ella se inclinó hacia adelante. —¿Qué tal un cambio de escenario? ¿Tal vez a algún lugar donde yo no sea la atracción principal?

Él sonrió. —¿Quieres decir que no te gusta que toda la isla te mire boquiabierta?

—¿Cómo lo adivinaste? —ella se rio.

—Bueno, Agente Bishop. Es bastante obvio con tu mirada por encima de mi hombro cada treinta segundos. Aunque, estoy bastante seguro de que dondequiera que vayamos, serás la atracción principal en lo que a mí respecta.

Ella ignoró su descarado coqueteo. —No puedo evitarlo. Me siento como si estuviera bajo un microscopio aquí.

Esta vez él se rio. —Eso es porque lo estás. Eres una forastera y estás pasando el rato con un bicho raro como yo. Creo que eso te convierte en un bicho raro por asociación. —Lo cual, por

supuesto, era una completa tontería. Estar con él significaba que nadie en la manada la molestaría. Nunca. Sin él aquí, podrían haber intentado ahuyentarla a estas alturas. Dependiendo de cuán asustadiza resultara ser realmente.

—¿Podemos ir juntos a la escena del crimen? Me gustaría dar una vuelta. Tener una idea del área por mí misma.

Él se crispó ante su petición. Ese era el último lugar al que quería llevarla y estuvo a medio segundo de sugerir su casa en su lugar. Excepto que había hecho una promesa. Una promesa que tenía que cumplir. Y le gustó su uso de la palabra "juntos". Tendría que encontrar más formas de que ella la usara.

—Claro —refunfuñó, luchando con el lobo una vez más. Ciertamente no iban a volver a su casa ni a ningún otro lugar donde pudiera haber una cama—. Claro, vamos a ver el deprimente edificio quemado.

—He oído que lo van a retirar a finales de esta semana. Esta podría ser mi última oportunidad de hacerme una idea de lo que pasó.

La condujo fuera y por la acera. Deberían haberlo derribado ayer. Entonces no tendría que hacer esto. —Si tú lo dices, Agente Bishop.

De repente, ella dejó de caminar. —¿Por qué sigues haciendo eso?

—¿Qué? —preguntó él.

—Ese uso constante de mi título y nombre. Tengo la sensación de que no es algo agradable.

Casi se rio. —¿No agradable? —se burló—. ¿Yo?

Ella comenzó a caminar de nuevo. —Bien. Sé un imbécil entonces.

Él era un imbécil y cuanto antes se diera cuenta, mejor. Si podía alejarla ahora, entonces más tarde, cuando el lobo insistiera (y lo haría), ella no sería receptiva.

—¿Puedo hacerte otra pregunta personal? —preguntó.

Ella se puso las gafas de sol y pasó sus delgados dedos por su cabello oscuro y abundante. Un movimiento que él sintió directamente en su miembro.

—Claro, si debes.

Él sonrió, listo para dar el golpe de gracia. —¿De qué color son las bragas que llevas puestas?

CAPÍTULO CINCO

Dejó de caminar. No, era más bien como si sus piernas hubieran dejado de funcionar. ¿Lo había oído correctamente?

Con una mirada a su cara sonriente y presumida, dedujo que sí, que efectivamente le había oído preguntar sobre sus bragas.

—¿Has oído hablar alguna vez del acoso sexual, señor Black?

Él se encogió de hombros. —El significado de las dos palabras juntas no se me escapa.

—Entonces debes estar loco. ¿También te golpeaste la cabeza en ese incendio? —Apenas las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de su error. Sus ojos se abrieron de par en par e inmediatamente se cubrió la boca con la mano. No podía creer lo que acababa de decirle. ¿Cómo podía ser tan estúpida?

—Lo siento mucho. No quise decir...

Él se inclinó hacia adelante y le volvió a cubrir la boca con la mano para callarla antes de que empeorara las cosas. Qué idiota.

—Está bien. —Esas dos palabras salieron en un tono seco y rasposo que hizo que su cabeza girara para encontrarse con su mirada. Error número uno.

Calculó mal lo cerca que se había acercado y se encontró con sus labios a solo unos centímetros de distancia. Su estómago dio un vuelco y su sangre subió a un rápido hervor. Sus ojos estaban ardientes e intensos mientras se miraban. Y así de cerca, su aroma, una combinación del bosque que los rodeaba y un almizcle único y embriagador, la envolvió y calentó su interior como un potente elixir. O tal vez era un afrodisíaco.

Su cabeza nadaba con pensamientos de tocar esos hermosos labios rosados con la pequeña cicatriz que biseccionaba su labio superior e inferior en la esquina derecha de su boca. Para luchar contra el impulso, en su lugar se lamió los labios e intentó dar un paso atrás. Su segundo error.

Su talón se enganchó en una parte desigual de la acera y la hizo inclinarse hacia adelante, donde se estrelló contra una dura y deliciosa pared de músculo.

Él le rodeó los bíceps con los brazos y la estabilizó, con sus cuerpos presionados juntos. Su cerebro se revolvió hasta que unos momentos después la devolvió a una posición erguida.

Desconcertada, se apartó de sus brazos y se inclinó para desenganchar su tacón. En ese momento, gran parte de su entrenamiento del FBI desapareció junto con su orgullo mientras saltaba sobre un pie para estabilizarse y luchaba por arreglarse el zapato con el otro.

Podía sentir el calor de la vergüenza inundando su rostro mientras la agente fría y tranquila se convertía en una mujer torpe incapaz de unir palabras que formaran frases reales.

—Yo... quiero decir, esto es...

¿Por qué diablos no podía abrirse la tierra y tragarla? Respiró hondo y lo soltó lentamente. Porque ya no era esa chica desgarbada y adolescente de hace diez años que tenía miedo de su propia sombra, por eso. Se tragó la sensación de estar mortificada, empujó el resto de sus emociones tumultuosas a una caja imaginaria que enterró profundamente y enderezó la columna antes de finalmente mirarlo.

—Te agradecería mucho que de ahora en adelante te abstuvieras de hacer comentarios groseros y fuera de lugar. Y yo intentaré no hacer preguntas estúpidas en respuesta. Estoy aquí para hacer un trabajo y me niego a ser una especie de entretenimiento para ti. He venido con intenciones abiertas que espero pongan fin a este caso para todos los involucrados. Espero que tú y los residentes de esta isla respeten eso. Si todos cooperan, saldré de sus vidas más pronto que tarde y todos seremos más felices por ello.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y le sonrió. —Fue un discurso muy bonito, Penelope. Solo hay un problema.

Ella hizo una mueca, dudando en preguntar. —¿Cuál?

—Una placa impresa elegante en una funda de cuero suave no es suficiente para ganar respeto automático por aquí. Si quieres que todos aquí hagan *eso*, entonces tendrás que demostrarles que se puede confiar en ti. No debería tener que seguir recordándote que ganar confianza es lo más importante para la gente de aquí. —Negó con la cabeza como si estuviera decepcionado de ella, luego se volvió en la dirección en la que originalmente se dirigían—. Vamos. Si tenemos que visitar el Diablo, terminemos con esto.

Caminaron el resto del camino en silencio, excepto por el sonido de sus tacones golpeando contra el camino. Era una lástima que se esperara que los agentes de campo usaran ropa formal sin importar adónde los llevara su investigación. Si alguna vez hubo un momento para zapatos sensatos...

Después de solo un breve tiempo, doblaron la esquina y se enfrentaron al sitio de lo que quedaba del infame Club Diablo. Aunque infame era más bien cómo ella lo pensaba en lugar de cómo se refería realmente a él.

Con tal vez cien casas aquí, la población no podía ser más que unos pocos cientos más o menos. Y aunque la isla tenía fácil acceso con el puente que cruzaba la cala que los mantenía rodeados de agua, el tráfico parecía bajo.

Cuando descubrió sus registros fiscales con importantes ingresos, comenzó a investigar a los residentes de Punta del Diablo y su club apartado en línea. Curiosamente, no había sitio web, ni historial de publicidad en línea ni una sola reseña en Yelp. Todos los sellos típicos de un club nocturno próspero estaban ausentes en este caso.

Esa información había alimentado aún más su curiosidad. Sin transparencia solo quedaban secretos y para alguien como ella bien podrían haberla alimentado a la fuerza con hierba gatera. Ahora se sentía atraída a descubrir exactamente qué estaba pasando en Punta del Diablo que no solo los convertía en un lugar aparentemente popular, sino en el mejor secreto guardado que jamás había encontrado.

—Cuidado dónde pisas.

La voz de Sawyer la sacó de sus pensamientos justo a tiempo para que mirara hacia abajo y viera que estaba a punto de pisar un gran montón de escombros cubiertos de hollín y cenizas. Esquivó los escombros y eligió un camino no menos traicionero, pero al menos abierto para que ella navegara.

—Así que esto es —dijo él, con los brazos extendidos para abarcar los restos carbonizados del edificio—. Eso era el frente. —Señaló el montón de restos que daban al puente—. El lado allí, luego la parte trasera y más estacionamiento detrás de allí.

Dos grandes pinos se erguían como centinelas en el borde del edificio, bloqueando su vista del lote que él señalaba.

—¿Puedes contarme un poco más de lo que viste esa noche? Cuando se trata de atrapar a un criminal, cada pequeño detalle puede contar.

Él no respondió de inmediato y después de un rato ella comenzó a preguntarse si la había oído. Su mirada parecía fija en los restos del edificio y el único signo visible de que estaba prestando atención era ese músculo en su mandíbula que volvía a saltar.

No le gustaba no poder ver sus ojos. Era difícil leerlo solo por el lenguaje corporal. Aunque el sentido común decía que esto no podía ser fácil para él.

Las cicatrices físicas que podía ver habían sanado, pero por sus experiencias sabía que las cicatrices que no se podían ver eran las más mortíferas. Y en casos de trauma severo, a menudo nunca sanaban.

—Mis recuerdos se vuelven confusos cuando intento forzarlos. En lugar de detalles vívidos, recuerdo cosas aleatorias. Como el calor presionando mi espalda mientras corría hacia la puerta. O el sonido de la voz ronca de Creed mientras se acercaba a Dani y a mí.

—¿Dani? —Mentalmente repasó toda la investigación que había memorizado—. Ella era una de las bailarinas habituales esa noche, ¿verdad?

Él asintió.

—Fue la última en salir. Tuve que volver a entrar para sacarla.

Sus ojos comenzaban a nublarse cuanto más hablaban. Le entristecía verlo sumirse en lo que probablemente eran recuerdos muy dolorosos. Una repentina oleada de culpa la invadió.

—Lamento que tengas que revivirlo constantemente. Podemos parar si quieres.

Él negó con la cabeza.

—Mejor terminemos con esto de una vez. Pero esta será la última vez. Así que haz lo que tengas

que hacer para recordar los detalles. —Tomó un respiro profundo y la observó mientras ella pasaba a una página nueva de su cuaderno y, con el lápiz en mano, le asintió, lista para escuchar sus pesadillas.

El cuaderno no era necesario considerando su raro don. Aunque muchas veces, ser capaz de recordar cada detalle y hecho al que estaba expuesta se sentía más como una maldición. Sin embargo, el cuaderno parecía tranquilizar más a la gente que la verdad. Daba la ilusión de que ella no recordaría después de que el caso se cerrara. Pero lo haría. Y la perseguiría.

Mientras su cerebro preparaba las palabras para ponerla al día, él la observaba tan atentamente como ella a él. Ella garabateó algunas palabras en la página, pero la mirada en sus ojos era algo más que la de una agente tomando notas.

La expresión en su rostro parecía de dolor, casi tan severa como el dolor que lo atravesaba mientras revivía esta pesadilla una vez más, a pesar de que era lo último en el planeta que quería hacer.

¿Qué podría explicar tal empatía por un don nadie como él? Acababan de conocerse. Sin embargo, sus instintos le decían que ella entendía exactamente cómo se sentía esto y eso lo aterrorizaba.

Nadie más merecía los recuerdos que regularmente lo torturaban y especialmente no alguien tan inocente como ella. Ladeó la cabeza y miró más de cerca.

Excepto que ella no era inocente, ¿verdad? Si su trabajo la consumía, y apostaría todo lo que tenía a que así era, entonces ella vivía con mucha fealdad día y noche.

Este mundo no carecía de personas dispuestas a hacerse daño mutuamente. El tiempo tenía una forma de repetir esa lección con demasiada claridad. Ahora él añadiría a su carga y eso no le sentaba nada bien.

En cambio, sintió la necesidad de envolverla en sus brazos y protegerla de lo malo. Tal vez de una manera extraña estaban destinados a pasar por esto juntos. No es que eso tuviera el menor sentido. Él era un cambiante y ella estaba investigando un caso en un terreno peligroso que guardaba demasiados secretos para los de su especie.

Eso nunca se mezclaría bien.

Sacudió la cabeza y aspiró aire. Pasara lo que pasara, necesitaba concentrarse en el juego y salir de las putas nubes. Fuera lo que fuese "esto", esa extraña sensación, no era real. Se frotó el pecho mientras el dolor de la rabia lo llenaba de nuevo. Eso sí era real. La necesidad de encontrar a los cazadores y hacerlos pagar también.

Usaría esa ira para alimentar sus días, hasta que todos los que se habían atrevido a arrebatarse a alguien fueran borrados de esta tierra.

Pero primero, tenía que sacar a esta mujer de la isla y quitársela de encima. Ella podría ser más que una simple distracción. Así que comenzó la historia desde el principio.

—Acababa de llegar al club cuando ocurrió la explosión. Excepto que en ese momento no sabía qué la había causado. Solo sabía que el edificio se iba a derrumbar y que tenía que salir...

CAPÍTULO

SEIS

Penelope respiró hondo e intentó controlar su imaginación. Había permanecido en silencio durante horas mientras Sawyer relataba el horrible suceso, incluso tomando notas mientras lo hacía. Todo el tiempo, algo oscuro y retorcido se arraigaba en su interior con cada palabra que pasaba.

Apretó y aflojó los puños mientras miraba el agua. Cuando él finalmente terminó, ambos necesitaron algo de tiempo para reagruparse y hasta ahora ninguno había hecho un movimiento para reunirse con el otro.

Los detalles que recordaba eran vívidos y violentos, y ella nunca olvidaría cómo la hicieron sentir. En un momento, sus descripciones se volvieron tan reales que habría jurado sentir el calor del fuego quemando su propia piel.

Lo que causó una reacción tan visceral ante el relato de un testigo la desconcertaba. Su capacidad para mantenerse fría y serena en una crisis siempre había sido el único rasgo con el que podía contar sin importar cuán oscuras se pusieran las cosas. Muy poco la afectaba. Pero esta ira que sentía crecer en la boca del estómago la confundía.

Este hombre la confundía.

Un minuto bromeaba sobre la situación y la miraba como si pudiera tomarla o dejarla. Luego su comportamiento cambiaba y se volvía intenso. Su respiración se volvía agitada y la mirada atormentada en sus ojos decía que quería hacer mucho más que contarle una historia.

El recuerdo de esa mirada le calentó el rostro una vez más mientras jadeaba en busca de aire. Estaba siendo ridícula. No necesitaba su formación en psicología para ver que el hombre había sido tan golpeado emocionalmente por dentro como quemado por fuera. Y no estaba fuera de lo razonable que ella se sintiera atraída por eso.

Después de todo, ella era una reparadora. Atraída por problemas complejos, no había nada que le gustara más que resolverlos.

Y él necesitaba ser reparado.

Penelope retrocedió unos pasos tambaleándose.

Vaya.

Ese tipo de pensamientos eran pura locura. No estaba aquí para recomponer a este hombre

hermoso pero roto. Estaba aquí para perfilar a un criminal. Nada más.

Apartó sus pensamientos sobre el hombre y su historia y se volvió a concentrar en el trabajo. Los elementos de un asesino psicótico estaban todos presentes. Él, y el hecho de que su sospechoso fuera efectivamente un hombre era casi seguro, tenía más que un conocimiento superficial de explosivos. También sabía exactamente dónde colocarlos para lograr la máxima efectividad. Lo que no fue dañado por la explosión, eventualmente se quemó hasta los cimientos. Su instinto le decía que cualesquiera que fueran sus razones, ciertamente había cumplido su misión.

Excepto que casi nadie resultó herido...

Eso la hizo volver a pensar en Sawyer. En un momento de su relato, quiso extender la mano y tocarlo. La necesidad de formar una conexión la abrumó mientras él parecía perdido en lo que consideraba su fracaso en cumplir con su deber. Esa palabra encajaba perfectamente con lo que ella percibía. Su conexión con la gente de esta isla se sentía como mucho más que solo un trabajo.

Empujó con el pie un montón de cenizas.

También había mucho que no le estaba contando. Escuchar su relato de primera mano había hecho que su mente diera vueltas en todas direcciones. Pero una cosa seguía destacando. Claramente no la querían aquí. Y si no querían que investigara, era lógico pensar que ya sabían exactamente quién había perpetrado esta devastación. Ese pensamiento la hizo detenerse. Si su corazonada era correcta, ¿qué significaba eso? ¿Qué planeaban hacer exactamente con esa información si no iban a informar a las autoridades? Más específicamente, ¿qué haría Sawyer con ese conocimiento?

—¿Estás bien?

Hablando del diablo. Tomó una última bocanada de aire y se giró para enfrentarlo. Y la necesidad de conectar con él regresó inmediatamente. Aunque, ¿a quién engañaba? Nunca se había ido. Si fuera inteligente, se iría ahora. Debería volver a su coche y regresar a Seattle con la información que tenía ahora. Si sus instintos sobre esta isla y sus habitantes eran ciertos, era todo lo que obtendría jamás. Si se quedaba, sospechaba que podría suceder algo más. Algo para lo que definitivamente no estaba preparada.

Pero aparentemente en este caso, no iba a ser inteligente. En lugar de darse la vuelta para irse, hizo exactamente lo contrario.

—Me vendría bien una copa —dijo.

El atisbo de una sonrisa se dibujó en la comisura de su boca. —Resulta que conozco un lugar. —Continuó con una sonrisa más amplia y esa mirada hambrienta de antes en sus ojos.

El gran lobo malo había vuelto y parecía querer comérsela. Ese pensamiento le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. Tampoco podía sacarse de la cabeza el comentario que había hecho sobre sus bragas. Al menos no cuando la miraba así.

Suspiró. Esto era ridículo. No era una adolescente sin aliento esperando que un chico la besara. Era una mujer. Una sonrisa no tenía por qué humedecer sus bragas y ciertamente no tenía por qué pensar que sus comentarios juveniles eran lindos.

—Soy un poco escéptica sobre ese *lugar* que tienes en mente. —Aunque no estaba bromeando. Realmente le vendría bien una copa. Pero no sería en su casa y no tenía interés en ningún tipo de club que él pudiera frecuentar. Ese pensamiento la hizo detenerse, recordándole que no sabía nada de él excepto lo que le había contado. Se hizo una nota mental para investigar eso.

Alguien como él probablemente tendría una historia muy interesante y tal vez si cavaba lo suficientemente profundo, encontraría lo que creía estar buscando. Si no otra cosa, era muy buena investigando. Miró brevemente hacia el agua. Había muchas preguntas sin respuesta.

—No te preocupes tanto, agente Bishop. Lo que tengo en mente, creo que realmente te gustará. Agradable y casual. No abarrotado, pero tampoco desierto. Así que no tendrás que preocuparte de que intente aprovecharme.

Dijo lo último con un guiño, lo que hizo que su estómago diera un vuelco.

Oh, por Dios. Su cuerpo realmente estaba empezando a molestarla. Necesitaba una distracción urgentemente.

—Entonces, por favor, guía el camino.

Él miró hacia el estacionamiento. —Probablemente deberíamos tomar un vehículo. No está lejos, pero probablemente demasiado lejos para esos zapatos.

Ella bajó la mirada para encontrarlo señalando sus sensatos tacones. Estaban lejos de ser sus cómodas botas de senderismo de cuero, pero tampoco eran impracticables tacones de stripper de 10 centímetros. Eran razonables tacones de cinco centímetros de un discreto negro y prácticamente eran de uso obligatorio por el FBI, ya que todas las otras agentes tenían al menos un par de estos en sus armarios.

—¿No te gustan mis zapatos?

Él la miró de arriba abajo lenta y detenidamente, observando más que simplemente sus zapatos antes de volver al calzado ahora en cuestión.

Para su sorpresa, ese simple examen hizo que sus pezones se endurecieran y su cuerpo se sonrojara y sobrecalentara. Oficial o no, este estúpido traje oscuro no era la vestimenta apropiada para la isla. Lo que no daría por un par de shorts y una simple camiseta sin mangas justo ahora.

—Bueno, van con el traje de pantalón —pronunció las palabras "traje de pantalón" como si le dejaran un mal sabor en la boca.

Su boca se abrió de golpe. ¿Hablaban en serio?

Él levantó las manos en señal de falsa rendición.

—¿Qué? Tú preguntaste.

—Que una mujer no se vista como si estuviera buscando acostarse con alguien no la hace ser otra cosa que lo que es. Y en mi caso, me visto para el trabajo. O tal vez no lo entiendes porque no pareces tener mucho T.R.A.B.A.J.O. estos días. Tu cerebro obviamente ha sido nublado por tus vacaciones en la isla. ¿No ves a una mujer tambaleándose sobre tacones con su vagina jugando al escondite en una falda imposiblemente corta y qué? ¿No vale tu tiempo?

Penelope inhaló bruscamente antes de cubrirse la boca con la mano. Oh, diablos.

¿Qué le pasaba? Algo en él la ponía a la defensiva y aparentemente estúpida, a juzgar por las palabras que seguían escapando de su boca antes de que su cerebro pudiera detenerlas. No tenía por qué alterarse tanto por un comentario tonto sobre zapatos, pero ahí estaba. Aunque restregarle la pérdida de su trabajo fue un movimiento totalmente miserable de su parte.

Sawyer cruzó los brazos y se apoyó contra un árbol justo detrás de él.

—¿Ya terminaste de contestarme o debería ponerme más cómodo?

Ella abrió la boca para atacarlo de nuevo. ¿Contestarle? ¿En serio? Afortunadamente, un segundo antes de que pudiera escapar alguna palabra, recordó quién era y dónde estaba. Antagonizar a un testigo definitivamente no estaba en la agenda para hoy. Ahora que el daño estaba hecho, necesitaba recomponerse, mantenerse enfocada en el trabajo y comenzar a controlar los daños. No podía arruinar esto. Algo que no debería tener que recordarse constantemente.

Tragó saliva antes de empezar.

—Lo siento —se aclaró la garganta y continuó—. No sé qué pasó justo ahora. Tal vez todo este aire fresco me está afectando. O no... —Miró hacia abajo—. Aunque por lo caros que son estos zapatos, esperaba que no se vieran tan mal como sospechaba.

Él se encogió de hombros, dándole una sonrisa fácil.

—No te preocupes. Puedo soportarlo. Además, solo estaba bromeando. Se ven bien. Nadie espera un guardarropa espectacular de un agente del FBI. Aunque debo admitir que luces mejor el negro estándar que cualquier otro agente de la ley que haya visto.

Ella lo miró con una mirada en blanco, incapaz de concentrarse en las palabras cuando él encendió su encanto. Comenzando con esa sonrisa megavatio que seguía lanzando como un afrodisíaco en crack. No costaba mucho imaginar el efecto asesino que tenía en todas las damas que encontraba.

—¿Qué tal si en lugar de tomarme el pelo, tú y yo hacemos las paces y vamos a tomar esa bebida? Tengo mi coche justo ahí —Inclinó la cabeza en dirección a un sedán oscuro que podría ser de cualquier marca o modelo por lo que a alguien le importara. Estaba destinado a desaparecer en el fondo y no destacar de ninguna manera, forma o modo.

Excepto que ella siempre pensó que esos estúpidos vehículos emitidos por el gobierno bien podrían venir con un letrero de neón parpadeante indicando que eran de la ley porque resaltaban como un pulgar dolorido en medio de los millones de SUV de hoy en día y ahora, gracias a los crecientes precios de la gasolina en los últimos años, la ola actual de CUV con un poco mejor rendimiento de combustible. O peor aún, los pequeños coches eléctricos fabricados en fábricas en el extranjero donde violaban los recursos de la tierra para crear un vehículo diseñado para salvar el planeta. La ironía en su máxima expresión.

—Entonces conduciré yo —Se acercó a ella y extendió su mano.

Ella casi se ríe. Como si fuera a entregarle las llaves a un virtual... Se detuvo. ¿Un virtual qué? ¿Desconocido? Ya no se sentía como un desconocido para ella. No después del relato emocional de su experiencia cercana a la muerte. Luego estaba el hecho de que la atraía de varias maneras y

de alguna manera lograba hacerla sentir cómoda y nerviosa al mismo tiempo.

El hombre tenía un don. No es que se le permitiera conducir su coche solo porque tenía toda la atención de su cuerpo. Al diablo con eso.

—Nop —dijo, sacudiendo la cabeza—. Sigue soñando, chico de la isla —Pasó junto a él, apenas capaz de evitar jadear cuando se conectaron de nuevo. Una sacudida de sensación zumbó a través de su brazo y pecho, calentándola aún más.

Maldición... ¿Había pasado tanto tiempo desde que alguien del sexo masculino la había tocado que él tenía este efecto en ella tan fácilmente?

Se atrevió a levantar la mirada y encontrarse con la suya para ver si él también lo sentía. A juzgar por el regreso de la intensidad en sus ojos, se atrevía a decir que sí.

Penelope tomó un respiro lento, esperando que fuera calmante, sin apartar nunca la mirada de él. De hecho, ninguno de los dos apartó la mirada.

—Tal vez la próxima vez —dijo un poco sin aliento.

Él levantó la mano y le rozó la mejilla con dos dedos y se necesitó cada onza de restricción para no inclinarse hacia su toque.

—Me gusta que asumas que habrá una próxima vez.

Ella casi se ahoga.

—Bueno, quiero decir... si nosotros... tendré que...

Él cubrió sus labios con sus dedos, silenciándola.

—Demasiado tarde, Agente Bishop. Ya no puedes retractarte. La próxima vez definitivamente conduciré yo.

Una oleada de calor se disparó entre sus piernas cuando la pesada insinuación de sus palabras la recorrió. "Sexo en un palo" siempre había sonado como un cliché hasta ahora. Este hombre tenía eso. A montones.

Apartó su atención de él y caminó hacia el coche. Hablando de necesitar espacio. Y estaban a punto de entrar en un coche, donde tendrían que respirar el mismo aire.

Afortunadamente para ella, él rompió el hechizo.

—Entonces, ¿cuáles son las probabilidades de que me digas de qué color son tus bragas después de que te haya invitado a unas copas?

Ella gimió. El chico de la fraternidad había regresado.

Oh, qué alegría.

Se encogió de hombros mentalmente. Oh, bueno, eso solo le facilitaba volver a concentrarse en el trabajo y no en su...

—Entre pocas y ninguna —dijo, forzando ciertos pensamientos fuera de su cabeza. Penelope

subió al coche, ignorando la mirada de falso dolor que él le lanzó, y cruzaron el puente en silencio.

—¿Así que tú puedes llamarme chico de la isla, pero yo no puedo averiguar sobre tus bragas? —
Movi6 las cejas sugestivamente.

Ella se mordió los labios para evitar sonreír y se encogió de hombros mientras dirigía su coche fuera de la isla. La línea entre agente y víctima se estaba difuminando hasta convertirse simplemente en hombre y mujer, y con toda razón eso debería hacerla sentir inmensamente inc6moda.

Pero por alguna razón no lo hizo. Su mente daba vueltas con las posibilidades de por qué era así. Había tanto maldito que necesitaba pensar y analizar en cuanto a la visita de hoy.

Sacudió la cabeza. Eso tendría que esperar hasta que regresara a su habitación. Por ahora, había una bebida esperándola en algún lugar con su nombre. Una bien fuerte.

CAPÍTULO SIETE

Sawyer guió a Penelope fuera de la isla y por la carretera principal que llevaba al pueblo, haciéndola girar cuando llegaron al estacionamiento del mercado de la isla, a menos de un kilómetro y medio de distancia.

—¿Por qué nos detenemos aquí? No necesito gasolina —miró su indicador de combustible para confirmarlo. Efectivamente, el tanque aún marcaba tres cuartos lleno.

—Este es nuestro destino.

Ella giró la cabeza hacia el destartado edificio blanco con dos bombas antiguas en el exterior y un letrero de neón rojo en la ventana que declaraba abierta la pequeña tienda. Cuando volvió a mirarlo, con la mirada llena de duda, él fácilmente leyó su mente.

—Ten un poco de fe, Agente Bishop. Sé que no parece gran cosa desde fuera, pero ese es el punto. Discreto y de bajo perfil parece ordinario por aquí. Pero las cosas no siempre son lo que parecen. Adelante, estaciona allí y confía en mí. No te voy a guiar mal.

Ella miró hacia el extremo del estacionamiento que él señalaba y él vio cómo su ceja derecha se levantaba con duda. Casi se rió en voz alta por lo predecible que era. Excepto que en este caso, venía con un toque de ternura que no pudo resistir.

—No estoy segura de conocerte lo suficiente como para confiar en ti todavía —dijo mientras estacionaba el vehículo en el lugar que él había señalado de todos modos.

Sawyer abrió la puerta.

—Por eso estamos aquí, ¿no? Un poco de unión a la antigua. Tomamos unas copas, tal vez compartimos el pan y luego puedes sacarme más información, ¿verdad? —No esperó su respuesta—. Has llegado hasta aquí, así que bien podrías seguir adelante.

Ella dudó, su cerebro obviamente sopesando los pros y los contras de la situación. Comenzaba a entender un poco más cómo funcionaba Penelope Bishop. Por un lado, le gustaba analizar cada situación como lo haría una buena agente federal, y por el otro, sospechaba que residía un poco de una vena salvaje que se moría por salir. Él apuntaba a llegar a esa vena salvaje.

Se desenrolló del apretado coche de ella y cerró la puerta tras de sí. Su instinto le decía que definitivamente lo seguiría. Un momento después, ella salió del coche y él se dio la vuelta para ocultar su sonrisa.

Oh, señorita Bishop. Estás en grandes problemas.

Contuvo una risa ante sus pensamientos traviesos. Si ella pensaba que él era malo preguntando por sus bragas, que esperara hasta que ambos hubieran tomado unas copas. Las bragas serían la menor de sus preocupaciones.

Mientras ella marchaba hacia la puerta principal, sus caderas tentándolo con su balanceo a cada paso, él agarró su mano antes de que pudiera alejarse de él.

—Por ahí no, señorita Bishop. Por aquí —la guió alrededor del costado del edificio y hacia un muelle que conducía a la parte trasera. Cuando doblaron la esquina hacia atrás, Penelope se detuvo por completo.

No la culpaba. En este punto, el edificio sencillo y poco descriptivo se transformaba en una obra de arte visionaria en medio de un impresionante fondo de Punta del Diablo al otro lado del agua.

—Vaya —dijo ella, con la voz llena de asombro.

Él se acercó unos pasos y bajó la voz.

—Secreto de la isla.

—Dios mío, ya lo creo. Cielos. Pensé que la isla era bonita desde el puente, pero esto... —barrió su brazo frente a ella—. Esto es increíble.

Él sonrió.

—El Noroeste del Pacífico es uno de los lugares más hermosos del mundo, y aun así algunos lugares son más hermosos que otros.

—Tu isla en particular —coincidió ella.

—Espera a que se ponga el sol. Este es el mejor lugar del estado para el espectáculo.

—Me lo imagino —se volvió hacia el edificio, quedando cara a cara con él con solo unos centímetros entre ellos—. El frente del edificio era muy engañoso.

Su voz había bajado a apenas un susurro.

Él miró fijamente sus labios, cautivado por el color rosa pálido natural sin mancha de lápiz labial. Sería tan fácil presionar hacia adelante y tomar el beso que quería más que nada. Excepto que sospechaba que era más probable que recibiera una rodilla rápida en las pelotas si hacía ese movimiento ahora. Todavía no estaban ahí. Aunque no era conocido en la manada como el más paciente, podía luchar contra el impulso de apresurarse.

Por ahora.

—Te dije que confiaras en mí —dijo, sorprendido de que su propia voz se hubiera vuelto espesa.

Una sonrisa lenta se extendió por su rostro, iluminando sus ojos.

—Todavía no estamos ahí, chico de la isla. Tal vez después de una copa y algunos secretos. Quiero decir, estás guardando secretos.

Él se rió, deleitándose con la sensación profunda en su pecho. No había tenido mucho de qué reír últimamente, pero en el transcurso de un día ella había logrado sacarle más de una risa.

—Bueno, al menos ocupémonos del primer punto de tu lista y luego veremos. Puede que se necesite más que un poco de alcohol para aflojar estos labios.

Ella se rió mientras él deslizaba la puerta mosquitera para abrir la sala de grifos y la guiaba al espacio casi vacío. Con dos clientes ocupando un extremo del espacio, Sawyer gravitó hacia el lado opuesto con la acogedora chimenea y los sillones de cuero frente a ella.

—El menú está en la pizarra de allí. Solo dime qué te gustaría probar y haré el pedido. Recomendando encarecidamente la cerveza de naranja sanguina si te gustan las cervezas artesanales.

Penelope se acercó a la pared con la pizarra del menú y comenzó a estudiar la lista.

—La naranja sanguina suena tentadora...

No le tomó mucho tiempo ya que mantenían sus opciones limitadas. El dueño, un cambiaformas de su manada que prefería un poco de separación de la isla, tenía un don para elegir lo mejor de lo mejor. Su conocimiento y la proximidad a Punta del Diablo hacían de este el lugar de encuentro para pequeñas reuniones de cambiaformas durante todo el año.

No es que su manada hiciera algo pequeño.

—Me gustaría probar la sidra fuerte de arándanos. Son mis favoritos.

Sawyer tomó nota mental de que los arándanos eran la fruta favorita de Penelope. Nunca se sabe cuándo esa información podría ser útil. Era algo pequeño, pero le gustaba la idea de aprender más sobre ella.

—He oído que es una buena elección. Recuerdo cuando Mack la trajo de una pequeña sidrería como un favor a un amigo. Ahora, apenas puede mantenerla en existencia, se ha vuelto tan popular.

—¿No te gusta o no es lo suficientemente masculina? —preguntó ella, logrando contener una risita poco digna.

Sawyer se encogió de hombros.

—No soy muy aficionado a la sidra —rápidamente hizo su pedido y volvió a los cómodos sillones de cuero—. Espero que también tengas hambre. El desayuno parece que fue hace una eternidad, así que me tomé la libertad de pedir algunos aperitivos para nosotros.

—Suena bien.

La señorita Bishop se había acomodado en su sillón y estaba mirando a lo lejos, dándole la oportunidad de observarla sin tener que ser discreto o explicarse.

A pesar de su vestimenta conservadora y su estilo general, su cabello oscuro y espeso caía alrededor de su rostro. No le costó mucho imaginarlo despeinado y alborotado después del sexo. De hecho, le gustaba la idea de despojar a Penelope de su atuendo de oficina. Pero no se trataba solo de la ropa. Ahora que se había relajado por un momento, comenzó a ver que debajo de toda

esa tensión y la ropa poco favorecedora había una mujer muy joven que debería estar divirtiéndose en lugar de venir aquí a indagar en cosas que nunca la satisfarían.

Por más que lo intentara, nadie en Lobos de Punta del Diablo se abriría. No a una humana. Aunque ahora tenían algunos humanos viviendo entre ellos que lo sabían todo, eso no significaba que estuvieran dispuestos a correr riesgos con otros. Esos humanos eran diferentes. Estaban emparejados con la manada y o bien se habían transformado o lo harían pronto.

Esta tiene que ser transformada. Nunca se conformará con menos.

Su lobo se entrometió en sus pensamientos, interrumpiéndolo y haciendo que Sawyer suspirara. Odiaba cuando él y su lobo no estaban sincronizados. Se suponía que no debían estar separados. En circunstancias normales, el lobo fluía a través de él naturalmente, como un instinto y no como un ser diferente. Pero eran precisamente esos instintos de lobo los que a menudo causaban una discrepancia. Su ADN animal estaba básicamente programado para seguir a la naturaleza y no tenía nada que ver con vivir en un mundo humano.

Pareja.

El lobo empujó la palabra en su cerebro una vez más. Sawyer sacudió la cabeza en contra de ello.

El lobo tenía que escucharlo a *él*. Ella era demasiado peligrosa para su especie.

Cobarde.

Sawyer se sobresaltó. Ese era un pensamiento decididamente humano que no tenía nada que ver con su lobo. ¿Qué demonios?

Antes de que pudiera analizar qué diablos estaba pasando en su propia cabeza, los ojos de Penelope se abrieron. Sus ojos oscuros se encontraron con los suyos y por un momento ninguno de los dos habló. El calor crepitó en su sangre solo con una mirada. Y no, no necesitaba que su lobo le dijera que había algo especial allí. Lo sentía como un zumbido constante bajo su piel que le dificultaba mantener sus pensamientos claros sobre ella.

Pero eso no cambiaba exactamente nada. No realmente. Ella estaba con el FBI, lo que significaba que representaba un peligro para su forma de vida. Si Damien o cualquiera de sus hermanos estuviera aquí, estarían más que felices de recordarle este hecho.

Y sin embargo...

Cuanto más tiempo se miraban, más profundo caía. El amor a primera vista solía significar algo diferente para los cambiantes que para los humanos. Era una reacción mística, tal vez incluso química, que hacía que dos personas se sintieran instintivamente atraídas. Sin embargo, cuando la miraba ahora, no la veía como una potencial pareja para tener sus cachorros. No, veía a una hermosa mujer que se contenía de la vida. Como él, vivía en una sombra en lugar de abrazar su futuro.

La mente de Sawyer daba vueltas con este tipo de pensamientos hasta que ella rompió la conexión al desviar la mirada. Inmediatamente se inclinó hacia adelante buscando restablecer la conexión y tocó la pálida extensión de su cuello ahora descubierto ante él. El escalofrío resultante bajo sus dedos lo hizo sonreír. Pero fue la aceleración de su pulso lo que lo hizo gruñir, alargando sus dientes. Se acercó más. Sería tan simple hundirse en la sedosa carne

expuesta.

Sacudió la cabeza. *Joder*. ¿Qué demonios le pasaba? Acababa de conocer a esta mujer y ya quería morderla. Algo con esas consecuencias eternas nunca podría hacerse a la ligera. Particularmente no en el calor del momento.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella, apartando su atención de su cuello y de vuelta a los ojos que nuevamente había vuelto hacia él.

Su suave pregunta dibujó una sonrisa en su boca.

—¿Por qué no lo haría? Eres hermosa. Especialmente aquí.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Por qué especialmente aquí?

—Tú aquí, en este lugar conmigo, se siente diferente. Lobos de Punta del Diablo es así, ¿sabes? Una isla pequeña y normalmente tranquila rodeada de agua fría y brillante, con mucho aire fresco y árboles verdes, y amigos y familia que permanecen unidos pase lo que pase. Es muy diferente a la mayoría de las comunidades. Al menos, nos gusta pensar que es así. Así que tú, tomándote un momento para disfrutar de nuestro estilo de vida, se siente especial.

Su rostro se suavizó ante sus palabras, relajando las arrugas de preocupación en su frente. Había hecho bien en decirle honestamente cómo se sentía. Había muchas más palabras en las que podría haberse metido que habrían ido demasiado lejos. Por una vez en su vida, había elegido bien.

O el destino había elegido bien.

El impulso de moverse una fracción más cerca y besarla comenzó a abrumarlo. El calor inundó su cuerpo, incitándolo. Sin mencionar el anhelo que reconocía en sus ojos. Puede que ella no entendiera su atracción o ni siquiera la deseara todavía, pero residía en ella de todos modos.

No estaban indefensos ante ella, podía resistirse si quería...

—Aquí tienen —interrumpió Mack desde detrás de él.

Sawyer gruñó bajo.

—Lo siento, amigo. No me di cuenta. ¿Qué tal si dejo estos platos aquí en la mesa? De todos modos, es hora de que me tome un descanso. ¿Vigilas el lugar por mí?

—Claro —aceptaría cualquier cosa si eso significaba que podía pasar tiempo a solas con Penelope.

Desafortunadamente, el ruido de los platos al golpear la mesa sacó a la señorita Bishop del momento y dirigió su atención a la comida que Mack había traído.

—Santa vaca en una galleta. Creí que habías dicho bocadillos.

Sawyer se volvió hacia la mesa y asintió.

—Así es. Si crees que no será suficiente, estoy seguro de que Mack hará más. Es lo que hace.

Penny señaló el surtido de comida de bar que incluía mini hamburguesas, nachos, palitos de queso y su dip de queso blanco favorito con una canasta de chips de maíz.

—Eso no es un bocadillo. *Eso* es un festín. ¿Quién demonios va a comer todo eso?

Sawyer se hundió en la silla a su lado, muy consciente de que su oportunidad de probarla se había esfumado por el momento.

—Bueno, tú comes primero y luego yo comeré lo que sobre. Y como no sabía exactamente qué te gustaba, pensé que apreciarías tener algunas opciones.

Ella sacudió la cabeza.

—Esa es una cantidad insana de comida. ¿Tienes el metabolismo de un niño de doce años? Quiero decir, si comiera aunque fuera una fracción de eso, mis caderas se inflarían hasta el punto de reventar.

Sawyer frunció el ceño. No le gustaba que hablara de sus curvas como si fueran algo malo.

—Me gustan las curvas —dijo—. Necesitaré más que piel y huesos cuando te tenga debajo de mí.

Sus ojos se agrandaron y empezó a decir algo, pero solo logró balbucear. Para su crédito, cerró los ojos y tomó una respiración lenta y profunda. Él había pensado que seguramente esa declaración le valdría una bofetada o algo peor.

—Tu ego es tan grande como tu estómago. Sin embargo, como tengo un trabajo que hacer aquí que no incluye despellejarte vivo, voy a dejar pasar esa pequeña perla —Se inclinó hacia adelante, sosteniendo su mirada—. Por ahora.

Sawyer no pudo contener su sonrisa. Esa fogosidad que ella apenas mantenía a raya quería salir a jugar y él estaba condenadamente decidido a liberarla. Cuanto antes se deshiciera de sus barreras tan fuertemente apretadas, mejor.

—Eso casi suena como una amenaza, Agente Bishop —dijo con una sonrisa—. O tal vez sea un desafío. Si es así, probablemente deberías saber que me encantan los desafíos.

Ella resopló.

—Puedes seguir intentando provocarme si quieres. Pero no te llevará a ninguna parte. Esto es lo que en el Bureau llamamos una situación imposible. Así que sea lo que sea que esperas lograr con este encanto que estás destilando, mejor guárdalo en su caja y olvídalos. Yo ya lo he hecho.

Sawyer contuvo una carcajada. Ella podría pensar que esta atracción entre ellos era imposible, y probablemente lo era, pero lo imposible se había convertido en su especialidad. El destino había decidido entregarle un rayo de esperanza en el peor momento de su vida. En el pasado, quizás había hecho algunas estupideces, pero mientras se recostaba en su asiento para observar, sabía sin lugar a dudas que dejar escapar a esta mujer no sería una de ellas.

CAPÍTULO OCHO

P enelope se recostó en la silla con la sidra de arándanos en una mano y la otra sobre su estómago ahora lleno. A pesar de sus objeciones iniciales, el hambre había podido más y se había lanzado sobre los mejores nachos que había probado en su vida.

—No puedo creer que me los haya comido todos —suspiró, luchando contra el impulso de desabrocharse el pantalón o al menos aflojarse el cinturón. Se cubrió la boca para ahogar la risita que esa imagen evocó en su mente. ¿Qué tan elegante sería eso?

—Solo comiste una cosa.

Miró los platos vacíos, asombrada de que Sawyer hubiera devorado todo lo demás. ¿Cómo mantenía ese cuerpo con toda esa comida chatarra?

Basta. No vayas por ahí.

¿Cuántas veces iba a seguir pensando en sus anchos hombros o fantaseando con sus probables abdominales? ¿O algo más...?

Sus pequeñas insinuaciones sexuales durante todo el día realmente la habían afectado. Hasta el punto de que el calor se encendía entre sus piernas cada cinco minutos. Él la miraba y ella se ponía nerviosa. O, Dios no lo quiera, le sonreía. Decir que tenía un atractivo rudo era quedarse corto. El hombre exudaba carisma solo con estar sentado ahí.

Maldición, realmente necesitaba dejar de pensar en él de esa manera. ¿Por qué no podía imaginarlo como la víctima de un incendio horrible? ¿Alguien que necesitaba que ella encontrara justicia para él?

Bueno, sí veía eso. Y a medida que lo había ido conociendo y viendo su feroz lealtad hacia las personas que consideraba su familia, su ya fuerte necesidad de encontrar al responsable había crecido.

—Tierra llamando a Penny. ¿Sigues aquí?

Casi gimió. Nadie la llamaba Penny. Sin embargo, a mitad de su primera bebida, él se había propuesto declarar que era un buen apodo y ahora la había llamado así en más de una ocasión y a ella le gustaba. Maldición, maldición, maldición, lo estaba haciendo de nuevo. Necesitaba enfocarse en otra cosa ahora mismo.

—Estás muy centrado en la comida aquí —dijo ella.

Él levantó la vista de su cerveza, lamiéndose la espuma de los labios. Su estómago dio un vuelco. Por supuesto que lo hizo. Su cuerpo se había vuelto un traidor junto con su mente.

—Estamos algo enfocados en el turismo aquí cuando necesitamos serlo, así que la comida y la bebida se vuelven una prioridad. Y, por supuesto, durante los tiempos difíciles, aprender a cultivar y cocinar nuestra propia comida hace que la vida en la isla sea mucho más fácil. Resulta que la gente de esta región se toma muy en serio todo eso de la sostenibilidad y el consumo local.

Ella frunció los labios.

—Les sirve bien. Incluso si viene de la necesidad. Aunque no es como si no pudieras ir al pueblo en cualquier momento. El noroeste del Pacífico está un poco lleno de tipos amantes de la comida, lo que naturalmente significa que no hay escasez de buenos restaurantes. Incluso de este lado del gran puente.

Él tomó otro trago de su cerveza antes de responder.

—Nos gusta mantenernos apartados. Y definitivamente no queremos estar en la posición de depender de los forasteros. Es mejor así.

Sus respuestas crípticas no los estaban llevando a ninguna parte.

—¿Por qué es eso? —preguntó ella—. ¿Es algo religioso? O... —dudó, un poco nerviosa por insinuar algo más—. No lo sé.

—No somos una secta, si es lo que estás preguntando.

—Yo no dije...

—Somos de ideas afines —continuó él, impidiéndole terminar—. Preferimos una forma de vida simple y tranquila. Simplemente no puedes conseguir eso en la ciudad.

Penelope pensó en su loft demasiado caro en el centro de Seattle. Pagaba mucho dinero por una cantidad minúscula de metros cuadrados en una ciudad abarrotada. Se preguntó qué tipo de lugar tendría Sawyer en la isla. Había notado de todo, desde grandes casas frente al mar hasta pequeñas cabañas escondidas entre los árboles mientras caminaban hacia la escena del crimen. Honestamente, no podía imaginarlo en ninguna de esas opciones. Sawyer tenía una constitución robusta y ruda que le daba la impresión de que se sentiría incómodo en cualquier cosa que no fuera una casa igualmente ruda. Tal vez vivía en un barco o algo así. Eso no estaba fuera de lo común en estas partes.

Su mirada se desvió hacia la gran ventana panorámica junto a sus asientos, que les daba una vista de la pequeña isla al otro lado de la bahía mientras el sol se hundía bajo el horizonte. Era pequeña, pero no exactamente remota. Pero obviamente les daba la privacidad que necesitaban. ¿Pero para qué? ¿Qué era lo que no le estaban diciendo?

—¿Sigues conmigo?

Ella sacudió sus pensamientos y volvió a mirar a Sawyer.

—Sí, pero creo que he terminado por hoy. Tengo que reportarme. —Y hacer un poco más de investigación. Si él no iba a decirle nada real, entonces tendría que averiguarlo de otra manera.

Un hecho que no sentía la necesidad de compartir.

—¿Te estás quedando en algún lugar del pueblo? ¿O vas a volver a la central?

—Hice una reserva en un hotel local por si acaso. Me quedaré allí para que podamos reunirnos de nuevo por la mañana.

Sawyer le sonrió.

—¿Aún no has terminado conmigo?

La insinuación en su pregunta hizo que su estómago volviera a revolotear. Aun así, se inclinó hacia adelante y miró fijamente a esos ojos oscuros suyos.

—No estoy segura de por qué has intentado tan duro distraerme de mi trabajo hoy, pero no va a funcionar. Yo soy el trabajo. No me dejaré disuadir de buscar la verdad por una sobredosis de coqueteo, por muy encantador que parezca.

Esta vez él no sonrió ni respondió con algún comentario mordaz. En su lugar, se inclinó hacia ella hasta que todo en lo que pudo enfocarse fueron sus labios. Nunca había pensado tanto en las diferentes partes del cuerpo de un hombre como lo había hecho hoy. Sus labios no eran una excepción. Eran llenos y anchos con el tinte rosado más claro de las cicatrices de quemaduras apenas alcanzando el lado derecho. Lo suficiente para tirar de una esquina, haciendo que su sonrisa fuera aún más devastadora cuando elegía usarla. Se veía positivamente perverso.

¿Y ya mencionó que besable?

Con eso, se puso de pie, agarró su delgada cartera del interior de su chaqueta colgada en el respaldo de su silla y sacó su billetera.

—Tu dinero no sirve aquí —dijo él.

—Tengo que hacerlo. Permitir que tú pagues no sería apropiado.

Él se encogió de hombros.

—Ninguno de los dos necesita pagar. Llámalo un beneficio de la isla. Además, yo soy el que se comió todo.

Ella levantó la mirada entonces para verlo sonriéndole, sus ojos mostrando esa mirada traviesa una vez más. Era imposible no reír.

—Casi tienes razón en eso. Aunque yo hice suficiente daño como para tener que pasar treinta minutos extra en mi carrera esta noche.

Su sonrisa vaciló.

—¿Te gusta correr?

Ella se burló, el sonido más áspero de lo que había pretendido. —No creo que el gusto tenga nada que ver con esto. Tengo estándares de peso y condición física que cumplir. Por lo tanto, si quiero comer algo más que una ensalada en cada comida, corro.

Él negó con la cabeza, su sonrisa desapareciendo. —Tu cuerpo es perfecto tal como es.

—Ahora sé que estás mintiendo.

—Hablo en serio. No soy ciego a la forma en que las mu... mujeres se torturan con lo que parecen estándares de peso ridículos que quieren que todas sean del mismo tamaño. Si me preguntas, eso es una locura. Eres perfecta tal como eres.

Como para enfatizar su punto, envolvió su gran mano alrededor de su cintura y detuvo su movimiento hacia adelante. Habían estado caminando desde el pub hacia su coche y actualmente estaban en un pasillo cerrado oculto de todo lo que les rodeaba.

Su ritmo cardíaco aumentó y su respiración se volvió irregular. Si su reacción provenía de su toque o del hecho de que estaban solos, dejándola posiblemente vulnerable, no podía decirlo. Aunque si tuviera que elegir una...

Él se había movido detrás de ella y luego se acercó más, casi poniendo su frente directamente contra su espalda. Ese movimiento por sí solo hizo que su estómago saltara, pero cuando apartó un mechón de su cabello de su cuello y rozó su piel desnuda con sus dedos, sus músculos se congelaron y se volvieron gelatina alternativamente.

—Realmente me gusta que no parezcas frágil —susurró en su oído, su aliento acariciando toda la región de su cuello—. Fuerza y belleza hacen una combinación increíble en ti, Penny. Tanto que he estado muriendo por tocarte desde que nos conocimos. —Sus dedos se extendieron antes de apretarse en un agarre firme—. Eres toda suave y dulce por fuera con una capa de acero por debajo.

—No soy tan dulce —dijo ella, un poco horrorizada por el tono jadeante de su voz.

—Podría besarte y comprobarlo con seguridad.

Su respiración se atascó en su garganta. La idea de este hombre grande, hermoso y cicatrizado presionado contra ella era demasiado para resistir. Por todos los derechos, debería estar asustada. A pesar de su entrenamiento, él la tenía en una posición débil si necesitaba defenderse.

Excepto que no había miedo dentro de ella. Bueno, aparte del miedo de que él no cumpliera su amenaza de besarla.

Tocó el lado de su rostro, sus dedos recorriendo desde su ceja hasta su barbilla, donde apretó su agarre hasta que ella se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—Deberías mirarme ahora, Penélope.

Su uso de su nombre de pila en lugar de un apodo o su apellido la desestabilizó una vez más. La intensidad de su mirada la hipnotizó. Él realmente quería esto de una manera que ella no podía explicar.

—Yo...

No la dejó terminar. En su lugar, simplemente se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra los de ella. Una emoción la recorrió al primer contacto, viajando desde su cabeza hasta los dedos de sus pies, que se curvaron en sus zapatos sensatos.

Un hambre repentina por más arañó su interior. Hasta el punto en que tuvo que hacer algo.

Agarró su camisa y la levantó de la cintura de sus jeans hasta que sus manos encontraron piel y los abdominales duros como una roca que había esperado.

Él gimió en su boca y otra emoción la recorrió hasta su centro. Esta vez por la satisfacción de haberlo afectado de una manera inesperada. Envolvió sus brazos alrededor de su cintura y presionó sus dedos en los músculos de su espalda. Lo necesitaba más cerca. Completamente cerca.

Él debió de haber captado el mensaje porque lo siguiente que supo fue que él también arañaba su ropa hasta que sus manos grandes y ásperas por el trabajo estaban acariciando su espalda de arriba abajo.

El beso se volvió frenético cuando su lengua se deslizó en su boca. Ella gimió, embriagada con todas las nuevas sensaciones que se amotinaban a través de ella, clamando por su atención.

Arañó la piel cálida de su espalda y él movió sus caderas hacia adelante en respuesta. La sacudida de sensación cuando su dureza colisionó con su cuerpo en la posición perfecta la hizo jadear en busca de aire. Un sonido que él rápidamente le quitó sin romper su contacto.

Oh Dios. Lo deseaba. Aquí mismo. Ahora mismo. Al diablo con las consecuencias.

De nuevo, prácticamente leyó su mente cuando sus dedos buscaron el broche de su sujetador y lo liberaron fácilmente. Apartó el material a un lado y pasó ambos pulgares por sus pezones doloridos.

Su mente quedó en blanco con el nuevo ataque de sensaciones ardientes mientras el calor inundaba su cuerpo. Estaba perdida en él y no podía pensar en nada más que lo que su cuerpo anhelaba de él en ese momento.

Excepto...

Un ruido extraño la trajo de vuelta. Un sonido retumbante que crecía más fuerte con cada segundo que pasaba. Intentó ignorarlo, pero no pudo porque... ¿era eso...?

Se liberó del beso y miró a Sawyer que se cernía sobre ella, sus ojos luminiscentes con el mismo deseo que ella sentía. Se veía diferente. Y él era la fuente del ruido.

—Eh... Sawyer, ¿estás gruñendo?

Sawyer podía percibir su excitación y lo volvía loco. Tan loco que no se había dado cuenta de lo cerca de la superficie que estaba su lobo. Empujó de vuelta a la bestia, pero este se resistió. En un día, Penélope Bishop se había abierto camino dentro de él y la naturaleza había tomado el control.

—Te deseo —confesó, incapaz de decir nada más.

Sus ojos se agrandaron ante sus palabras, pero el dulce aroma de su deseo solo creció. Por supuesto, eso provocó al lobo hasta el punto en que Sawyer apenas podía contenerlo. Ahora no era el momento. No importaba cuánto la deseara, había reglas para este tipo de cosas. Y no era

exactamente la temporada de apareamiento. ¿Cómo podría explicar esto?

Así que empujó de nuevo, esperando contra toda esperanza poder mantener las cosas bajo control. Su lobo gruñó en su cabeza, pero cedió a regañadientes.

Por ahora.

Las palabras fueron tan fuertes en su cabeza que fue como si la bestia las hubiera gruñido. Encontró esta repentina falta de control total inquietante. Si no podía controlarse mejor que un cachorro, tenía problemas mucho más grandes de lo que pensaba.

Penélope había permanecido callada después de su declaración y eso le preocupaba. Ella era una pensadora. Casi podía imaginarla haciendo una lista de pros y contras o escuchar el diálogo en su cabeza donde discutía consigo misma sobre si podía o no cruzar la proverbial línea en la arena en medio de una investigación.

—No tienes que decir nada —ofreció, usando su mano derecha para alcanzar y acariciar su mejilla al mismo tiempo. De una forma u otra tenía que tocarla.

—No es que no quiera. Sí quiero. Pero hay reglas para este tipo de cosas y ya he ido demasiado lejos. No estoy segura de que debamos empeorarlo.

—Pero quieres. Puedo verlo en tus ojos. —Y olerlo en cada inhalación. Su deseo le recordaba el ciclo de una flor lunar. Elusiva y fugaz, pero cuando aparecía tarde en la noche, florecía bajo la luz de la luna en un deslumbrante despliegue de belleza y fragancia. Por supuesto, al llegar la mañana, se ocultaba de nuevo, reacia a revelarse otra vez.

Ella bajó la cabeza, evitando su mirada. —No importa lo que yo quiera. —Alcanzó su camisa y comenzó a vestirse de nuevo—. Se trata de lo que es correcto.

Él ardía en deseos de agarrarla y mostrarle toda la noche lo que era correcto. Pero intuía que ese no sería el camino para su mujer. Esa fuerza interior suya ya había tomado el control.

Suya.

Le gustaba cómo sonaba eso.

—Creo que debería irme. Yo... eh... todavía tengo trabajo que hacer esta noche. —Sus manos retorcían el borde de su camisa y se lamió los labios.

Estaba nerviosa. Ese hecho hizo que su pecho se hinchara. Puede que aún no estuviera lista para dar el salto con él, pero lo deseaba y eso era un fantástico comienzo en su opinión. Probablemente era lo mejor de todos modos. Tratar de que se moviera tan rápido se sentía como un error.

No. Penelope Bishop merecía más que un revolcón rápido contra la pared de un edificio. Su miembro se endureció aún más ante el pensamiento. Está bien, tal vez habría sido divertido. Pero esto no era como ninguna de sus experiencias pasadas. Esta mujer lo significaba todo.

—Adelante, ve. Se está haciendo tarde.

—Puedo llevarte de vuelta —dijo ella.

Él negó con la cabeza. —No. Puedo conseguir un aventón fácilmente. O caminar y despejar mi mente.

Ella se mordió el labio inferior. —Esta investigación aún está en curso. Tendré que volver mañana.

Era su turno de sonreír. Le tomó el mentón y le inclinó la cabeza hasta que ella encontró su mirada. —Cuento con ello.

Ella reprimió una sonrisa. —Me refería a continuar la investigación.

—Por supuesto que sí.

Sus hombros se hundieron. —Y esto es exactamente por lo que es una mala idea que nos volvamos demasiado amistosos. Esta investigación es un asunto serio. Tengo la intención de resolverla sin importar qué.

Él levantó las manos en señal de rendición. —No te preocupes, agente Bishop. Soy plenamente consciente de lo serio que es esto. Estaré aquí para ayudarte en lo que pueda. —Y para asegurarse de que no descubriera demasiado demasiado pronto. Su futura participación con ella requeriría guantes de seda de aquí en adelante.

Ella negó con la cabeza, con evidente frustración estampada en su rostro. —Realmente no sé cómo tomar todo esto. —Agitó la mano a su alrededor—. Tú coqueteando. Yo permitiéndolo. Dices que quieres ayudar, pero tengo la sensación de que ese no es tu plan en absoluto. —Suspiró, dejando caer las manos a los costados.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Tengo que irme.

Se dio la vuelta y él la agarró del brazo para detenerla. Ella se quedó quieta, pero no se volvió para mirarlo, así que él se acercó hasta que estuvieron a solo centímetros de distancia.

—Esto no es solo coqueteo, señorita Bishop. Te he dicho lo que quiero. Si tengo que esperar por ahora, que así sea. Si tengo que ayudarte a investigar un evento que preferiría mantener en mi pasado, que así sea también. Lo que nunca haré es olvidarlo. Ni el incendio, ni la seriedad de tu agencia, ni a ti. —Soltó su brazo—. Nunca a ti.

—Pero...

—Ve a tu hotel, Penny. Duerme un poco. Te veré mañana.

Ella permaneció inmóvil un momento más mientras una ola emocional irradiaba de ella. Sus fosas nasales se dilataron ante las variaciones de su aroma mientras lidiaba con todo lo que él había dicho. Había ira, molestia e impaciencia fácilmente perceptibles. Pero cuando filtró todo ese ruido y llegó al núcleo de ella, ahí es donde residía la realidad de Penelope Bishop. Estaba curiosa, intrigada y aún excitada.

Oh, sí.

Puede que ella aún no lo supiera, pero le pertenecía a él.

Algo cambió dentro de él cuando ella dio los pasos restantes hasta su coche y subió. Tanto el lobo como el hombre no querían que se fuera. Ella sacaba a relucir su lado primitivo y en ese

momento no quería nada más que inclinarla sobre la barandilla del porche y reclamarla. Pensamientos de sus dedos enterrados en su pelo mientras la tomaba inundaron su mente. Odiaba esperar. De hecho...

Dio un paso fuera del porche cuando el coche de ella arrancó. No tenía por qué irse. Él podía hacer que se quedara.

—No te preocupes, volverá.

El cuerpo de Sawyer se quedó inmóvil. No le sorprendió que Creed hubiera hablado, ya que lo había oído venir con bastante antelación. Pero no estaba seguro de cómo se sentía al hablar con él ahora mismo. Había necesitado algo de tiempo con sus pensamientos antes de informar.

—Lo sé. Está programado que regrese mañana para continuar su investigación.

—¿Cuánto sabe?

—Nada más de lo que queremos que sepa. Aunque sabe que hay más en la historia.

Creed se acercó a su lado, con la tensión emanando de él en densas oleadas.

—¿Qué le dijiste? Pensé que te estabas encargando de esto.

Sawyer soltó una risa torcida. —A la agente Bishop no le gusta que la manejen. Es fuerte. E inteligente. No creo que nos lo vaya a poner fácil. Hay una terquedad en ella. Algo que la impulsa a tener éxito en este caso en particular.

—Parece que te contó bastante. Aunque no me sorprende. Siempre has tenido un don con las mujeres. Nada parece cambiar eso.

Sawyer reprimió una mueca. Su mejor amigo y compañero de manada no pretendía hacer daño al referirse a sus heridas. Los hechos eran hechos y a Creed le gustaba decirlos como los veía. No se contenía por lástima. Algo con lo que había contado de su amigo.

—¿Qué crees que se trae entre manos? —preguntó.

Había muchas cosas pasando por la mente de su mujer en ese momento, pero no sentía la necesidad de compartir todos esos detalles con Creed. No tenía que hacerlo. Aunque el aroma de la excitación de Penelope se había disipado bastante desde su partida, aún se aferraba al aire como una espesa y dulce niebla, recordándole lo que ella significaba para ellos.

—Creo que tenemos problemas más grandes que lo que la agente Bishop se trae entre manos con su investigación —admitió.

—¿Qué quieres decir?

Sawyer se metió las manos en los bolsillos y se preparó para la tormenta.

—Creo que es mi compañera.

Creed se volvió y lo miró con furia. —¿Hablas en serio?

Él se encogió de hombros. —Bueno, no tengo mucha experiencia en esto.

Su amigo se echó a reír. —¿Me estás tomando el pelo? Nunca he visto a nadie acostarse con más mujeres que tú. Has estado enterrado entre mujeres desde que tengo memoria. Entonces, ¿qué pasó con esta? ¿Te rechazó y eso te desconcertó?

La ira corrió por las venas de Sawyer. —¿Qué demonios, tío? ¿Te digo que he encontrado a mi pareja y quieres hacer bromas sobre mi pasado?

—¿Qué diablos se supone que debo pensar? Te dieron un trabajo simple pero importante aquí. Todo lo que tenías que hacer era usar tu encanto característico y convencer a esta chica de que no había nada nuevo que descubrir aquí. Solo necesitábamos que lo dejara pasar.

—Suenas como las tres D. ¿Ahora les estás haciendo la pelota?

No era su intención ser un imbécil con su mejor amigo, pero joder, de todas las personas esperaba un poco de apoyo serio.

—Damien, Diego y Dante son nuestros alfas. ¿Ya lo olvidaste? Esta chica realmente debe tenerte hecho un lío.

—Que te jodan, tío. Pensé que lo entenderías. Tú tienes una pareja y ella también es humana.

—Sí, pero ella no es la chica del FBI que ha venido a husmear por nuestra isla. ¿Sabes cuántos problemas podría causar esto?

Parte de la indignación de Sawyer se desvaneció. Aunque la desaprobación de Creed apestaba, no estaba del todo fuera de lugar. Involucrarse con una agente del FBI durante una investigación activa, o demonios, en cualquier momento, realmente tenía problemas escrito por todas partes. Eventualmente, tendría que decirle la verdad y eso pondría en riesgo a toda la manada. Más que eso, podría poner en riesgo a toda su especie.

Aunque realísticamente, ¿cuánto tiempo podrían mantener su secreto? ¿Para siempre? Se burló internamente. Ni de coña. Especialmente con esos cazadores siempre metiéndose en sus asuntos. Los fanáticos santurriones estaban empeorando. Algunos de ellos parecían completamente desquiciados. Eso no auguraba nada bueno para nadie.

—Este es realmente el peor momento —dijo Creed—. El embajador de Deception Falls llegó hoy.

Sawyer levantó la vista. —¿Embajador? ¿Qué demonios? ¿Desde cuándo esos osos del bosque empiezan a usar jodidos títulos?

Creed se dobló de risa. —¡¿Verdad?! Eso es exactamente lo que dije. Casi me meto en problemas porque estoy bastante seguro de que ese enorme bruto me escuchó.

—¡Oh, mierda! —Sawyer se agarró el estómago de tanto reír.

Unos momentos después, su risa se apagó y ambos se pusieron serios.

Creed lo miró a los ojos. —Este emparejamiento con una agente del FBI no va a funcionar ahora. Tenemos que atrapar a estos cazadores y no podemos hacer eso hasta que saquemos a los federales de la isla. Y ahora los osos se están involucrando.

—Sí, ¿por qué están aquí? —Si había algo que Sawyer entendía por encima de todo, era que a su

manada le gustaba mantenerse al margen. Involucrarse con otros cambiaformas era una manera segura de atraer demasiada atención.

—Esta facción de cazadores está creciendo más de lo que pensábamos. Están más organizados que nunca y tienen grupos por todo el estado. El *embajador* dice que un par de sus osos han desaparecido y se presume que están muertos. Se está poniendo feo. Así que están aquí para ayudarnos a manejar nuestra situación con la esperanza de que si nos necesitan, les devolveremos el favor.

—¿Y nuestros alfas están de acuerdo con esto?

Creed se encogió de hombros. —Está por verse. Aunque Diego animó a nuestro visitante a volver a casa y cuidar de su familia, creo que hay cierta preocupación.

—Necesitamos acabar con estos malditos cazadores. Se han acercado demasiado. Y han causado mucho daño.

—Predicas a un converso, hermano. Estoy listo. Pero si los federales están aquí, entonces tenemos las manos atadas. No podemos tener testigos así.

Por supuesto que Creed tenía razón. Tener a Penelope aquí metiendo su linda nariz en los asuntos de la manada en medio de una guerra era una receta para el desastre. Los cazadores habían estado persiguiéndolos desde que podía recordar, pero nunca en estos números o en esta escala de éxito. La destrucción del Club Diablo los había dejado conmocionados. Pero necesitaban contraatacar antes de que los cazadores volvieran a atacar.

—¿Crees que el aumento de actividad tiene algo que ver con Alison y Brody? —Desde que Brody, un ex cazador, había sido mordido y Alison, su hermana, enviada aquí para encontrarlo, las cosas habían escalado. El hecho de que ambos se hubieran convertido en parte de su manada desde entonces no había pasado desapercibido.

—Probablemente. Perder a la familia, incluso a la familia que ya no querías, es un poderoso motivador.

—Esos bastardos deberían haber aprendido a estas alturas a no meterse con nosotros. Creo que es hora de enviarles otro mensaje. —Apenas había logrado mantener la cordura desde la explosión cuando se trataba de cazar a los responsables. Diego y Dante lo habían mantenido con correa corta hasta que fuera el momento adecuado. Bueno, el momento nunca iba a ser el adecuado. Siempre surgiría algo más.

—Sé lo que estás pensando.

Sawyer se volvió hacia Creed. —Tal vez lo sepas. No cambia nada.

—Lo hace si crees que esa federal es tu pareja. Eso seguro que cambia todo. Una pareja siempre es la prioridad. Así que no dejes que esa necesidad de venganza nuble tu juicio. Has pasado mucho tiempo concentrado en hacer pagar a los cazadores, pero cuando el destino interviene, interviene. Solo espero que estés malditamente seguro de esto. Ella podría ser peligrosa.

Sawyer miró en la dirección en que Penelope había desaparecido en la noche. No creía estar equivocado. Pero habiendo aferrado la idea de la venganza durante tanto tiempo, no estaba seguro de poder apartarse de eso tampoco. Su dolor podía soportarlo. Lo que le hicieron a sus

padres, no tanto. Tenía mucho en qué pensar.

Era hora de idear un plan.

CAPÍTULO NUEVE

A la mañana siguiente, Penelope despertó con un mensaje en su teléfono de Sawyer pidiéndole que se reuniera con él en el continente después del desayuno. Afirmaba que tenía algunos recados que hacer en el pueblo y que necesitaba que lo llevara de vuelta a la isla, ya que ella planeaba regresar de todos modos. No estaba segura de qué creer.

Necesitaba actuar con cautela con él a partir de ahora. Después de sacudir su mundo con un beso que la había dejado sin aliento y deseosa de más, había logrado escapar y salir de allí antes de hacer algo de lo que se arrepintiera después. Apenas.

Con una rápida mirada en el espejo retrovisor, Penelope giró hacia la pequeña tienda Island View. No fue hasta que se detuvo en el estacionamiento que se dio cuenta de que Sawyer ya estaba allí.

Estaba de pie, apoyado contra la barandilla del pasillo cerrado que conducía a la parte trasera del edificio donde se encontraba el pub. El mismo pasillo que había llenado su noche de un sueño inquieto mientras revivía una y otra vez ese único y alucinante beso.

¿Cómo se suponía que iba a olvidar algo así?

Al diablo con olvidarlo. No era idiota ni ingenua. De alguna manera, él había tocado cada célula de su cuerpo con ese beso y nunca lo olvidaría. Sin embargo, ese hecho no cambiaba nada en lo que a ella concernía. Por ahora, compartimentaría estas emociones que corrían desenfrenadas y amenazaban su capacidad para completar su tarea. Tenía un trabajo que hacer y eso es lo que haría.

Con suerte, podría concluir su investigación en la isla hoy y apresurarse de vuelta a Seattle antes de que el sol se pusiera en el horizonte esta tarde. Entre lo que pudiera descubrir hoy y la investigación que esperaba desvelar una vez de vuelta en la oficina, aún le quedaban varios días de trabajo antes de que este caso pudiera cerrarse.

Y tal vez entonces podría tomarse el tiempo para analizar lo que Sawyer había despertado anoche. Pero solo si ponía algo de distancia entre ellos. Porque ahora mismo, solo mirarlo la hacía acalorarse de nuevo.

Puso el coche en punto muerto, pero no apagó el motor ni se movió de su asiento. Había tontería y luego estaba la estupidez colosal si pensaba que podía enfrentarse a él de nuevo en ese mismo pasillo sin consecuencias.

Siempre había consecuencias. ¿No es eso lo que su padre le había enseñado? Uf. ¿Por qué tenía que pensar en ese imbécil controlador justo ahora? Bueno, al menos servía para algo. Los pensamientos sobre él equivalían a un jarro de agua fría en la cara.

Más o menos.

Mientras Sawyer estaba allí mirándola, agradeció a Dios por la previsión de recordar sus gafas de sol esta mañana. Cuanto menos pudiera leer en su rostro, mejor.

Él usó su cadera para impulsarse desde el pasillo y comenzó a caminar hacia ella. Por supuesto, ese movimiento atrajo su mirada hacia abajo, donde se detuvo por un momento demasiado largo.

Jesús. ¿Qué demonios le pasaba? No era el primer tipo atractivo que había encontrado en su trabajo. La Oficina estaba llena de hombres guapos y capaces. Ninguno de los cuales la hacía sentir tan acalorada e inquieta.

No como él.

Suspiró. Su cerebro realmente se había vuelto en su contra. La muy perra.

—Buenos días —dijo él, abriendo la puerta del pasajero.

Ella esperaba a medias que volviera a desafiarla por los privilegios de conducir, pero no lo hizo. En su lugar, deslizó sus largas piernas enfundadas en vaqueros en el asiento junto a ella.

—Buenos días.

—¿Dormiste bien, Penny?

Quería decir algo sobre su continuo uso del apodo infantil, pero sabía que con su corazón acelerado por su proximidad y las palmas sudorosas contra el volante, cuanto menos dijera, mejor.

—¿Terminaste con tus recados?

Él sonrió ante su falta de respuesta.

—Por ahora. Puede que necesite hacer un seguimiento de algunas cosas más tarde.

—Suena intrigante —dijo ella mientras volvía a poner el coche en la carretera y los dirigía hacia Punta del Diablo.

—Depende —dijo él.

—¿De qué? —No tenía idea de cuál era el punto de esta extraña charla, pero supuso que era mejor que un silencio ensordecedor.

—De cómo vayan las cosas hoy entre tú y yo.

Sus músculos se tensaron ante la implicación de su declaración tan directa. Algo que ella decidió ignorar.

—Me gustaría interrogar a más residentes de la isla hoy si te parece bien. Algunos de los otros que estaban en el club cuando ocurrió la explosión. Tengo una lista propuesta de ellos junto con

un itinerario de lo que hay que hacer hoy en mi carpeta. Si todos cooperan, podría terminar potencialmente en solo unas horas y dejar de molestarte.

Él se rio, haciendo que ella lo mirara mientras doblaba la esquina hacia el puente.

No tenía idea de qué demonios le podía parecer gracioso. Así es como funcionaba el trabajo de campo. Observabas y cuestionabas, y luego, una vez que profundizabas en algunas de esas respuestas, a menudo volvías por más. Enjuagar y repetir. Todo era bastante estándar.

Su cerebro se dio cuenta de algo.

—Ohhh... te referías a...

No pudo terminar de responder porque de repente algo no se sentía bien cuando un escalofrío le recorrió la piel.

De hecho, desde el momento en que habían tomado el giro hacia el puente, algo en el aire había cambiado. La suave brisa y el sol que había disfrutado durante su parada matutina para tomar café se habían disipado y la nubosidad avanzaba. Le había tomado un minuto extra sentirlo porque había estado distraída.

—¿Se supone que viene una tormenta? —Buscó en el cielo oscurecido—. Esas nubes se movieron rápido —preguntó.

Él miró por la ventana y no dijo nada de inmediato. Pero ella captó un profundo ceño fruncido extendiéndose por su rostro en el espejo lateral.

—¿Qué pasa? —El vello de la nuca se le había erizado en el segundo en que pasó el cartel negro y dorado grabado de Punta del Diablo.

—Nada —dijo antes de murmurar algo más demasiado bajo para que ella lo oyera.

—Pensé que ya habíamos establecido que no es agradable guardar secretos —dijo ella, luchando contra el impulso de frotarse la nuca. Algo andaba muy mal.

Él se acomodó en su asiento.

—Todo el mundo los guarda. *Todos*. ¿Te importaría compartir todos los tuyos?

Su pregunta la irritó. Se suponía que esto no era sobre ella. Se trataba de averiguar quién había volado un edificio y herido a un montón de gente. Lo miró de reojo, fijándose en una de sus muchas cicatrices. Él, de todas las personas, debería querer cooperar.

—¿Estamos realmente del mismo lado? —preguntó ella cuando una repentina claridad se cristalizó en su mente.

Se volvió y la miró, y ella le dedicó una ojeada. La ira que esperaba no estaba allí. En su lugar, parecía cansado.

—¿Quieres serlo?

—¿Qué clase de pregunta es...? —De repente, a través de la niebla, apareció un muro de gente en medio de la carretera. Penelope aferró el volante con los nudillos blancos y pisó el freno a fondo.

Los neumáticos chirriaron y humearon mientras ella ponía todo su peso y habilidad en detener el coche antes de atropellar a alguien.

—No te detengas —gritó Sawyer.

—¿Qué? —Con el pie aún en el freno, le dedicó otra mirada rápida para encontrar su rostro marcado por la ira y la determinación—. Tengo que hacerlo. —De todos modos, ya era demasiado tarde; ya había detenido el vehículo por completo a escasos centímetros.

Se escuchó un extraño ruido de chasquido al mismo tiempo que Sawyer gritaba: —¡Mierda! —y se llevaba la mano al cuello. Cuando la retiró, tenía un dardo en la palma.

Penelope alcanzó detrás de ella y sacó su arma reglamentaria de la funda trasera. —¿Qué es *eso*? ¿Es un...? Jesús, ¿estás bien? ¿Qué demonios está pasando? —Un pánico creciente la invadió, haciendo que sus músculos se contrajeran.

—Agáchate —gritó él al mismo tiempo que la jalaba hacia su regazo.

Otro chasquido sonó y esta vez ella supo que alguien había disparado de nuevo con lo que esperaba que aún fuera una pistola de dardos.

—Supongo que sabes usar esa cosa. —Estaba señalando hacia el arma en su mano, pero sus ojos estaban dilatados y sus párpados comenzaban a caer.

—Sí, sé usarla. —Miró alternativamente entre los hombres alineados frente a su coche y el hombre corpulento parcialmente inclinado en el asiento.

—Dispárales. Noooooo preguuuunnnn... Dis... —Se desplomó hacia adelante, presionando más su peso sobre el costado de ella, y supo que se había desmayado. Si era temporal o permanente, no tenía idea. Y no había tiempo para averiguarlo.

Su agarre se apretó alrededor de la culata de su arma reglamentaria y su dedo se deslizó alrededor del gatillo. Fuera lo que fuera esto, tenía que hacer algo.

CAPÍTULO DIEZ

—Salga del auto lentamente, señora.

Uno de los hombres parados directamente frente al lado del conductor levantó su arma y la apuntó hacia ella.

Su mente empezó a trabajar a toda velocidad mientras varios escenarios diferentes pasaban por su cabeza. Ninguno de ellos tenía los resultados que ella quería: poner a salvo tanto a ella *como* a Sawyer.

Su última advertencia de disparar y no hacer preguntas no la dejaba en paz. No es que pudiera simplemente hacer tal cosa y luego limitarse a hacer preguntas. Necesitaba muchos más datos para tomar una decisión tan drástica. Por otro lado, con el arma del hombre apuntando directamente hacia ella a través del parabrisas, ciertamente estaba en su derecho de dispararle.

Otro hombre apareció en la ventanilla del conductor. —Me llevaré eso —dijo, apuntando el cañón de su rifle hacia el arma que ella aún tenía agarrada en su mano.

Ella miró a ambos lados y observó por el espejo retrovisor. La tenían rodeada. Tenía dos opciones. O hacer lo que Sawyer dijo y empezar a disparar, lo que probablemente solo conseguiría que los mataran a ambos, o entregar su arma a estos imbéciles y seguirlos por un camino desconocido que también podría terminar con ellos muertos de todos modos.

Rápidamente sopesó los pros y los contras, a pesar de que ya sabía la elección que tenía que hacer. Si había una oportunidad de salvar a Sawyer de más daño, entonces tenía que tomarla. Una vida civil, incluso una con más secretos que el papa, tenía más prioridad que la suya propia.

—¿Qué garantías tengo de que no nos matarán a ambos en el momento en que entregue mi arma? —Miró al hombre que se cernía sobre su puerta directamente a los ojos mientras hablaba, asegurándose de que captara el mensaje de que no se rendiría fácilmente si la obligaba.

—No damos garantías —respondió él—. Aunque tratamos de evitar matar humanos si es posible.

Ella frunció el ceño ante su extraña declaración. ¿Qué demonios significaba eso? Les estaba apuntando con un arma, pero ¿no querían matarlos?

—Me cuesta creerlo cuando tienes tu arma apuntando a mi cabeza mientras hablamos.

—Bueno, lo que suceda a continuación depende enteramente de ti, cariño.

Penelope apretó los dientes y se tragó su desagradable réplica. Odiaba que la llamaran cariño, pero especialmente en ese tono condescendiente. Era peor que uñas sobre una pizarra para ella.

Sin embargo, necesitaba ganar más tiempo para ella y Sawyer. A regañadientes, puso el seguro de su arma y la giró con la culata primero antes de entregarla por la ventana.

—Sabia elección —dijo él, metiendo el arma en la cintura de sus vaqueros.

—Eh, mira esto.

Ella se sobresaltó al oír una nueva voz al otro lado de la ventana, girándose para encontrar a otro hombre parado junto a la ventana del pasajero con su mano izquierda tirando del cabello de Sawyer para mantenerlo erguido.

—Este está todo quemado —Giró la cabeza de Sawyer para mostrar las cicatrices—. Parece que tenemos al lobo que quedó atrapado en el fuego. Hombre, eso debe haber dolido como el infierno cuando estaba fresco. Parece que su suerte se acabó después de todo.

Algunas de las conexiones en su cerebro se activaron al mencionar el incidente del Club Diablo. Entrecerró los ojos. ¿Serían estos los hombres responsables?

—Déjelo en paz —advirtió en voz baja, gustándole cada vez menos esta situación.

—¿Qué te importa lo que le pase a un lobo bastardo? Eres una federal, no control de animales.

Su cuerpo se sacudió de nuevo ante el aparente conocimiento que esta gente tenía sobre quién era ella. Aún no se había identificado ante ellos como agente de la ley.

—¿Qué te hace pensar que soy una federal? —preguntó.

Él le sonrió con suficiencia. —No estamos aquí para jugar juegos, señora, especialmente con una *federal*. Estamos aquí por él y el resto de esos animales que infectan esta isla.

—¿Por qué sigues...?

—Hiciste la elección correcta, señora —dijo el primer hombre, interrumpiéndola.

—Tal vez. Tal vez no. Aunque, *tú* podrías no haberla hecho. El Gobierno Federal tiende a ofenderse cuando la gente apunta con armas a sus agentes.

—¿Y qué opinan de sus agentes confraternizando con animales?

Ella negó con la cabeza. Cualquiera que fuera la mala sangre entre estos palurdos y los residentes de Lobos de Punta del Diablo tenía que ser extrema. Seguían refiriéndose a ellos como animales o lobos. Relegarlos en sus mentes a algún tipo de estatus no humano es probablemente lo que les daba algún tipo de falsa justificación para su comportamiento criminal. Había perfilado suficientes de su tipo en el pasado como para saber lo peligrosa que podía ser esa forma de pensar. Un criminal con una causa podría ser fácilmente el más volátil.

Sin embargo, entender el tipo de mentalidad sociópata con la que trataba en ese momento no la hacía sentir mejor sobre su situación. De hecho, rápidamente se estaba arrepintiendo de no haber seguido el consejo de Sawyer de disparar primero.

—¿No crees que esa es una clasificación un poco extrema? —Tenía que profundizar más y

mantenerlos hablando si quería sacar algo útil de ellos mientras ganaba tiempo. Aunque no estaba segura de para qué necesitaba tiempo. Nadie pensaría en venir a buscarla durante un buen rato.

Él se quedó allí mirando por un momento antes de responder, como si estuviera sopesando sus pensamientos. —No, en realidad, es bastante precisa. Y si no estuvieras tan ocupada besuqueándote con un animal, tal vez lo verías también.

—Pero...

—Basta de charla. Claramente no entiendes con qué estamos lidiando. —Abrió su puerta de un tirón, la agarró del bíceps y comenzó a sacarla del coche—. Y estás perdiendo mi tiempo. No tengo tolerancia para el desperdicio.

—Oye... —Observó impotente cómo Sawyer también era manejado bruscamente por el imbécil en su puerta, notando lo mucho más brusco que trataba a su testigo.

—¿A dónde nos llevan? —exigió.

—Hablas demasiado y haces demasiadas preguntas, incluso para una federal, cariño. Ya es suficiente.

Ella se sacudió en su agarre, plantando los talones. —Primero, mi nombre no es cariño y agradecería que no me llamaras así y segundo, las preguntas son lo que hago, así que deberías esperarlo.

—Sí, bueno, ese es tu problema, no el mío. No estamos aquí para responder tus preguntas. En caso de que no lo hayas entendido todavía, tú no estás al mando.

Más obvio para ella era el hecho de que ninguno de los dos estaba al mando. —¿Quién está al mando entonces? Me gustaría hablar con él. Podría no estar de acuerdo con que secuestren a una agente federal.

—De nuevo, no estoy aquí para decirte una mierda, señora.

Ella no se iba a rendir tan fácilmente. —¿Entonces para qué están aquí?

—Eso es simple. Para erradicar esta isla de una vez por todas de estas... —curvó el labio con disgusto—. Estas criaturas contra las leyes de la naturaleza antes de que ocurra algo realmente malo. ¿Tienes alguna idea de lo que le sucederá al mundo si no nos encargamos de ellas?

Tenía la siguiente pregunta en la punta de la lengua cuando un peso aplastante golpeó su cráneo y todo a su alrededor se oscureció...

CAPÍTULO ONCE

Sawyer luchó por abrir los ojos en medio de un dolor punzante en la cabeza y la miseria de una lengua gruesa e hinchada en una boca seca. Mientras se arrastraba desde los restos letárgicos del sueño, se esforzó por evocar cualquier recuerdo que pudiera darle una pista de lo que le había sucedido.

¿Había estado bebiendo de nuevo?

Abrió los ojos con dificultad y miró hacia el techo de su dormitorio, demasiado familiar. Obviamente, se había desmayado una vez más. Probablemente se había quedado inconsciente, a juzgar por el dolor palpitante en su cráneo.

Mierda. Pensaba que ya había superado esto.

—Ya era hora de que despertaras.

La cabeza de Sawyer se giró bruscamente hacia un lado, triplicando el dolor con el movimiento repentino. Gimió y volvió a caer sobre el colchón.

—¿Qué demonios, Dante? No necesito un maldito público para recuperarme de una resaca.

—¿Una resaca, eh? ¿Eso es lo que es esto? —Dante se puso de pie y avanzó. Al borde de la cama, miró hacia abajo—. Te encontramos desmayado en el puente sin señales de lo que demonios había pasado. Nadie te vio salir y nadie te vio regresar. Eso fue ayer. ¿Qué hiciste exactamente? ¿Y qué hiciste con la mujer? Creed dijo que le dijiste que ella iba a volver.

Sawyer se agarró la cabeza y deseó que su Alfa se callara de una vez. El dolor era insoportable. Intentó recordar cómo y por qué se había embriagado hasta llegar a ese estado. Pensaba que lo peor de aquellos días había quedado atrás, pero esto se sentía como estar de vuelta en el punto de partida con el doble de dolor.

—Mierda. No puedo recordar nada. —Después del incendio, había habido muchas mañanas como esta. Despertaba con la peor resaca y sin memoria de cómo había llegado allí. Solo un dolor de cabeza intenso y el dolor residual de las cicatrices que no sanaban completamente.

¿Pero volver al maldito punto de partida? ¿Por qué ahora?

—Espero que hayas estado celebrando una misión exitosa. ¿Qué hay de la agente del FBI? No se la ha visto desde ayer. ¿Cómo lograste que dejara la isla tan rápido? ¿Terminó su investigación después de todo? ¿O usaste algo más para satisfacerla? —El último comentario de Dante salió

con un bufido.

Pero era su segunda referencia a una mujer...

Una sacudida de miedo atravesó el cuerpo de Sawyer con la fuerza de un rayo en medio de una rara tormenta de verano.

Penelope.

Los recuerdos inundaron su mente en una oleada forzada y dolorosa.

Todo en ella se le había metido bajo la piel. Su sonrisa reluciente, o más a menudo su necesidad de morderse los labios para ocultar una sonrisa. Su curiosidad también. Incluso su sensibilidad ante sus preguntas personales. Especialmente cuando le preguntó sobre su ropa interior.

Ese rubor rojo que se deslizaba por su rostro se veía condenadamente sexy. Le hacía preguntarse dónde más se sonrojaba.

Mientras su mente vagaba por los recuerdos de conocer y conectar con la sexy agente del FBI y el único beso que habían compartido la noche anterior, su sangre se heló.

Todo volvió, haciéndolo saltar de la cama.

—¿Qué pasa? —Los rasgos de Dante se afilaron y sus ojos se volvieron dorados mientras su cuerpo se ponía en alerta, percibiendo un problema.

—No bebí ni una gota de nada anoche —gruñó—. Me dispararon con una maldita pistola de dardos. Y estaba con Penny cuando sucedió.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Fueron cazadores? ¿Quién es Penny? Esto mejor que no sea sobre otra chica del pueblo que no puede dejarte ir —advirtió Dante.

—Sí, fueron cazadores. Al otro lado del puente.

—¿Y Penny es nuestra nueva amiga del FBI? ¿Qué le pasó? —La voz de Dante salió dura y fría. Ambos sabían muy bien lo que le había pasado.

—Mierda. —Se frotó el cuello donde lo habían alcanzado—. Tuvieron que habérsela llevado o algo peor. Me dieron con el dardo antes de que pudiera siquiera salir del coche o advertirle. Aunque no entiendo por qué me dejaron vivo. —Su piel comenzó a picar mientras el familiar hormigueo subía por su columna.

Dante sacó su teléfono celular y empezó a marcar números antes de colocarlo contra su oreja.

—Esto es malo —dijo—. Muy malo.

Sawyer asintió mientras el lobo en su interior luchaba por tomar el control. Esta situación no era tan simple como Dante pensaba. Estaba a punto de perder el control y cuando lo hiciera, no habría nada que nadie pudiera hacer para detenerlo, excepto matarlo.

Dante estaba hablando por teléfono, pero Sawyer ya no escuchaba las palabras. Su cabeza zumbaba mientras luchaba contra la transformación. Su sangre se calentó y lo quemó desde dentro. Una sensación que odiaba más que nunca desde el incendio, haciendo que el cambio a lobo fuera más doloroso y traumático que nunca.

—Sí, tienen carnada —dijo en su teléfono.

Esas fueron las únicas otras palabras que Sawyer captó antes de que el lobo empujara más allá del último hilo de su control. Los músculos de sus brazos y piernas se estiraron y los huesos crujieron y se reformaron, obligándolo a caer a cuatro patas.

—¡Detente! ¡Como tu Alfa, te ordeno que te detengas! ¡Ahora, Sawyer!

La mitad humana de su cerebro, en algún lugar muy atrás de su cabeza, escuchó la orden frenética de Dante, pero era demasiado tarde.

En cualquier otro momento o situación podría haber tenido efecto, pero esta vez era diferente.

La naturaleza le había dado un instinto arraigado que nunca podría ser negado sin importar quién o qué intentara detenerlo y no tenía más opción que sucumbir.

Aun así. Tenía que advertir a Dante a qué se enfrentaban para que no lastimara a nadie que intentara detenerlo. Giró su cabeza, que cambiaba rápidamente, y miró hacia arriba al Alfa que lo miraba con ojos incrédulos y abiertos de par en par.

—Compañera —dijo, la palabra mucho más gutural de lo que cualquier humano podría entender.

Sin embargo, en este caso estaba hablando con un lobo que entendía bien el feroz impulso que ahora corría por él. Ya era demasiado tarde. Mataría o moriría hasta que el lobo consiguiera lo que quería. Así de simple. Nadie estaba a salvo.

Salvar a la compañera.

Esas eran las únicas palabras que quedaban en su mente. Ese instinto había sido fuerte durante el incendio cuando se sintió obligado a salvar a la compañera de Creed, pero eso no era nada comparado con lo que sentía ahora. Esto rozaba la locura mientras perdía el control. No importaba que aún no estuvieran unidos por sangre, esta necesidad llegaba hasta lo profundo de sus huesos. Tal vez incluso su alma.

Si antes pensaba que los cazadores se habían pasado de la raya, esta furia que ahora hervía en sus venas trascendía más allá de toda la ira y el miedo que jamás había experimentado.

—¡Mierda! —Dante se llevó el teléfono de nuevo al oído—. La situación se acaba de complicar. Creo que la tía del FBI podría ser la pareja de Sawyer.

Sawyer gruñó y le lanzó una dentellada a Dante, su transformación en lobo ya completa.

—Oh, no sé —continuó Dante—. Quizás porque tengo un lobo asesino frente a mí a punto de arrancarme la cabeza si no me aparto de su camino.

Hizo una pausa, escuchando.

—Sí, lo seguiré. Solo traigan sus traseros aquí. Vamos a necesitar mucho apoyo.

Dante presionó un botón y dejó el teléfono sobre el mostrador lentamente. Aunque Sawyer sabía instintivamente que era bueno que su Alfa se moviera despacio al tratar con un lobo agitado, no lo calmó cuando el hombre escondido en su interior supo que Dante intentaría "manejarlo".

Retrajo los labios mostrando los dientes y gruñó bajo y fuerte, asegurándose de que el otro cambiaformas entendiera que esta era su última advertencia para que se apartara de su camino.

El hecho de que Dante se interpusiera entre él y la puerta solo le compraba algo de tiempo.

—Tranquilízate, tío. Voy a abrir esa puerta antes de que hagas algo estúpido como atacarme, pero no hasta que esté listo. Vamos a hacer esto juntos.

Sawyer gruñó de nuevo. No le gustaba esa idea, pero si eso era lo que se necesitaba para hacer el trabajo, que así fuera. Inclino la cabeza mientras seguía gruñendo y se sentó sobre sus cuartos traseros, dándole a su Alfa unos treinta segundos para que lo hiciera.

—Mejor —dijo Dante, quitándose las botas y alcanzando la hebilla de su cinturón.

Esta vez Sawyer gimió y giró la cabeza. No sentía la necesidad de ver al Alfa desvestirse frente a él. No tenía problemas con la desnudez, pero a su altura de lobo estaría cara a cara con su...

—Deberías habernos contado a uno de nosotros sobre la situación con la agente del FBI. Si ella es tu pareja, ciertamente complica todo. La manada necesita averiguar cómo manejar esto. No es algo para manejar por tu cuenta.

Sawyer giró la cabeza y chasqueó las mandíbulas. La manada no iba a decidir su destino en esto. Amaba a la manada y a Punta del Diablo, pero estaba hablando de una pareja. Esa rara y mítica criatura que nadie creía realmente que encontraría.

Que se fueran a la mierda.

Si no estuviera sintiendo la furia del lobo, tal vez podría ver la situación objetivamente. Tal vez. Sacudió la cabeza. No. Lo dudaba.

Tal como estaba, apenas podía pensar. Excepto en Penelope. Su aroma llenaba su nariz aunque ella no estuviera cerca y nunca hubiera estado en su casa. Se imaginó sus curvas apenas camufladas por su discreto traje negro. Demonios, incluso el clic de sus zapatos sin sentido y ridículos llenaba sus oídos.

—Más te vale que no te pille mirándome el culo —advirtió Dante.

Sawyer ladró. No tenía tiempo para juegos. Como si lo fueran a pillar muerto mirándole el culo.

Entonces los sonidos de huesos crujiendo y el calor de los músculos estirándose llenaron la pequeña habitación y supo que el lobo de Dante ahora estaba detrás de él. El lobo más grande normalmente sería capaz de contenerlo, pero no hoy. El instinto de apareamiento lo impulsaba ahora.

Cuando se dio la vuelta, se dio cuenta de que Dante había logrado abrir la puerta principal sin que él lo notara. Divisar una ruta de escape fue todo lo que necesitó para salir corriendo a toda velocidad. No le importaba si Dante lo seguía o no, aunque sabía que lo haría.

Nada detendría la furia del lobo.

CAPÍTULO DOCE

Penelope tiró de la cinta que le ataba las manos a la espalda por enésima vez, sabiendo que era inútil, pero negándose a rendirse.

Se había despertado hacía horas con un dolor de cabeza terrible y un fuego en el estómago que no se apagaba por más que intentara liberarse.

Sus captores la habían dejado en esta cabaña y no habían regresado. Por lo que sabía, podrían no volver y su supervivencia dependía únicamente de su capacidad para liberarse.

Aunque tenía una extraña sensación de temor en el fondo de su mente que la hacía sentir sospechosamente como un cebo. Para qué, no lo sabía.

Uno de esos hombres la había golpeado en la cabeza por detrás y la había dejado inconsciente antes de que pudiera sacarles mucha información. Así que, gracias a eso, el destino de Sawyer también era desconocido para ella. Podría estar escondido en algún lugar cercano o ya podría estar muerto. Literalmente no tenía información en la que basarse.

Su estómago se retorció y la bilis subió por su garganta ante el mero pensamiento de su muerte. Algo parecido al dolor la amenazaba, dificultándole mantener la mente en sus opciones. Tenía que superarlo.

Para dar un descanso a sus adoloridos brazos y hombros mientras mantenía su mente ocupada, optó por escuchar cualquier sonido de vida fuera de estas cuatro paredes. Ya había deducido que estaba cerca del agua debido al inconfundible sonido del agua lamiendo la orilla.

Desafortunadamente, toda esta región estaba compuesta por el estrecho de Puget, innumerables bahías, penínsulas y docenas de islas, dejando las posibilidades de su ubicación demasiado vastas.

Contuvo la respiración esperando que eso la ayudara a escuchar algo más útil, sin éxito. Después de unos minutos sin oír nada nuevo, volvió a luchar con la cinta. Y así continuó su ciclo. Luchar contra la cinta. Escuchar en busca de pistas. Luchar contra la cinta. Escuchar en busca de pistas.

Pasaron más horas y con su cuerpo empapado en sudor por sus esfuerzos y cada músculo agarrotado de dolor por sus intentos, finalmente escuchó algo diferente.

Sus ojos se abrieron de golpe y giró la cabeza hacia la puerta. Contuvo la respiración esperando oírlo de nuevo para confirmar que no lo había imaginado. A estas alturas, no le sorprendería oír

algo que simplemente no estaba allí. Había pasado directamente de la esperanza a la desesperación hacía horas.

Y entonces lo oyó de nuevo. Un largo aullido resonó en la lejanía. El viento tal vez, pensó. O posiblemente un animal. Antes de que terminara el siguiente aullido, otro se unió, sonando mucho más cerca y Penelope se animó aún más. Eso no sonaba como el viento.

Algo o alguien parecía estar alborotando a la fauna local. Eso podría significar que sus captores estaban cerca y/o posiblemente de camino de vuelta. Con el pensamiento de su posible muerte inminente, una descarga de adrenalina la hizo luchar una vez más para liberarse. La cinta se había enroscado contra su piel en varios lugares, pero aún no se había estirado lo suficiente como para que pudiera liberar siquiera una de sus manos.

Mientras luchaba, los ruidos de animales se hicieron más fuertes hasta que sonaron como si estuvieran justo afuera. Miró fijamente la puerta, esperando que algo sucediera cuando una serie de disparos llenaron el aire y reemplazaron los ladridos de los animales que, irónicamente, sonaban mucho como lobos.

La idea de que sus captores estuvieran disparando a personas o animales inocentes hizo que le hirviera la sangre. Quienesquiera que fueran estos cabrones, estaban locos. Esperaba que los mordieran, o tal vez algo peor. Los lobos eran despiadados cuando se les provocaba.

Cansada, dolorida, hambrienta y sedienta, no estaba pensando en lo correcto o incorrecto. Solo que si estuviera libre, felizmente dispararía a cada uno de ellos. De hecho, la sed de sangre que corría por ella en ese momento exigía un tipo diferente de justicia que no tenía nada que ver con la ley.

Los disparos continuaron, al igual que los feroces gruñidos que ahora sonaban justo fuera de su lugar de cautiverio. Un disparo más fuerte resonó y un distintivo aullido de dolor la hizo gritar.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para pensar en ello. Unos segundos y gruñidos después, la puerta se abrió de golpe y Sawyer apareció en el umbral. Sucio, ensangrentado y completamente desnudo.

Su boca se abrió ante la visión. Tan abrumada por lo que tenía ante ella y por lo que había pasado, sus ojos no sabían dónde posarse mientras lo miraba fijamente.

Piel dorada envolvía capas de duros músculos que recorrían todo su cuerpo. Desde el grueso conjunto de sus hombros hasta las curvas abultadas de sus brazos y todo el camino hasta los abdominales planos y —Dios mío— estaba bastante segura de que sus ojos estaban a punto de salirse de su cabeza en ese momento, pero no podía dejar de mirar.

Si no fuera por el repentino gruñido que brotó de él, podría no haber salido nunca del trance en el que su apariencia la había sumido. En su lugar, su cabeza se sacudió mientras un escalofrío de miedo recorría su columna.

—¿Sawyer? —Fue entonces cuando finalmente notó que sus rasgos faciales estaban un poco fuera de lugar. Sus cejas eran más gruesas y pesadas que antes y su nariz y boca parecían... diferentes. Y había sangre corriendo por su brazo izquierdo.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Cómo te liberaste? ¿Estás herido? Tienes sangre en tu...

—Mía —dijo él, el retumbar de su voz llenando la pequeña cabaña.

Ese escalofrío de miedo de antes creció y se quedó sentada indefensa mientras él caía al suelo, sus brazos y piernas contorsionándose mientras hacía horribles ruidos que sonaban como si sus huesos se estuvieran rompiendo en pedazos.

Gritó ante el espectáculo de horror que ocurría ante sus ojos. Un minuto había estado mirando a un espécimen excepcional de hombre y al siguiente un lobo muy grande había emergido y comenzado a avanzar hacia ella. Se retorció contra la silla a la que estaba atada, más frenética que nunca por liberarse.

—No te hará daño, lo prometo. —Otro hombre desnudo había entrado en la habitación, a este lo reconoció de su expediente como uno de los tres propietarios del Club Diablo. Dante, si recordaba correctamente. Tenían un dossier sobre cada uno de los hermanos y los había estudiado todos.

Mientras el lobo olfateaba su pierna, contuvo la respiración, incapaz siquiera de formar un grito.

—Intenta relajarte y deja que te olfatee. El lobo necesita asegurarse de que estás bien.

Se echó hacia atrás, presionando su espalda contra la silla tanto como pudo, esperando un ataque en cualquier momento. Esto no podía estar pasando. Los hombres no podían...

Los colmillos del lobo eran visibles en los bordes de su boca y solo podía imaginar esos afilados dientes mordiendo su arteria femoral y matándola casi al instante. No exactamente la forma en que había imaginado su muerte.

Penelope inhaló aire. —Es fácil para ti decirlo, no eres tú a quien está olfateando.

—Espero que no. Desde luego, no voy a emparejarme con él.

Sin entender, ella pasó por alto sus palabras.

—¿Puedes soltarme? ¿Y luego darme alguna explicación racional de lo que acabo de ver? — Podía sentir que su cerebro empezaba a apagarse, lo que hacía inminente un ataque de pánico total si no lograba entender lo que acababa de suceder.

—No sé si será racional, pero puedo ponerte al tanto. Sin embargo, no te voy a prometer que te vaya a gustar. De hecho, estoy bastante seguro de que no será así.

El lobo metió la cabeza entre sus piernas, haciéndola saltar y gritar de nuevo.

—En serio. Si solo le dejas terminar, los dos estaremos mejor.

—¿Terminar qué exactamente? No tengo ganas de morir por un ataque animal. ¿Por qué no me ayudas? —Su pánico aumentaba con cada segundo que pasaba.

—Él percibe tu angustia, lo que solo va a empeorar las cosas. Ahora tiene que comprobar si tienes alguna herida.

Ella miró hacia abajo, a la cabeza del lobo que seguía en su regazo.

—¿Entre mis piernas? ¿En serio?

Dante se encogió de hombros y levantó las manos.

—Solo soy el mensajero.

—Esto es una locura. Tú estás loco. Él está loco. ¡Todos están locos!

Dante se rio, un sonido alegre que hizo poco para calmar sus nervios crispados.

—Puedo ver por qué le gustas. El descaro es un gran rasgo en una nueva pareja.

—¿Por qué sigues llamándome así? Para. ¿Acaso parezco un lobo? —Sacudió la cabeza—. Olvídalo. Tendremos que aclarar esto más tarde, pero ¿puedes hacer algo con esto? —Hizo un gesto hacia el lobo que ahora olfateaba peligrosamente cerca de su trasero.

Dante negó con la cabeza y sonrió.

—Sawyer, ya es suficiente. Sabes que no está herida y ahora solo la estás asustando.

En otra macabra exhibición de rareza, el lobo gruñó a Dante mientras sus huesos comenzaban a hacer esos horribles crujidos de nuevo. Penelope miró boquiabierta cómo una vez más la hermosa piel dorada de Sawyer emergía de detrás de la gruesa capa de pelaje leonado.

Honestamente, si no lo hubiera visto con sus propios ojos, no habría forma de que creyera que algo así pudiera suceder jamás. Aunque su cerebro aún no podía comprenderlo del todo. Una parte de ella pensaba que tenía que estar soñando. Sí, eso tenía que ser. Aparentemente, se había quedado dormida durante sus forcejeos y estaba en medio de una extraña pesadilla. ¿Qué otra explicación podría haber?

Sabes que no es un sueño.

—¿Puede alguien quitarme esta cinta de las muñecas? —dijo entre dientes apretados. No podía decidir si estaba enojada, aterrorizada o aliviada de que estuvieran aquí, pero por ahora aceptaría la libertad de cualquier manera que pudiera conseguirla.

—Lo siento —dijo Sawyer. Caminó detrás de la silla y rompió la cinta entre sus muñecas. Ella se inclinó hacia adelante y liberó también sus tobillos.

—Penelope —comenzó él.

—¡NO! No quiero hablar de eso. No ahora. Quizás nunca. Salgamos de aquí antes de que alguien regrese.

Sawyer y Dante intercambiaron miradas, con las cejas levantadas.

—¿Qué?

Sawyer se volvió hacia ella.

—Los dos tipos que te vigilaban no van a volver.

Le tomó unos segundos asimilar su significado, pero cuando lo hizo, negó con la cabeza.

—¿Qué es exactamente lo que voy a encontrar ahí fuera?

—¿Realmente importa? —preguntó Dante.

—Podría. Soy yo quien tiene que explicar toda esta mierda. De hecho, ya puedo verlo. Todo hasta los más mínimos detalles de mis captores siendo despedazados por lobos que mágicamente se convirtieron en hombres. —Su voz se había vuelto estridente, pero no podía evitarlo. Su cerebro se había acelerado—. Me echarán de la agencia entre risas.

—No tendrás que contarles nada. Estarás con nosotros.

Penelope se volvió y miró fijamente a Sawyer.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Significa...

—Basta —interrumpió Dante—. No tenemos tiempo para hacer esto aquí. No hay forma de saber cuántos hay ahí fuera o cuándo volverán. Entrar aquí fue demasiado fácil. Es hora de reagruparnos y reunirnos con el resto de la manada antes de tomar cualquier decisión. —Señaló a Penelope—. Y eso te incluye a ti, Agente Bishop. Aunque estoy de acuerdo en que la forma en que acabas de enterarte de la existencia de los cambiaformas deja algo que desear, el hecho es que ahora lo sabes. Y esa información es extremadamente peligrosa.

—¿Eso es algún tipo de amenaza? —No le gustaba la repentina dirección de esta conversación. Sin mencionar que ambos hombres seguían completamente desnudos y era imposible tomarlos en serio en ese estado.

Sawyer gruñó.

—No, señorita Bishop, *no* la estoy amenazando. Sin embargo, la situación es tenue en el mejor de los casos. Tenemos secretos que deben mantenerse por el bien de todos. Eso al menos merece una larga discusión, ¿no está de acuerdo?

A regañadientes, asintió.

—Lo que sería realmente útil ahora es que ustedes dos se pusieran algo de ropa. —Agitó las manos en su dirección—. Esto no es normal.

Sawyer le sonrió.

—Entiendo por qué mirarlo a él te pone nerviosa, ¿pero a mí también?

Ella puso los ojos en blanco. Los hombres y sus egos. Aparentemente eso se aplicaba a *todas* las especies.

—Creo que tengo información más importante que digerir que simplemente lo sexy que eres, ¿no crees?

Su sonrisa se ensanchó.

—Mientras pienses que soy sexy, puedo vivir con eso.

Dante negó con la cabeza.

—Creo que voy a vomitar. Afortunadamente, creo que nuestro respaldo ha llegado y debería estar equipado con ropa extra. Lo creas o no, este tipo de cosas sucede con suficiente frecuencia como para que sepamos estar preparados.

Sawyer intentó tomarle la mano, que ella apartó bruscamente mientras él abría el camino fuera del edificio, con Dante cubriendo la retaguardia. Intentó no mirar, pero no pudo evitarlo. ¡Caminaba justo frente a ella! Y Sawyer desnudo era una vista para contemplar. ¿Alguna vez había visto a un hombre con un trasero más firme que el suyo?

Puso los ojos en blanco ante su propia ridiculez. Definitivamente necesitaba que le examinaran la cabeza y pronto. Afortunadamente para ella, tan pronto como salieron, un Jeep se detuvo con más hombres que reconoció de sus archivos del FBI. Creed Donovan, uno de los hombres que junto con Sawyer servía como seguridad para el Club Diablo antes de que fuera incendiado. El otro era uno de los hermanos de Dante, aunque no podía recordar exactamente cuál.

Creed abrió la puerta y saltó fuera.

—¿Necesitan que los lleve? —Aunque lo dijo con una sonrisa, su lenguaje corporal tenso y las miradas que intercambiaban decían que estaban de todo menos relajados.

Dante metió la mano en la parte trasera del Jeep y sacó dos mochilas, una de las cuales lanzó a Sawyer. Mientras Creed le ofrecía el asiento del copiloto y ella se subía, los otros dos finalmente se pusieron algo de ropa.

De una manera extraña, eso logró desequilibrarla aún más. Al menos cuando estaban desnudos era imposible tomarlos en serio, y no se había quedado enfocada en el hecho de que había presenciado a Sawyer convertirse en lobo y luego volver a ser humano. Algo que su cerebro aún se negaba a procesar.

—¿Cuál es la situación? —preguntó el conductor.

—Solo quedaban dos hombres para vigilar a la agente Bishop aquí presente y ambos han sido neutralizados. Aún no sabemos dónde se esconden los demás, pero no pueden estar lejos. De hecho, es como si quisieran que encontráramos a la señorita Bishop.

—¿Crees que sacrificaron a dos hombres por algo más grande?

Damien. Ese era el nombre que no podía recordar. Dante y Damien. Solo faltaba Diego en esta reunión familiar.

—No pondría nada más allá de esos cazadores. Esta vez han ido demasiado lejos. La situación necesita resolverse esta noche.

A Penelope no le gustó cómo sonaba eso.

—¿Qué son los cazadores?

CAPÍTULO TRECE

Algo más de lo que Dante había dicho momentos antes se quedó atascado en la mente de Penelope. Solo habían sido dos hombres. Si sus captores la habían puesto en esa cabaña como cebo, ¿por qué diablos no había más de ellos esperando la llegada de Sawyer y Dante? Deberían haber sido emboscados por todos ellos.

Recordaba claramente cómo se habían referido a Sawyer como un animal y ahora entendía por qué. Lo que significaba que esos hombres también conocían su existencia y tenían planes para erradicarlos. De nuevo, sus palabras. Así que esta fuga tenía cada vez menos sentido.

Penelope se volvió hacia Sawyer y Dante.

—¿Cuántos de sus hombres están aquí fuera buscándome? ¿Son todos estos?

Ambos hombres se giraron bruscamente para mirarla, los ojos de Dante se entrecerraron como si empezara a entender adónde quería llegar con esta línea de pensamiento.

—Estos son muchos de nuestros hombres, pero no todos. Hay dos escuadrones y mi otro hermano todavía custodiando la isla junto con el resto de nuestra manada, ¿por qué?

La sensación de hundimiento en la boca de su estómago continuó creciendo. Alguien los quería aquí fuera y lejos de sus hogares. Y si no era para intentar acabar con ellos, entonces tenía que haber algo más que estaban tratando de lograr.

—El venir a buscarme. ¿Exactamente qué tan fácil fue? —preguntó ella.

Los labios de Sawyer se apretaron en una línea sombría antes de responder.

—Más fácil de lo que esperábamos, eso es seguro. No es que estuviera pensando con claridad hasta el momento en que te encontramos. Mi lobo estaba bastante alterado porque estabas desaparecida y potencialmente herida.

Ella quería entender qué significaba eso, pero sospechaba que no tenían tiempo para profundizar en detalles como ese ahora. Y tal vez era mejor no saber más. Pero en cuanto a lo otro...

Mierda. Había tantas incógnitas en este momento. Y ese nudo en su estómago le decía que nada de esto era bueno. Se volvió hacia Dante.

—Dos escuadrones. ¿Cuántos hombres son?

—Dieciséis. Pero no están solos. La mayoría de la manada está en alerta máxima. Puede que no sean nuestros soldados de a pie, pero son más fuertes que el hombre promedio.

Eso no sonaba como mucho y él debió haber visto algo en su rostro que revelaba sus pensamientos.

—¿Hombres armados? —preguntó ella.

Dante negó con la cabeza.

—No mantenemos armas en la isla. No es nuestro estilo.

—¿Qué? ¿Por qué no? No solo son *diferentes*, sino que tienen un grupo de radicales cazándolos. Este no es momento para ser anti-armas.

Sawyer resopló.

Dante le lanzó una 'mirada' antes de volverse hacia ella.

—Agente Bishop. Aprecio su preocupación, pero tenemos esto bajo control. Estos cazadores han venido tras nosotros durante décadas. Aún no sabe mucho sobre nosotros, pero confíe en mí, somos más que capaces de protegernos contra los humanos.

Algo en la forma en que dijo humanos, como si fueran inferiores o algo así, la hirió profundamente. Y no hizo absolutamente nada para calmar el miserable nudo en su estómago que no dejaba de retorcerse con cada milla que pasaba.

—¿Cuántos de ellos viste? —Esta vez Sawyer hizo la pregunta, desviando su atención de Dante.

—Solo los del puente. Se aseguraron de que ambos estuviéramos inconscientes antes de ir a cualquier parte. Solo otro hecho que no me gusta. No sé qué tan bien conocen a estos criminales, pero mi corazónada es que tienen un plan y hasta ahora, lo han ejecutado a la perfección.

Un gruñido oscuro y gutural de Sawyer llenó el vehículo, haciendo que un escalofrío recorriera su espina dorsal.

—Les das demasiado crédito. Son la escoria del mundo humano. De vez en cuando logran hacer algo para avanzar en sus objetivos, pero eventualmente sus planes siempre se desmoronan. Justo en el momento en que sus egos toman el control.

Ella asintió.

—La mayoría de los criminales siguen ese patrón. Pero subestimar su inteligencia una vez más podría jugar a su favor. En este caso, su comportamiento hasta ahora es ilógico. ¿Dispararte a ti y capturarme a mí para luego permitirles encontrarme con facilidad sin consecuencias? Es demasiado fácil. Y si parece un pato, nada como un pato y grazna como un pato, entonces ciertamente es un pato.

Tanto Sawyer como Dante fruncieron el ceño, arrugando sus frentes.

—No tengo ni idea de lo que se supone que significa eso —dijo Sawyer, con la confusión evidente en su rostro.

Por un momento ella sonrió. Recordar uno de los dichos favoritos de su abuela había aliviado

temporalmente parte de la ira que había sentido vibrar del hombre/lobo que la mantenía desequilibrada.

—Solo es un viejo dicho que escuché mucho mientras crecía. Básicamente, significa que aunque las apariencias pueden ser engañosas, si observas las características habituales de alguien o algo, puedes identificar razonablemente su verdadera naturaleza.

Dante se reclinó en su asiento y soltó una carcajada.

—Vaya, Sawyer. Creo que tu compañera podría ser más inteligente que el humano promedio. Es bueno que esté de nuestro lado.

Penelope frunció el ceño. Esta no era la primera vez que se referían a ella como compañera.

—Ciertamente espero que esa palabra signifique algo diferente para su gente de lo que significa para la mayoría de las especies de animales. A menos, por supuesto, que signifique que somos amigos. Los australianos usan esa palabra indistintamente para la amistad. Con eso estoy bien.

Esta vez Dante se rió tan fuerte que tuvo que agarrarse el estómago.

—¿Habla en serio? Por favor, haz que pare antes de que me orine encima —dijo, golpeando su cabeza contra el hombro de Sawyer cuando se dobló de risa.

La indignación por su diversión a costa de ella comenzó a crecer. ¿Qué demonios? Esto era exactamente el tipo de cosa que estaba harta de tratar. Hombres con egos que regularmente la menospreciaban.

—No aprecio que se rían de mí. Les haré saber que repetidamente he puntuado por encima de la media en pruebas de inteligencia y he asistido a una de las mejores instituciones de educación superior del país, además de mi extenso entrenamiento en el FBI. No vengo a ustedes a ciegas. Hice mi tarea mucho antes de poner un pie en Punta del Diablo. Probablemente sé más sobre su grupo colectivamente que ustedes. Bueno, excepto por todo el asunto de los cambiaformas. Eso no apareció en mi investigación.

Dante se puso serio al instante. —Ciertamente espero que no, ya que nos hemos esforzado mucho por mantener nuestra existencia en secreto. Incluso los hombres que nos cazan regularmente no quieren que el mundo sepa de nuestra existencia. En cuanto a lo otro, estoy encantado en realidad. Tener a alguien con tus habilidades en nuestra manada va a ser un verdadero activo.

—Dante —Sawyer sacudió la cabeza en señal de advertencia.

—¿Qué? ¿Tú le metiste el hocico en la entrepierna después de transformarte frente a ella y te preocupa lo que yo pueda decir?

La cabeza de Penelope casi explotó al recordar el horror de aquel suceso. El sonido de sus huesos crujiendo aún le revolvía el estómago. El lobo gigante acercándose a ella sin que pudiera hacer nada para detenerlo. —¿Por qué hiciste eso, de todos modos? Debería haber límites entre amigos. Y ese es definitivamente uno de ellos.

—Este probablemente no sea el momento ni el lugar para hablar de la dinámica de los cambiaformas —dijo Sawyer—. Tenemos que controlar la situación con los cazadores antes de

poder relajarnos y charlar. Por ahora, quiero saber más sobre lo que te pasó después del puente. Cualquier detalle que puedas recordar podría ayudarnos ahora.

Como temía que todos estuvieran en peligro inminente, le permitió cambiar de tema, por el momento. Habría tiempo para lidiar con sus rarezas más tarde. Tenía razón en un aspecto. Estos "cazadores" necesitaban ser neutralizados.

—Lo primero es lo primero —dijo ella—. Necesito un teléfono móvil. El mío se quedó atrás o fue destruido o algo así en el puente.

Dante negó con la cabeza. —Nada se quedó atrás en el puente excepto él —señaló con el pulgar en dirección a Sawyer—. Ni coche, ni teléfono móvil, nada. Por eso no teníamos idea de que habías desaparecido hasta que se le pasó el efecto de la droga que le dieron.

Esa información se asentó en su cerebro mientras comenzaba a recordar números de teléfono que había memorizado. —Está bien. Cualquier teléfono móvil. No tiene que ser el mío. Dame el tuyo —extendió la mano hacia Dante.

—¿A quién vas a llamar, agente Bishop?

La voz de Dante se había enfriado y la hizo dudar, provocando que un repentino escalofrío la recorriera. Estar sentada en un coche lleno de atractivos hombres alfa hacía que fuera fácil olvidar temporalmente lo que había visto hace poco. Pero no podía olvidarlo exactamente, ¿verdad?

No eran humanos. Algo que aún apenas podía asimilar. Y Sawyer, el hombre hacia el que se sentía salvajemente atraída, tenía una inusual fijación con ella. Seguían refiriéndose a ella como su compañera y por mucho que le gustaría enterrar la cabeza en la arena y asumir que lo decían en un sentido amistoso, sus instintos le decían lo contrario.

Parecían pensar en ella como algo más.

Otro hecho que amenazaba con hacerle estallar la cabeza.

—Penelope.

Esta vez fue Sawyer quien la sacó de sus pensamientos mientras levantaba la cabeza y se encontraba con su mirada. Tanta belleza allí a pesar de las cicatrices, o tal vez debido a ellas. Él no era como los demás. ¿Endurecido por fuera por el mal? Sí. Pero ella sentía un buen corazón debajo de todo eso y por ahora en eso se centraría.

Cerró los ojos por un momento para romper el hechizo que sentía que la arrastraba y respiró profundamente. Era importante recordar exactamente por qué estaba aquí y qué necesitaba hacer.

—Tengo que informar de esto. Vamos a necesitar refuerzos. Su suposición sobre de qué lado estoy puede haber sido un poco presuntuosa. Como agente federal, estoy del lado de la ley y ahora mismo estos cazadores, como ustedes los llaman, están del lado equivocado y parecen ser la prioridad. Después de eso, bueno, tendremos que esperar y ver.

Ambos hombres fruncieron el ceño, negando con la cabeza al unísono.

—Involucrar a más humanos *no* es lo que necesitamos —le aseguró Dante—. Tenerte a ti en esta

situación ya es bastante peligroso. Me sentiría mucho mejor si no estuvieras involucrada en absoluto.

Sawyer asentía en acuerdo.

—No puedo ignorar esto. Probablemente nos dirigimos directamente a una emboscada. Lo mínimo que puedo hacer es intentar igualar las probabilidades.

Esto hizo sonreír a Sawyer, mientras Dante seguía frunciendo el ceño.

—Si hay una emboscada, nos encargaremos de ella. Mis hombres son más que capaces de manejar a unos cuantos cazadores.

Su exceso de confianza la alarmó. Por el poco tiempo que había pasado con esos hombres en el puente, había tenido la clara impresión de que no solo eran fanáticos, sino que no se detendrían ante nada para conseguir lo que querían, y en este caso, parecía que querían aniquilar a esta manada.

—Dejando los egos a un lado, podrían usar nuestra ayuda. Y este sigue siendo mi trabajo. Me enviaron aquí para perfilar a un asesino y parece que la situación es mucho más grande de lo que nadie sabía.

—Con mayor razón deberías mantenerte al margen —respondió Sawyer.

Era su turno de negar con la cabeza. —No están escuchando. Este es *mi* trabajo. No el suyo. El FBI está entrenado y bien equipado para este tipo de situaciones.

Sawyer le tomó la mano. —No estamos tratando de menospreciar lo que haces. Estoy seguro de que entre los humanos el FBI es un recurso importante. Pero esta situación es diferente e involucrar a más personas es peligroso para todos, incluyéndonos a nosotros. ¿Realmente crees que puedes llamar al FBI y que van a aceptar sin más que somos una especie diferente que puede transformarse en lobos?

Su pregunta hizo que abriera la boca y la cerrara rápidamente. Apenas podía creer que se transformaran en lobos y lo había visto con sus propios ojos. También estaba el hecho de que si no informaba de todo lo que había descubierto en este caso, estaría poniendo en peligro su carrera.

—Se supone que debo reportarme. Y pedir refuerzos cuando los necesito. Si alguna vez hubo una situación para eso, diría que es esta.

Dante entrecerró los ojos. —¿Siempre haces todo según las reglas, agente Bishop?

Se erizó ante su pregunta. —Las reglas están ahí por una razón, señor Warren —se estaba preparando para darle una seria lección sobre seguir las reglas. Su padre siempre había sido muy estricto con las regulaciones y la rutina, y toda su vida había sido influenciada por eso. ¿Y qué? Un sentido del orden a menudo le daba tranquilidad.

Pero antes de que pudiera continuar, el conductor, que había permanecido callado hasta ahora, emitió un ruido incomprensible desde el asiento delantero, desviando su atención de Sawyer y Dante.

Siguió su mirada a través del parabrisas y vio un resplandor inquietante sobre la línea de árboles que iluminaba parcialmente el cielo nocturno. Más allá de esa tenue luz rojiza, el humo brotaba de entre los árboles.

Mierda santa.

—¿Qué demonios?

La pregunta agitada de Sawyer fue seguida rápidamente por una serie de gruñidos.

—¡Detén el camión! —gritó Dante.

Antes de que Penelope pudiera agarrarse a algo, pisaron los frenos y ella se sacudió hacia adelante, casi golpeándose la cabeza contra el asiento de enfrente. Una mano firme la agarró del brazo y, a juzgar por la corriente que ahora recorría su sangre, supo que Sawyer había detenido su caída sin siquiera mirar. ¿Esta sensación tendría algo que ver con la ciencia o tal vez la magia que le permitía transformarse en lobo? Debía haber alguna anomalía química que explicara esto.

Cerró los ojos por un momento antes de volver a abrirlos. Había tantas preguntas dando vueltas en su mente junto con la realización de la atracción casi abrumadora que sentía por él.

Si no fuera porque Dante salió apresuradamente del vehículo dejando un rastro de ropa a su paso, se habría quedado absorta por el calor que emanaba del toque de Sawyer.

Era una extraña sensación de calidez calmante que contrastaba directamente con su mente mientras trataba de concentrarse en su entorno y no en el profundo deseo de algo más que la atraía.

Un momento después, Dante reapareció por la puerta abierta.

—Quédate con ella —exigió—. Ninguna necesidad de venganza es más importante que proteger a una compañera. Lo sabes. Es una orden.

Miró entre Dante y Sawyer, finalmente notando que Sawyer ya tenía su mano libre en la manija de la puerta y una expresión dura grabada en su rostro. Y aunque asintió hacia su jefe, el músculo de su mandíbula se movía de un lado a otro varias veces. Fuera lo que fuera, lo estaban obligando a contenerse y no le gustaba.

—¿Qué está pasando? —Giró la cabeza hacia la puerta, pero Dante ya se había ido. Al igual que los dos hombres del asiento delantero.

—Cruzarán la isla más rápido a pie.

Frunció el ceño, sin poder creer que se moverían más rápido que un vehículo.

—Nena, no deberías subestimar a nuestros lobos. Nos hacen más que capaces para este tipo de cosas.

Su frustración creció cuando finalmente se dio cuenta de que se habían ido con la intención de dejarla atrás. Con apenas un gruñido de reconocimiento, se deslizó hacia su puerta y agarró la manija.

La mano de Sawyer se apretó en su brazo, impidiéndole salir.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—¿Qué parece? Estoy saliendo del asiento trasero para moverme al asiento del conductor. No me voy a quedar atrás como una niña incapaz de ocuparse de los asuntos. Soy una agente entrenada, si alguien debe estar en la escena, soy yo. Ahora suéltame y vámonos. Tengo la sensación de que cada segundo va a contar.

Un gruñido sonó en la garganta de Sawyer un segundo antes de que soltara su agarre.

—Puedes tomar el asiento del pasajero. Yo conduzco.

No dudó antes de salir apresuradamente del vehículo y moverse al asiento delantero abandonado. Agarró el cinturón mientras Sawyer hacía lo mismo antes de poner el vehículo en marcha.

Mientras avanzaban, echó un vistazo de lado a su conductor. Desde este ángulo, las cicatrices que recorrían su rostro y sus brazos y manos expuestos se pronunciaban mientras apretaba el volante con un agarre que parecía mortal.

—¿Qué? —preguntó él.

Atrapada. Volvió la mirada al parabrisas delantero y a la carretera que desaparecía frente a ellos.

—No lo sé. Supongo que esperaba más discusión. Hasta ahora, tú y tu manada han sido bastante autoritarios con sus órdenes. Está claro que no les gusta tener a una mujer al mando.

Él se volvió, su expresión facial difícil de leer.

—Somos una manada, no una pandilla. Y si mi Alfa fuera una mujer que se hubiera probado a sí misma, me gustaría creer que soy lo suficientemente iluminado como para seguirla.

Ella resopló en respuesta.

—Sigue diciéndote eso. Tal vez algún día tengas la oportunidad de demostrarlo.

El duro agarre de su mandíbula se aflojó y una especie de tristeza lo invadió. El sentimiento repentino tan palpable que la abrumó.

—No es probable —dijo en voz baja—. Al menos no en Lobos de Punta del Diablo.

Arrugó la frente, incapaz de ocultar su confusión.

—¿Por qué no?

—A lo largo de los años, nuestro número de hembras ha disminuido. Hemos tenido que ir más allá para encontrar compañeras adecuadas, y hasta hace poco no había habido muchas.

Algo le oprimió el estómago un momento antes de darse cuenta de qué era. Oh sí, era todo eso de la compañera que seguía diciendo cuando se refería a ella. Esa pequeña esperanza a la que se había aferrado de que él se refiriera a que eran amigos se desmoronó ante sus ojos.

Por supuesto, eso no significaba que hubiera perdido nada de su constante curiosidad. Cuanto más decía, más la alimentaba, aparentemente.

—¿Qué quieres decir con ir más allá para encontrar compañeras? ¿Qué hacen exactamente?

Tan pronto como la pregunta salió de su boca, el aire entre ellos se espesó. Vio cómo su mandíbula se endurecía y sus ojos se estrechaban lentamente. O había dicho algo que no debería o ella había tocado un nervio. O tal vez ambas cosas.

—¿Esto tiene algo que ver con que tú y tu amigo se refieran continuamente a mí como compañera?

—No. Tú viniste a nosotros, ¿recuerdas? Cualquier destino que nos haya unido, no fue por diseño. No tuvimos nada que ver con esa explosión en el club. Eso es toda responsabilidad de los cazadores.

Tragó saliva, sintiendo la garganta repentinamente cerrada.

—¿Nosotros juntos? —No entendía por qué seguía haciéndole preguntas. Las respuestas que él le daba no eran lo que quería oír. Sin embargo, continuaba preguntando.

Antes de que pudiera responder, un fuerte y escalofriante aullido sonó desde algún lugar en la distancia, captando la atención de ambos.

—Mierda.

El pulso de Penelope se aceleró ante el arrebato de Sawyer. —¿Qué ocurre?

—Llegamos tarde.

Ella escudriñó frenéticamente la penumbra frente a ellos mientras se adentraban en las calles llenas de humo de la isla. El miedo le erizó la piel. —¿Tarde para qué?

—Ya los han encontrado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Tienes algún tipo de percepción extrasensorial? —Esto la hizo detenerse. Si podían comunicarse telepáticamente o ver el futuro o algo así, sería un cambio aún más drástico. ¿Qué oportunidad tendría la humanidad contra ese tipo de avances?

Él negó con la cabeza. —No. Todo está en el aullido. Se puede decir mucho a gran distancia si simplemente escuchas las diferentes inflexiones. Los lobos se comunican. Y nosotros no somos diferentes cuando nos volvemos uno con la bestia.

Penelope se inclinó hacia adelante y se frotó las sienes. Todo esto era demasiado para asimilar. No sabía si alguna de esta información impactante se asentaría como datos reales o si despertaría por la mañana para descubrir que todo había sido un sueño. Levantó la cabeza de golpe. Tal vez era eso. Realmente estaba soñando y solo necesitaba encontrar una manera de despertar.

—¿Qué sucede? —dijo el Sawyer de su sueño.

—Acabo de darme cuenta de que nada de esto es real.

Su frente se arrugó. —¿Qué no es real? ¿De qué estás hablando?

—Esto. —Agitó la mano frente a ella—. Todo. La cosa de transformarse en lobo y nosotros corriendo hacia algún desastre desconocido en medio de toda una manada de hombres lobo aullando. Es todo un sueño. Tiene perfecto sentido.

Su mirada se desvió por un segundo. —¿En serio? ¿Acabas de reducir las últimas horas a un

sueño o estamos hablando de algo más largo? ¿Quizás el puente?

Ella se dejó caer contra el asiento, su frustración creciendo. —¿Qué diablos se supone que debo pensar? Esto. No. Puede. Ser. Real. Este tipo de cosas no pueden existir. Es fantasía. Estrictamente destinado a películas y libros.

El vehículo se detuvo de repente, Sawyer metiendo las marchas en estacionamiento.

—¿Qué estás...?

Él se volvió hacia ella y se inclinó cerca. —Oh, esto es real, nena. Que quieras enfrentarlo o no es otra cuestión. Pero después de esta noche, todo este lío habrá terminado y tú y yo podremos sentarnos y realmente hablar de esto. Me gusta una buena fantasía tanto como al siguiente tipo, pero no te equivoques, esto es tan real como puede ser. —Como para enfatizar su punto, sus dedos se curvaron alrededor de su brazo y la acercaron.

El filo en su tono había llamado su atención, al igual que el humo que comenzaba a llenar el vehículo. Era difícil estar segura, pero parecía que Sawyer de repente se había puesto pálido, haciendo que sus cicatrices fueran más prominentes que antes y el músculo de su mandíbula saltaba repetidamente. Sin mencionar que estaba respirando más pesadamente que antes. Al diablo con la diatriba. Algo no estaba bien.

—¿Qué pasa? —La pregunta apenas salió de su boca cuando se dio cuenta. No estaban dentro de un edificio en llamas, pero estaban rodeados de humo. Esto tenía que ser un crudo recordatorio de la prueba que pasó dentro del Club Diablo la noche que se incendió.

—Oh, mierda. ¿Estás teniendo un ataque de pánico?

Él gruñó en respuesta, incluso llegando al punto de mostrar sus dientes y no todos eran humanos considerando que algunos eran largos y bastante puntiagudos.

—Por favor, no hagas esa cosa de transformarte ahora. No sabré cómo ayudarte si lo haces. —Buscó a tientas la hebilla de su cinturón de seguridad y la liberó.

—Puede que no pueda detenerlo. —Las palabras salieron algo confusas, pero ella las entendió.

—Entonces concéntrate en eso. —Buscó alrededor de los asientos una botella de agua o cualquier cosa que pudiera utilizar para difundir esta situación. Tenía una buena cantidad de entrenamiento cuando se trataba de este tipo de cosas, pero ella... maldita sea... necesitaba algo que sirviera como distracción.

Cuando se quedó con las manos vacías y miró de nuevo a Sawyer, solo se le ocurrió una idea que podría funcionar. Se quitó la chaqueta de los hombros y se movió entre los asientos delanteros hasta que estuvo sobre su regazo y frente a él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, sus palabras aún saliendo ásperas y duras.

—Lo que sea necesario para ayudarte a superar esto. —Suavemente tomó su rostro y fijó su mirada con la de él—. Ahora mírame y solo a mí. Piensa en mí. En lo que soy para ti. ¿A quién le importa dónde estamos o qué caos nos rodea? Por el momento, estamos solos y juntos y tienes respuestas que necesito.

Sawyer negó con la cabeza. —Tengo que salir ahí afuera.

—No. Dijiste que tienes toda una manada, ¿verdad? Deja que ellos se encarguen de los imbéciles ahí afuera por unos minutos más. Concéntrate en mí, Sawyer.

Él asintió, sus dientes audiblemente rechinando. Luego estaba la espeluznante dilatación de sus ojos junto con el cambio de color a un brillo dorado. Si estuviera en su sano juicio, correría tan rápido y tan lejos de esta isla como pudiera.

Sin embargo, no lo hizo. Quería, no, necesitaba ayudarlo. Comenzó acariciando con su pulgar su labio inferior.

Él era realmente el paquete completo en cuanto a apariencia. Labios carnosos, estructura ósea fuerte, nariz perfectamente proporcionada con su rostro. Cabello grueso y castaño que imaginaba sus manos recorriendo cuando hicieran el amor. La imagen de ellos íntimamente juntos se formó en su mente tan clara que podría haber sido real.

—Penelope —Sawyer soltó con dificultad.

Su cuerpo se sacudió, forzando su atención de vuelta a su situación en lugar de sus fantasías caprichosas. —Lo siento, ¿te lastimé? —En algún momento durante esos pocos segundos de pensamientos distraídos, se había inclinado hacia adelante hasta que sus labios estaban apenas a un suspiro de distancia.

—No.

Esa única palabra retumbó desde su boca de una manera que envió un escalofrío por su columna vertebral. Este tipo de atracción la confundía. La única forma en que podía pensar para describirlo era... magnética. Sus encuentros anteriores con hombres habían sido pensados, incluso preparados. Ciertamente no incluían ni un atisbo de querer lanzarse sobre alguien que apenas conocía en el asiento delantero de una SUV.

—Nena, los cambiantes tenemos sentidos agudizados. Podemos ver y oír mucho mejor que cualquier humano, pero una de nuestras habilidades más preciadas es nuestro sentido del olfato. Las diferentes emociones tienen aromas únicos y eso nos da una ventaja clara cuando nos enfrentamos a un humano peligroso o perplejo.

Ella se retorció en su regazo, todavía tratando de recuperar el equilibrio. Desafortunadamente, esta proximidad entre ellos hizo poco para aliviar su repentino anhelo de mucho más.

—¿Estás escuchando?

Se mordió el labio y asintió a pesar de que no estaba concentrada en sus palabras. Su voz, en cambio, la escuchaba alta y clara hasta la punta de sus dedos de los pies, ahora encogidos.

—Eso también significa que puedo oler tu necesidad.

—Ajá —dijo ella, sin captar en absoluto sus palabras.

—¡Penelope!

El tono agudo de su voz atravesó el ruido de sus pensamientos, obligándola a encontrarse con su mirada. —Espera. ¿Qué dijiste?

—Tu excitación. —Vaciló—. Puedo olerla. Y como tu pareja, potencial o no, es mi deber satisfacer esa necesidad.

Eso definitivamente captó su atención. Se echó hacia atrás, empujando contra su pecho. —Tu deber —se atragantó—. ¿Qué demonios? No soy ni seré jamás el deber de nadie. —La niebla en su cerebro comenzó a disiparse y se giró para volver a su asiento. ¿En qué estaba pensando? Había pensado que él necesitaba su ayuda, eso es lo que pasó, y en su lugar él había usado algún tipo de truco de feromonas para atraparla.

Jesús, si iba a tratar con un montón de hombres lobo, tendría que ponerse al día sobre el reino animal y qué tipo de ventajas tácticas podrían tener antes de que las usaran en su contra.

Para su horror, su pierna se quedó atascada bajo el volante y él la agarró por la cintura para inmovilizarla antes de que pudiera liberarse.

—No es así. Poder cuidar de una pareja es un regalo. Algo que atesorar. No una obligación desagradable.

Ella se volvió hacia él. —Si me dices alguna estupidez como que mi placer es tu placer, te voy a dar una patada en los huevos. Te lo juro...

No sabía qué esperar de él a continuación, pero ciertamente no era el fuerte retumbar de risa que salía de él. El sexy sonido casi fue suficiente para hacerla perder la cabeza de nuevo. Casi.

En su lugar, apartó sus manos de un empujón y torció la pierna para poder salir de su regazo y volver a su propio asiento. —¿Transformarse en lobo también viene con una gran dosis de locura? —preguntó.

Su pregunta solo lo hizo reír más fuerte. Y a pesar de la mezcla de molestia y vergüenza que aún corría por su cuerpo, apenas podía controlar sus labios para evitar que se curvaran en una sonrisa. Incluso tuvo que cubrirse la boca con la mano para detenerla.

Al menos ya no estaba en modo pánico. Había logrado conseguir algo.

—Nena, si lo que estoy sintiendo ahora es locura, apúntame. El apareamiento podría ser un poco loco. Quiero decir, estamos hablando de sexo explosivo, que puede o no incluir mordiscos y, por supuesto, está la inevitable rotura de muebles que seguramente llevará a sexo sucio. Así que, sí. Cuenten conmigo.

CAPÍTULO CATORCE

—¿Súexo sucio? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Él asintió, extendiendo la mano para acariciarle el brazo.

—Sí. Todo lo sucio que podamos. Y me siento muy inspirado para ponerme muy sucio contigo. Será emocionante verte pasar de ser la agente del FBI formal y correcta a una amante insaciable y primitiva. —Le sonrió, sintiendo que esa necesidad salvaje en su interior crecía más y más con cada segundo que pasaba.

—Estás loco —dijo ella, apartándose de su contacto—. Estoy de servicio. Vine aquí a hacer un trabajo específico y planeo terminarlo. Eso es todo. Ese es el alcance de mi misión aquí. Nada más. Así que deja de actuar como si esto fuera un hecho consumado.

Él levantó la cabeza, centrándose en sus ojos en lugar de en la boca exuberante que quería besar.

—¿Y qué queda exactamente por terminar, agente Bishop? Porque por lo que puedo ver, tu trabajo aquí como agente del FBI está completo. Sabes quién cometió el crimen. La pregunta es hasta dónde estás dispuesta a llegar con la información que has aprendido aquí. Y más importante aún, ¿hasta dónde tendré que llegar yo para convencerte de que te quedes conmigo?

Observó cómo se le tensaba la columna junto con el resto del cuerpo. Esa rigidez le serviría de mucho cuando se convirtiera en loba. La manada necesitaba más personas como ella. Y ella *sería* parte de la manada. Simplemente aún no sabía cómo aceptarlo.

—Espero que no estés insinuando lo que creo que estás insinuando —dijo ella.

Él se encogió de hombros.

—Espera lo que quieras.

—Secuestrar a una agente federal es un delito grave.

Él la miró fijamente, adorando el fuego que ahora chispeaba en sus ojos.

—Hay formas mucho más convincentes de lograr que te quedes que recurrir al secuestro.

—¿Y eso sería?

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—El mencionado sexo sucio se me viene a la mente para empezar.

Ella puso los ojos en blanco y le costó bastante autocontrol no estallar en carcajadas.

—Difícilmente me controla mi libido. Después de todo, soy civilizada.

Esta vez no pudo controlarse y la risa brotó de él. Deseaba haber podido grabar en video este momento para mostrárselo más adelante, o mejor aún, mostrárselo a sus hijos.

Ese pensamiento lo sobrio. Ni una sola vez desde la muerte de sus padres había pensado en el futuro de esa manera. No hasta que una agente del FBI toda estirada y vestida de traje irrumpió en su vida. Y al igual que los otros grandes acontecimientos de su vida, su llegada lo cambió todo.

—Siempre podría morderte. —Se arrepintió de las palabras en el momento en que salieron de su boca. Los ojos de ella se abrieron aún más y el aroma del miedo llegó a sus sentidos. *Mierda. Bien hecho, imbécil.* Dudaba que asustarla hasta la muerte la convenciera de quedarse. Eso significaba que necesitaba volver a donde estaban cuando ella se había sentado a horcajadas sobre él. Si no hubiera estado tan jodido y sumido en sus propios recuerdos en ese momento, podría haberla follado entonces. Unos cuantos toques bien colocados y sus labios sobre su piel...

Sin embargo, su excitación lo había tomado por sorpresa. Todos los demás pensamientos habían desaparecido de su cabeza, obligándolo a olvidar temporalmente el fuego que NUNCA olvidaba.

—¿Qué pasa si me muerdes? ¿Me convierto en lobo también?

Demasiado inteligente para su propio bien. Adiós a la sutileza.

Empezó a decir algo y se quedó helado. Levantó la nariz al aire y respiró profundamente, buscando algo debajo del olor acre del humo. Los bastardos estaban usando los incendios para confundir sus sentidos y estaba funcionando. Excepto que aún logró encontrar algo tenue. Lo suficiente para provocar un gruñido.

Ya no estaban solos.

—No importa, porque él no te morderá a ti ni a nadie más nunca.

Penelope se dio la vuelta mientras alcanzaba algo en la parte baja de su espalda. Probablemente un reflejo automático para agarrar su arma. Excepto que no estaba allí. Sus secuestradores la habían despojado de todas las armas antes de atarla a esa silla en la que la había encontrado.

Una rabia candente se deslizó por su sangre ante el recuerdo. Lo habían drogado y se la habían llevado. La ira que ella había mantenido a raya por él volvió con toda su fuerza. Los cabrones tenían que pagar.

Por fin.

—Ponte detrás de mí, agente Bishop. —Sabía que sus palabras eran cortantes y frías, pero tenía que apagar sus emociones para sacarlos de esta. Una pareja podía ser tanto una gran fortaleza como una debilidad paralizante dependiendo de la situación.

—No voy a-

—Ahora —gruñó.

Incluso con la mirada fija en el pequeño grupo de hombres que ahora emergía de entre los árboles, percibió su enfado por que le dijeran qué hacer. Solo que ella no entendía exactamente cuánto tiempo había esperado este momento. Su odio hacia estos hombres y sus acciones iba mucho más allá de un incendio y algunas cicatrices.

Para mantener sus secretos, su manada y otras como ellas se habían visto obligadas a mantener a raya los instintos de matar, haciéndolo solo cuando era absolutamente necesario, como cuando su vida dependía de ello.

Para él, esta sería una de esas veces.

Cada día desde la muerte violenta de sus padres a manos de un cazador frente a él, había esperado su momento. Habían pasado muchos años permitiendo que su frustración creciera. Incluso hubo momentos en los que debatió su propia muerte en lugar de la de ellos. Sin embargo, el tiempo había seguido avanzando y el día del ajuste de cuentas de Sawyer finalmente había llegado.

—Sawyer, ¿qué estás haciendo?

Penelope le agarró el brazo y alejó momentáneamente su atención de la sed de sangre que se acumulaba en su cabeza. Recordándole que el destino nunca jugaba limpio. La venganza podía arder profundamente en su alma, pero había ciertos instintos que superaban todo lo demás.

—Escúchame. —Bajó la voz para que solo ella pudiera oírlo—. Por favor, quédate detrás de mí y sigue mis instrucciones. Cuando te dé la señal de correr, vas a correr. Corre hacia la luna ascendente tan rápido como puedas hasta que encuentres a la manada. No estarán lejos.

Ella negó con la cabeza.

—No voy a correr y dejarte atrás. Puedo ayudarte.

Él no necesitaba su ayuda, pero no iba a entrar en eso ahora. Por mucho que quisiera que estuviera a salvo, quería aún menos que viera lo que podría suceder.

A veces el horror de su realidad llevaba a pesadillas que no desaparecían. Él sabía mucho sobre eso y no quería que ella sufriera ese destino.

Suspiró. De nuevo con el destino. Siempre jodiéndolo.

Sabiendo que discutir con ella no funcionaría, se rindió ante lo inevitable.

—¿Al menos te quedarás detrás de mí e intentarás no mirar?

Ella quería discutir, podía ver el desafío en sus ojos. Pero algo hizo que dijera que sí en su lugar.

—Señora, si no quiere salir lastimada, le sugiero que se aleje de él. Solo queremos al mestizo.

No tuvo oportunidad de responder al cazador que habló antes de que Penelope lo empujara y se dirigiera hacia los hombres que los rodeaban.

—Creo que es un poco tarde para eso, ¿no creen? Ya les advertí que interferir con una investigación policial y amenazar a un agente federal conlleva graves consecuencias. ¿Necesito

repetirlo para que les entre en sus cabezas duras? —Señaló a cada hombre individualmente mientras se giraba hacia cada uno de ellos.

El imbécil que aparentemente lideraba esta expedición comenzó a reírse. Un sonido irritante que le raspó la espina dorsal y tiró del animal en su interior que ya luchaba por salir. Pronto se transformaría y no habría nada, excepto su muerte, que pudiera detenerlo.

—Esto realmente no tiene gracia. Probablemente les queden menos de cinco minutos para salir de esta isla antes de que estén rodeados —Se encogió de hombros—. Tal vez menos si traen los helicópteros.

Esto captó la atención de algunos de ellos, ya que varios de los hombres se miraron entre sí, sin saber qué pensar. Su compañera estaba haciendo lo que hacía realmente bien. Hablar. Ganar tiempo para que la manada los rastreara hasta aquí.

—Mentiras —explotó el líder—. Señora, está jodida y lo sabe. Los federales son demasiado estúpidos para ver lo que está pasando bajo sus narices. Nos toca a nosotros erradicar esta escoria.

—Lo sé —dijo ella—. Y el resto del mundo también lo sabrá pronto. Mientras tanto, no querrán añadir asesinato a su ya creciente lista de crímenes.

—Agente Bishop —advirtió Sawyer.

—Deberías escuchar a tu perro mascota. A menos, claro, que estés muriendo por convertirte en su perra como las otras. ¿Es eso? ¿Buscas que un lobo asqueroso te monte y te conviertas en su perra de cría? Eso es todo lo que quieren, ¿sabes? Te usarán para parir más de su especie y eso es todo. Pueden parecer encantadores, pero no hay nada dulce en sus intenciones. Son sucios reproductores, simple y llanamente. Con la intención de sobrepoblar a nuestra especie.

El hombre agarró a Penelope al mismo tiempo que su lobo tomó el control. Sin importarle que su cuerpo ya había comenzado a transformarse, Sawyer se lanzó hacia ellos decidido a mantenerlo alejado de ella. Sonaron disparos mientras el claro se llenaba con los gruñidos de huesos quebrándose y el olor a sangre inundaba el aire.

El codo de Penelope conectó con la cara del cazador en un golpe brutal que envió al hombre desplomándose al suelo. Al menos eso lo calló. Su agarre se aflojó y su arma cayó al suelo, pero no antes de que se disparara otra ronda. El enfermizo sonido sordo del metal perforando carne golpeó los oídos lobunos de Sawyer con la fuerza de una granada explotando en sus manos.

Pero fue el sonido del grito de Penelope al caer hacia atrás lo que desgarró su corazón, haciendo añicos su esperanza.

Por un momento, el tiempo se detuvo mientras observaba cómo la sangre se extendía por el abdomen de Penelope. Corrió hacia ella, pero antes de que pudiera alcanzarla, una bala le quemó el brazo superior, desgarrando su piel. Una oleada de ira recorrió su sangre y el lobo emergió a la superficie, obligándolo a sucumbir a la bestia.

En cuestión de segundos, había alcanzado su forma mitad bestia mucho más fuerte que le permitiría destrozarse a los hombres frente a él con facilidad. Su boca salivaba. Ya podía saborear su sangre.

—Sawyer —jadeó Penelope detrás de él, recordándole que además de eliminar al enemigo, tenía que conseguirle atención médica rápidamente. Los humanos eran demasiado frágiles.

Intentó responderle y no pudo formar palabras. Todo salió en un gruñido.

—Está bien —dijo ella—. Estoy bien.

Tenía las manos presionadas contra su estómago, pero no era suficiente. La sangre seguía filtrándose entre sus dedos. Definitivamente no estaba bien. Pero, hasta que no detuviera a estos imbéciles, ambos estaban en una situación desesperada.

Se volvió hacia los hombres que actualmente lo miraban con una mezcla de miedo y odio. Su transformación parcial parecía haberlos aturdido, dándole una ventaja momentánea.

Aprovechó la oportunidad, lanzándose hacia el hombre con el arma.

El cazador intentó reaccionar, levantando su arma, pero había perdido su impulso y Sawyer llegó fácilmente a él antes de que pudiera hacer más daño. Lo agarró por la garganta y lo estrelló contra el costado del jeep con suficiente fuerza como para destrozar a un simple humano.

Los gritos agonizantes de su presa llenaron sus oídos como una canción dulce y satisfactoria. Con el cazador inmovilizado, su bestia fácilmente se lanzó a matar. El pensamiento racional más allá de la necesidad de destruir a este bastardo abandonó su mente mientras sus dientes se hundían en la carne. Las necesidades primarias del animal que habían sido negadas durante mucho tiempo rugieron al frente y tomaron precedencia. Era demasiado tarde para que alguien reaccionara o contraatacara.

En otro momento y en otro lugar, podría haber saboreado esta muerte. Pero los ruidos a su alrededor le recordaron que había otros que lucharían. Dejó caer a un hombre de su boca y se volvió hacia los demás. Lo que sea que vieron, lo supieron. En lugar de matar o ser asesinados, eligieron el camino de los cobardes y huyeron, desapareciendo entre los árboles mientras algunos de los otros miembros de su manada irrumpían por la maleza desde la dirección opuesta.

Dos hombres desnudos y un oso pardo de gran tamaño. Mierda. La vista del oso hizo que el lobo de Sawyer se detuviera. Gruñó. Si el oso daba un paso más cerca de su mujer, también lo mataría. La familiar neblina roja de rabia llenó su visión mientras imaginaba más sangre y carnicería.

—Tranquilo, amigo. No se acercará a ella. Pero alguien mejor que lo haga porque se ve bastante mal.

Las palabras de Diego hicieron que Sawyer girara. La visión de Penelope pálida, con sangre aún filtrándose entre sus dedos, lo hizo caer al suelo y el lobo retrocedió. Los huesos crujieron, el pelo se alisó convirtiéndose en piel en cuestión de segundos que se sintieron como horas mientras la miraba impotente.

—Oh, maldita sea. Joder. Va a desangrarse —Diego apartó la mano de ella y la reemplazó con la suya mucho más grande, asegurándose de aplicar presión mientras lo hacía.

—No, no lo haré. Solo necesito un médico más pronto que tarde —Su voz, aunque audible, se había debilitado considerablemente desde que había insistido en que estaba bien.

Mierda. Mierda. Mierda.

—No podemos llevarla a un hospital —insistió Damien—. Ha visto demasiado.

—De acuerdo —vino una voz áspera desde detrás de él que no reconoció. Aparentemente, el oso también había vuelto a su forma humana—. Demasiado peligroso.

El miedo absoluto que cruzó el hermoso rostro de Penny lo golpeó como un puñetazo sorpresa en el estómago. No tenía nada que temer de él, sin importar cómo lo hicieran sonar los alfaimbéciles detrás de él. Nadie volvería a lastimarla nunca.

—Está bien, cariño. No los escuches. Vas a recibir todo lo que necesites para mejorarte.

—Sawyer —advirtió Damien en voz baja.

—No quiero oírlo. Ella es mi compañera y va a tener lo mejor de todo. Le di todo a esta manada cuando mis padres murieron y luego otra vez cuando la mujer de Creed necesitó ayuda. Ahora es mi turno.

Pasó los brazos por debajo de Penelope. —Sé que esto no se va a sentir muy bien, cariño. Pero no puedes quedarte aquí. Voy a levantarte para meterte en el Jeep y luego uno de estos respetables caballeros nos va a llevar al hospital, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza, mordiéndose el labio mientras él la levantaba con toda la suavidad posible. Las lágrimas brotaron de sus ojos, pero su mujer era fuerte. No emitió un solo sonido y él sabía que eso debió de haberle costado mucho.

—Pero... —El oso empezó a objetar.

—Tiene razón —interrumpió Diego—. Se lo debemos. No te preocupes. Ya pensaremos en algo.

Sawyer dejó de escuchar después de eso mientras subía al asiento trasero del Jeep y acomodaba a Penny en su regazo. La cantidad de sangre empapada en su ropa y ahora en la suya lo aterrizzaba. No podía dejar de pensar en lo frágiles que eran los humanos. Si tan solo pudiera transformarla...

—Esa sería la solución al problema. —Damien subió al asiento junto a él mientras Diego y el oso ocupaban los delanteros.

Dejó de mirar fijamente el cuello de Penelope y se concentró en sus ojos entrecerrados. Ahora tenía la mirada vidriosa y podía ver cómo perdía la batalla contra la inconsciencia. Ni siquiera estaba seguro de si aún podía oírlos.

—Podría matarla. —La idea de perderla hizo que algo en su interior se retorciera violentamente. No podía volver a pasar por esa clase de pérdida. Nunca más.

—Y podrías perderla por ese disparo de todos modos. Ha perdido mucha sangre y estamos al menos a veinte o treinta minutos de la civilización. Tendrás que arriesgar su vida de cualquier manera.

—No podrá transformarse. Así que no sanará más rápido.

Damien le tocó el hombro. —He visto milagros antes. Sea cual sea la magia que nos permite ser

quienes somos, podría prolongar los latidos cada vez más lentos de su corazón lo suficiente para que la llevemos con sus médicos humanos. Podría ser todo lo que puedas hacer.

Sawyer giró bruscamente la cabeza hacia el alfa al oír sus palabras. ¿Ralentizándose qué? Contuvo la respiración y escuchó. Al principio, todo lo que oía era su propio pulso acelerado en sus sensibles oídos. Pero después de un momento prolongado, lo filtró y se concentró en la mujer que yacía ahora inconsciente en sus brazos.

Su corazón latía, pero Damien tenía razón. Se había ralentizado considerablemente y seguía haciéndolo. Mierda. No. Esto NO PUEDE pasar.

Acarició con sus dedos la suave piel pálida de su rostro y le susurró al oído. —Por favor, no te mueras. Puede que acabe de encontrarte, pero te necesito ahora. Tu vida podría ser lo único que me queda para mantenerme cuerdo. Te prometo que si vives, te amaré. Te adoraré. Y creo que tú también podrías llegar a amarme.

Hizo una pausa, acercándose aún más hasta que su boca se cernió sobre el lado de su cuello. Se les acababa el tiempo.

—O al menos perdonarme...

CAPÍTULO QUINCE

Penelope despertó con el sonido de fuertes pitidos de maquinaria y voces que no reconocía. Intentó levantar las manos para cubrirse los oídos y descubrió que una de ellas estaba atada a su costado. ¿Qué demonios?

¿Por qué diablos había tanto ruido aquí? ¿Y dónde exactamente era aquí?

Sus párpados tampoco querían cooperar. No le gustaba la oscuridad, así que necesitaba abrir los ojos ahora. Con lo que pareció toda la fuerza que pudo reunir, finalmente logró abrirlos solo para ser cegada por luces brillantes y blancas que la miraban fijamente.

—Jesús. Que alguien apague esos reflectores. Y por el amor de Dios, bajen el ruido unos catorce niveles. ¿Qué demonios?

—¿Agente Bishop?

Penelope movió lentamente la cabeza para ver a uno de sus compañeros de trabajo de pie justo dentro de la puerta. A medida que su visión se enfocaba después del movimiento repentino, comenzó a darse cuenta de lo que significaba su entorno. Estaba en un hospital. Ese pensamiento desencadenó el recuerdo de haber recibido un disparo. El dolor había sido tan intenso y abrasador que parecía que su cuerpo se consumiría mucho antes de desangrarse.

Y recordaba la sangre. Oh Dios, el olor acre y el líquido cálido fluyendo sobre sus dedos...

Su estómago se revolvió con inquietud ante los recuerdos. ¿Cómo había llegado aquí y qué significaba todo esto? Se esforzó por apoyarse en los codos para poder echar un vistazo a su abdomen.

—Probablemente no deberías moverte demasiado. Tuviste suerte de que la bala no dañara ningún órgano vital, pero aun así tuvieron que entrar y extraer la bala. Estaba alojada adentro.

Mientras Carl divagaba sobre su lesión y la posterior cirugía, Penelope se preguntaba por qué no sentía ningún dolor real al inclinarse hacia adelante.

Con cuidado, alcanzó el vendaje y presionó suavemente los dedos donde recordaba la herida. Y de nuevo no sintió nada. Drogas. Tenían que haberla llenado de analgésicos. Se recostó de nuevo sobre la almohada.

Excepto que si ese fuera el caso, entonces ¿por qué diablos le dolía tanto la cabeza y por qué el sonido de la voz del Agente Phillips se sentía como si le estuviera gritando?

—¿Recuerdas lo que pasó?

Ella levantó la mirada y encontró sus ojos. Sí recordaba. Cada vívido detalle. Incluyendo el momento en que dos de los hombres en ese claro habían declarado claramente que no se le podía permitir irse. Sin embargo, más allá de eso, todo se volvía un poco borroso.

Sawyer había discutido con sus posibles captores, exigiendo que la llevaran a un hospital. Había habido más. Se esforzó por recordar lo que se le escapaba. Había algo que él había dicho que parecía importante en ese momento y ahora no podía recordar qué era.

—¿Dónde está Sawyer? —exigió mientras se sujetaba la dolorida cabeza.

—¿La víctima del incendio del Club Diablo?

Penelope hizo una mueca ante su tono. Claramente parecía sorprendido de que ella hubiera preguntado por su paradero. Respiró hondo, sabiendo que si hacía algo fuera de los protocolos normales, sería reportada y posteriormente interrogada. La Oficina tenía poca tolerancia a que sus agentes de campo permitieran que los sentimientos personales interfirieran en una investigación en curso.

Aun así. Tenía que saberlo. —Sí. Él estaba conmigo cuando me dispararon. ¿Está bien?

El Agente Phillips frunció el ceño. —Depende de lo que consideres bien. Si te refieres a malhumorado y francamente desagradable por el hecho de que tu padre no le permitiera quedarse en tu habitación, entonces sí, está bien. Pero si me preguntas, hay algo que no está del todo bien con él. Ha estado paseando por estos pasillos y la sala de espera gruñendo. Literalmente gruñendo. Creo que es peligroso.

Vaya. Por un momento se había olvidado del resto. O había esperado que todo fuera un sueño. Dejó caer la cabeza sobre la almohada y soltó un fuerte suspiro. ¿Por qué no podía ser un sueño?

El vívido recuerdo en technicolor del lobo que se le había acercado primero y había puesto su hocico entre sus piernas llenó su mente. Pero eran los dolorosos chasquidos y crujidos de sus huesos rompiéndose y reformándose en el hombre del que se había enamorado mientras tomaban tragos en un bar frente al mar lo que destacaba por encima de todo lo demás.

Sus sentidos le habían dicho que algo andaba mal desde el momento en que llegó a Punta del Diablo, pero maldita sea. Nunca había esperado algo tan absurdo.

—¿Todavía está aquí? —preguntó, casi temiendo la respuesta. Si era sí, entonces tendría preguntas que responder a su padre. Si no, temía que su corazón pudiera romperse. Lo cual, por supuesto, sonaba ridículo incluso en su mente.

—Oh, sí. Ese bruto lleno de cicatrices se niega a irse. Incluso después de que tu padre ordenó que lo escoltaran fuera por seguridad, se las arregló para volver a entrar con palabras dulces. Aparentemente, las enfermeras de aquí sienten lástima por él y solo quieren ayudarlo de cualquier manera que puedan. Tu padre está furioso.

Ella optó por ignorar los comentarios despectivos sobre Sawyer. El Agente Phillips era un imbécil que trabajaba más para su padre que para ella. —¿Y dónde está exactamente mi padre?

El agente apartó la mirada. —No pudo venir. Asuntos urgentes de la Oficina.

—Por supuesto. —El trabajo siempre era lo primero. Incluso cuando su única hija decepcionante recibía un disparo. Penelope apretó los dientes y alejó los pensamientos del hombre con quien estaba emparentada. Nada cambiaría nunca. Ella lo sabía y ya lo había aceptado. Su padre era quien era y ahora esperaba que ella volviera a la fila...

Sus pensamientos se detuvieron.

¿Y si no lo hacía? ¿Qué haría en su lugar? ¿Algo diferente? ¿O una vez más se mantendría en la línea y haría lo que el trabajo le pedía? Amaba su trabajo, pero la vida había cambiado de la noche a la mañana en este caso. Enterarse de hombres que podían convertirse en lobos y, oh Dios mío, ¿había visto a un hombre oso? Bueno, ciertamente no había vuelta atrás después de eso.

Si compartiera esta noticia sensacional y aterradora con alguien en la Oficina, ¿qué pasaría? Casi se rio. ¿Quién diablos lo creería?

Ella no lo haría si no lo hubiera visto con sus propios ojos. Parpadeó y miró a través de la habitación sin ver. Las máquinas junto a su cama aún pitaban con fuerza y todos los ruidos fuera de su habitación parecían rugir a su alrededor a un nivel ensordecedor. Necesitaba algo de tranquilidad y una habitación más oscura para pensar en todo lo que había sucedido. En resumen, necesitaba ir a casa.

—Ve y trae a Sawyer. Necesito hablar con él.

—No creo que sea una buena idea, tu padre...

Ella levantó la cabeza y clavó una mirada severa en Carl. No estaba de humor para su padre a través de Carl. —Solo tráelo.

—¿Y tu declaración? Todos en la oficina están esperando saber qué pasó. O al menos tu versión. Los isleños de Punta del Diablo nos han dado la suya, pero necesitamos oírla de ti. Tu padre ha estado amenazando con arrestarlos por interferir en tu investigación y por ocultar información. Obtener tu versión de los hechos es primordial en este momento.

—Aún no sé mucho sobre la gente que me secuestró. Apparently son fanáticos antigubernamentales en algún tipo de guerra territorial. Ahora, ve a buscar a Sawyer y arregla que alguien tome mi declaración formal después. ¿Y puedes pedirle a la enfermera algo para el dolor de cabeza? Hay tanto ruido aquí que me está haciendo palpar la cabeza.

El agente Phillips le dirigió una última mirada extraña antes de darse la vuelta y salir de la habitación. Penelope cerró los ojos y se preparó para lo que vendría después. Tendría que averiguar qué tenían que decir Sawyer y los demás antes de poder dar su declaración. Si sus historias no coincidían, tendrían un problema. Aun así, todavía habría muchas preguntas que no podría responder.

Lo olió antes de que hablara. No era difícil identificar las capas que componían su aroma único. Aire del océano, pino, el aroma fresco y limpio del jabón y ese toque final e indescriptiblemente especial que lo hacía irresistible.

—Penelope —dijo, con voz baja y cargada de emoción.

Ella abrió los ojos y se encontró con su mirada. Todo el tumulto y el deseo de los últimos días inundaron su mente, llenándola de sentimientos que no estaba segura de cómo manejar.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Él soltó una risa breve.

—¿Que si estoy bien? No soy yo quien está en una cama de hospital después de haber tenido una cirugía.

La pequeña sonrisa se desvaneció rápidamente cuando su mente obviamente volvió al tiroteo y todo lo que eso implicaba.

—¿Qué les pasó? —No tuvo que especificar más que eso. Podía ver en su rostro que él sabía exactamente a quiénes se refería.

Afortunadamente, no dudó.

—La mayoría están muertos. Sus cuerpos ya fueron desechados. No tienes de qué preocuparte.

Su corazón se hundió al escuchar sus palabras. No era exactamente la noticia que esperaba. ¿Cómo explicaría esto exactamente a la Oficina?

—Entonces, ¿qué dijiste exactamente en tu declaración? ¿Explicaste que los hombres fueron asesinados en defensa propia? —Aunque ya sabía que la respuesta sería no, preguntó de todos modos.

—Nooo —dijo, alargando su respuesta—. Solo nos interrogaron a Damien y a mí, ya que aparecimos aquí contigo en el hospital y llamaron a la policía de inmediato. Algo sobre que las heridas de bala tienen que ser reportadas.

Ella asintió.

—Procedimiento operativo estándar.

Él continuó:

—No les dimos mucho, sin alejarnos demasiado de la verdad. Les dijimos que algunos cazadores ilegales estaban en la isla con los que hemos tenido problemas últimamente y que tú quedaste atrapada en el fuego cruzado.

—¿Qué hay del secuestro?

Él negó con la cabeza.

—Nada. Les dijimos que no sabíamos nada sobre tu desaparición y reaparición, aparte del enfrentamiento con los cazadores y el disparo resultante. Así que esperarán que tú les expliques tu tiempo desaparecida.

Penelope suspiró.

—Me has puesto en una posición muy difícil. No puedo decir la verdad porque, uno, nadie me creería y dos, tendría problemas con tu gente si lo hiciera.

Él tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—En circunstancias normales, nuestros alfas podrían haber tomado medidas drásticas para evitar

que revelaras detalles sobre nosotros. No es fácil mantener nuestros secretos. Y es agotador. Sin embargo, en este caso, me debían un gran favor y lo cobré.

Un par de nuevos recuerdos aparecieron en su mente al mencionar que le debían algo, lo que resultó en más preguntas que necesitaban respuesta.

—¿Por qué te lo debían?

Él levantó su mano y presionó suavemente sus labios contra sus dedos entrelazados, provocando un hormigueo que recorrió su columna vertebral.

—No necesitamos entrar en eso ahora. Estoy más preocupado por cómo te sientes.

Ella se movió inquieta en la cama. Su sola proximidad encendía su sangre, pero que la tocara enviaba el calor que la llenaba fuera de escala. Una cosa no había cambiado y era su reacción hacia él. También estaba empezando a preguntarse por qué seguía luchando contra ello.

—Tratar de distraerme solo te llevará hasta cierto punto. Puedo perder la cabeza por un minuto, pero no voy a olvidar que estás evitando responder a mis preguntas.

Una amplia sonrisa se extendió por su rostro.

—La idea de que puedo distraerte, aunque sea temporalmente, me excita.

Penelope puso los ojos en blanco.

—Veo que tu ego sigue intacto. Quizás necesites a alguien que te baje los humos.

—¿Te estás ofreciendo para el trabajo?

Ella respiró hondo, dejando que la insinuación sexual calmara algunos de sus nervios crispados. Por inapropiada que pudiera ser su atracción, no podía negar que existía. Y si profundizaba un poco más, se dio cuenta de que no *quería* negarla.

Después de unos minutos más disfrutando de su conexión, tomó una respiración profunda y liberó su mano.

—Ahora dime por qué esos hombres te debían algo. —Levantó la mano antes de que él pudiera objetar—. Sé que estás tratando de evadir, pero considerando lo que esperas de mí, lo mínimo que puedes hacer es contarme más sobre ti. Hazme entender todo esto. Por favor.

Era su turno de respirar hondo. Pero ella pudo ver en sus ojos que estaba a punto de ceder. Ese pensamiento la reconfortó... un poco. Todavía tenía mucho que conciliar. Había secretos explosivos que se esperaba que guardara. De hecho, tendría que examinar más a fondo para determinar dónde yacían aún sus prioridades.

—Mi padre era el alfa de nuestra manada antes de ser brutalmente asesinado. Por derecho de nacimiento, eso me habría convertido en el alfa después de su muerte y la de mi madre. Excepto que yo era joven y apenas un adulto y definitivamente no maduro. Estaba... estoy cargando mucha ira. Me hace impulsivo y en ese momento, incluso yo sabía que no tomaría las decisiones correctas para la manada. Todo lo que me importaba era la venganza.

Su corazón se encogió por el dolor en su voz mientras explicaba con detalle lo que debió haber

sido una enorme tragedia en su vida. Su forma de contar las cosas sin rodeos no ocultaba todas las emociones escondidas debajo de su historia.

—Pero tú no eres el alfa, ¿verdad? Ese es uno de los hombres de ayer, ¿no?

Él asintió con la cabeza. —Abdiqué, por así decirlo. Damien, Diego y Dante eran los siguientes en la línea, pero decidir entre ellos resultó difícil en el mejor de los casos, así que la manada decidió que compartirían el rol de liderazgo temporalmente. Es un poco poco ortodoxo, pero nos ha servido bien durante muchos años.

—Eso no suena temporal.

Una risa retumbó en su pecho. —El tiempo se mueve un poco diferente para nosotros. No envejecemos al mismo ritmo que los humanos, así que vemos y sentimos el tiempo de una manera diferente.

Todavía la sobresaltaba oírlo referirse a ella como humana, un claro recordatorio de que, aunque parecía un hombre hermoso sentado al borde de su cama, debajo de esa fachada había mucho más con lo que lidiar.

Esa sensación persistente en el fondo de su mente volvió a avivarse, llevándola de vuelta al bosque mientras intentaba luchar contra la oscuridad que se cernía sobre ella mientras su sangre se escapaba. Recordó que él la sostenía. Los hombres hablaban más y él se inclinaba sobre ella, sus palabras la reconfortaban de manera instintiva. Le había suplicado que no muriera. Dijo que la necesitaba. Algo que nadie le había dicho antes...

Y entonces —

Levantó la cabeza de golpe y miró fijamente sus cautivadores ojos cálidos. —¿Por qué necesito perdonarte?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Sawyer se estremeció ante su pregunta susurrada. Como ella no había mencionado nada de lo que él dijo en sus últimos momentos de consciencia, había asumido que o lo había olvidado o nunca lo había escuchado. Al parecer, se había equivocado. No había duda de que cuando ella despertara, tendría que enfrentar las consecuencias de sus acciones, pero habría sido agradable tener un poco más de tiempo con ella sin que lo odiara.

—Primero —comenzó—, dime cómo te sientes. He estado muy preocupado y nadie quería decirnos nada.

Ella apoyó la cabeza en la almohada y entrecerró los ojos.

—No lo sé con certeza. Por alguna razón, mi estómago no parece dolerme en absoluto, pero siento que mi cabeza va a explotar. Y todo está tan ruidoso. Tú eres el único que suena normal.

—Eso es porque sabía que necesitaba hablar suavemente durante este tiempo. Tus sentidos se sentirán abrumados hasta que aprendas a ajustarlos.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Qué significa eso?

—En la isla, te estabas muriendo. Podía escuchar cómo tu corazón latía cada vez más lento. No había tiempo suficiente para llevarte a un hospital antes de perderte.

—No entiendo —dijo ella—. ¿Qué hiciste? ¿Cómo es que estoy aquí?

Él apartó la mirada por un momento, reuniendo sus pensamientos antes de volver a encontrarse con su mirada.

—Hice lo que tenía que hacer para mantenerte con vida. Tú, Penelope Bishop, me has cautivado. No podía soportar perderte.

Sus ojos se entrecerraron, arrugando su frente con preocupación.

—¿Qué hiciste?

—No hubo tiempo para pedirte permiso primero. Así que tomé la decisión.

Sus manos se cerraron en puños, agarrando las sábanas a su alrededor mientras se alejaba de él.

—¿Qué demonios significa eso, Sawyer? Quiero una respuesta directa en un lenguaje jodidamente claro —le siseó.

—Te mordí —soltó él, deseando poder manejar esto con más tacto en un lugar mejor que una cama de hospital.

Por un momento, ella se quedó allí solo mirándolo, con la boca en una línea firme y los ojos clavados en él con lo que parecía una falta de emoción.

Él contuvo la respiración, esperando.

Ella no lo hizo esperar mucho.

—¿Y qué significa exactamente eso? —preguntó, hirviendo de rabia entre labios casi comprimidos.

—Penelope, eres una mujer inteligente, estoy seguro de que tienes una muy buena idea de exactamente lo que estoy diciendo. Tu audición sensible, la comezón en la piel, y apuesto a que las luces aquí también te están volviendo loca. —Se levantó para buscar el interruptor y apagarlas.

—No me trates con condescendencia. Y tampoco me mientas. Tú y tus amigos ya me han puesto en una posición imposible, no es necesario que me mientas.

Él se volvió hacia ella.

—Nunca te mentaría.

Ella se burló de él.

—Mentira. Creo que tú y el resto de tu pandilla harán o dirán cualquier cosa si eso significa que mantendré la boca cerrada sobre lo que vi allí afuera.

Una repentina ráfaga de ira corrió por sus venas.

—No somos una pandilla. Somos una familia y eso ahora te incluye a ti. Y sí, haré todo lo que pueda para protegerlos, protegernos. Pero siempre trazaré la línea cuando se trate de ti. No te echaré bajo el autobús por nadie. Si acaso, yo asumiré la peor parte de cualquier problema que hayamos creado para ti. Dime lo que necesitas y haré todo lo que esté en mi poder para que se haga. Tenemos recursos.

Ella se apartó de él y miró la pared, dejándolo inseguro de qué hacer a continuación. Había estado esperando que ella gritara y chillara, tal vez incluso le arrojara cosas. Pero este silencio... le daba escalofríos.

—Creo que sabría si alguien me hubiera mordido —susurró ella, su voz sonando distante.

—Tu cuello, justo debajo de tu oreja derecha. No me sorprende que no lo recuerdes. Estabas en mis brazos, desvaneciéndote en la inconsciencia. Todo lo que podía oír era el sonido cada vez más débil de tu corazón. No podía permitirlo, Penny, simplemente no podía.

Su garganta se atascó con toda la emoción de ese momento inundando su mente y desgarrando sus entrañas. Rogaba a Dios nunca volver a escuchar ese sonido.

Ella alcanzó el lugar y se congeló cuando su mano encontró un pequeño vendaje.

—¿Significa esto que ahora soy una... —se detuvo, su rostro volviéndose completamente blanco mientras su cerebro conectaba los puntos.

El dolor en sus ojos lo golpeó en algún lugar profundo. Un lugar donde no podía protegerse de ella. Jadeó en busca de aire ante la sensación ardiente.

—Tal vez. Tal vez no. Probablemente. No es una ciencia exacta. Es un poco difícil de explicar.

—Inténtalo —exigió ella, elevando su voz.

—La mordida de un lobo es como puede comenzar. Pero... —dudó, no ansioso por contarle los otros resultados.

Su nariz se ensanchó, una señal obvia de su impaciencia con él.

—La mordida de un lobo tiene el poder de curar a algunas personas sin una transformación, dependiendo de ciertos factores. Un lobo mayor en forma humana generalmente tiene suficiente control para limitar los efectos en un humano. Mientras que una mordida de un lobo en transición casi siempre lleva demasiado veneno para que un humano lo maneje.

—¿Y? ¿Eso es todo?

Él negó con la cabeza.

—Los humanos a veces pueden ser transformados. Durante lo que llamamos nuestra temporada de apareamiento, la magia dentro de nosotros nos impulsa a encontrar y reclamar una pareja. Una mordida durante ese tiempo casi siempre resulta en una transformación.

Ella tenía esa mirada de sospecha en su rostro nuevamente.

—Esa es una palabra que sí recuerdo haber escuchado mucho. ¿Es de eso de lo que se trata todo esto? ¿Tu temporada de apareamiento? ¿Se supone que ahora soy tu pareja?

Él se estremeció ante el desdén que escuchó en su voz. Claramente, ella no le gustaba esa idea.

—Técnicamente, estamos en el umbral de la temporada de apareamiento. Así que es posible.

—¿Yyyyyy?

Ya no podía seguir postergándolo. Tendría que exponerle todo y esperar estar listo para cualquier consecuencia que surgiera de ello.

—El lobo dentro de mí está definitivamente convencido de que tú eres su pareja. He estado luchando contra él prácticamente desde el momento en que nos conocimos. —Levantó la mano para detener sus preguntas antes de terminar—. No me malinterpretes. La idea de una pareja propia surgió de la nada. No estaba buscando una. Sin embargo, ahora que estás aquí, no puedo dejar de pensar en ello.

—¿Ello? —arrugó la nariz—. ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un ello? ¿Un instinto al que no puedes resistirte? Vaya. Qué romántico.

Se puso de pie y caminó por la habitación. Esto no estaba saliendo en absoluto como él había

esperado. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Y dónde estaba su supuesto encanto que normalmente hacía que las mujeres se desmayaran? Era de esperar que *su* pareja no fuera tan fácil de persuadir.

Se pasó los dedos por el pelo mientras la frustración arañaba su interior. —Estás tergiversando mis palabras. Te he deseado desde el principio y créeme, eso no debería haber pasado. Mi trabajo era ayudarte a obtener la mínima información necesaria para que salieras de la isla. Por razones obvias, tenemos que mantener la privacidad. Solo que eso no es lo que pasó, ¿verdad? Intenté llamarlo lujuria. La lujuria la entendía. Pero mis instintos gritaban por más. Y cada minuto que hemos estado juntos desde entonces, mi resistencia ha seguido derrumbándose. Eres tan condenadamente adorable cuando te pones nerviosa. ¿Lo sabías? Y ese ridículo traje que llevabas no hizo nada para disuadirme. De hecho, me atrajo hasta esos sensatos zapatos que te gustan. Debería haber sabido desde el principio que literalmente no tengo resistencia cuando se trata de ti. Tu tenacidad es entrañable, al igual que la tristeza que llevas en el alma. Es un maldito faro para alguien como yo porque soy igual. Y espero que algún día compartas ese dolor conmigo como yo lo he hecho contigo. Dicho esto, estoy bastante seguro de que no merezco una pareja como tú, pero eso no me impide desearte. Con cada aliento. Cada aliento, Penelope. Sí, es instintivo, pero ambos seguimos teniendo libre albedrío. Puedes rechazarme si lo deseas. Pero si lo haces...

No pudo poner el resto en palabras. Nunca la dejaría ir, pero ella no necesitaba saberlo todavía. Aún podía verla tratando de procesar todo lo que había dicho hasta ahora. El tenue aroma de su miedo aún impregnaba la habitación y eso lo hacía sentir tanto enojado como determinado. Pero por ahora, su humanidad aún era mucho más fuerte que su potencial lobo.

Tal vez se transformaría y tal vez no. —Los síntomas que estás experimentando son un resultado directo de mi mordida. Sin embargo, podrían ser temporales. De cualquier manera, nunca me arrepentiré de lo que hice. No estaba en mí no hacer nada cuando tenía una forma de ayudarte. Si me dieran la opción de nuevo, elegiría exactamente lo mismo.

Su mano había continuado frotando el lugar en su cuello donde sus dientes habían perforado su dulce carne. Ese punto de conexión ardía entre ellos, lo supiera ella o no. Y el recuerdo de su sabor inundó su boca, haciendo que su cuerpo se endureciera de deseo.

—Todo esto es abrumador. Tienes que saberlo. No sé qué decir. Ahora mismo, mis emociones están por todas partes. Siento curiosidad y estoy enojada al mismo tiempo.

—No tienes que decir nada. Estoy aquí y no me iré a ninguna parte.

—En realidad, sí te vas.

Tanto él como Penelope se volvieron hacia la voz en la puerta donde estaban un médico y su compañero de trabajo.

—Se te dijo que te mantuvieras alejado de ella —dijo Carl, con un tono amenazante en su voz.

—Agente Phillips —exclamó ella—. ¿Qué te pasa?

El hombre al que Sawyer ya odiaba con cada hueso de su cuerpo se volvió hacia Penelope. —Lo siento, Agente Bishop. Órdenes del Director. Él es una persona de interés en los misteriosos acontecimientos de esa maldita isla y su aparición aquí es altamente inapropiada.

Sawyer gruñó y el médico dio un paso adelante. —Tal vez todos necesiten darnos unos minutos. Ahora que mi paciente está despierta, necesito hablar con ella... a solas.

Cuando ni él ni el otro agente hicieron un movimiento para irse, el lenguaje corporal del médico se volvió rígido.

—Eso no fue una invitación —dijo.

—Espere. Solo necesito otro minuto. Luego podemos hablar. Doctor, ¿pueden usted y el Agente Phillips esperar afuera solo un minuto más?

Ninguno de los dos hombres parecía feliz con su sugerencia, pero ambos se movieron de mala gana. Cuando pensó que ambos estaban fuera del alcance del oído, Sawyer levantó su mano y la apretó. —Realmente estaré justo afuera. No me importa quién me ordene salir de aquí. No me iré sin ti.

Ella puso los ojos en blanco. —Guarda los movimientos de neandertal para otro momento. Solo tengo una pregunta más por ahora. —Bajó la voz a un susurro—. ¿Cuánto tiempo antes de que sepamos si es permanente?

Él le apretó las manos. —Podrían ser unos días o unas horas. La luna llena está saliendo pronto y si te estás transformando, probablemente te afectará de alguna manera. Como mínimo, no querrás estar confinada a esta cama cuando suceda.

Sawyer se estremeció cuando ella se apartó de él. Tenía que haber algo más que pudiera decir para aliviar la preocupación que había visto en sus ojos.

—Puedes irte ahora.

Quería decirle que no. Dios, cómo quería. Pero le había soltado mucha información y necesitaba tiempo para procesarla. Y si no se iba ahora, el médico y el agente al que quería estrangular volverían y le darían problemas.

Le apretó la mano. —Estaré aquí para lo que necesites. —Ella no respondió ni se volvió para mirarlo. No tenía que hacerlo. Si no hubiera percibido ya la profunda tristeza que la envolvía, la solitaria lágrima que corría por su mejilla lo decía todo.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Cuarenta y ocho horas después, Penelope dirigió su coche hacia el puente que la llevaría a Punta del Diablo. A pesar de los esfuerzos de todos por controlar sus acciones, había logrado evadirlos saliendo del hospital sin que nadie lo supiera.

Al parecer, todos esos años escabulléndose de la casa de su padre sin ser detectada habían dado frutos de más de una manera. Aunque no estaba del todo segura de si Sawyer la había rastreado todo el tiempo o no.

Después de todo, él era un lobo. Con sentidos superiores que probablemente le hacían ridículamente fácil seguir sus maquinaciones. De cualquier manera, si la había seguido, la había respetado lo suficiente como para permitirle al menos la ilusión de libertad.

Aún había habido momentos en los que se le habían erizado los pelos de la nuca y una urgencia casi dolorosa de hacer algo...

Maldita sea. Todavía no estaba completamente segura de lo que quería hacer, pero había permitido que sus instintos la motivaran y la habían llevado de vuelta aquí.

Tan absorta en sus pensamientos, Penelope casi no vio al hombre parado en su camino hasta que fue demasiado tarde.

Pisó el freno con fuerza y se detuvo con un chirrido de llantas a solo unos centímetros de él. Furiosa, agarró la manija de la puerta, la abrió de un tirón y salió.

—¿Qué demonios, Sawyer? ¿Estás tratando de que te maten? —Rodeó el frente de su coche y se dirigió hacia él—. Casi me provocas un infarto con esa tontería —Se lanzó hacia adelante y empujó sus manos contra su pecho. Sin embargo, cuando sus manos conectaron con una pared de músculo duro como una roca y él no se movió, supo que había cometido un error al tocarlo.

Cada instinto femenino dentro de ella se activó por esa inexplicable chispa entre ellos que la había estado volviendo loca desde el momento en que se conocieron.

—Te he estado esperando —dijo él, su voz oscura y espesa al hablar.

Ella parpadeó mirándolo, absorbiendo el ceño fruncido pícaro estampado en su rostro. Maldita sea, eso era sexy. Por supuesto, todo en él gritaba lo mismo. Sexo.

Sus manos aún tocaban su pecho y los músculos debajo la fascinaban. Quería explorarlos más. Ahora mismo.

¿Cómo exactamente había llegado hasta aquí? Hace menos de una semana estaba sentada frente a él en el restaurante, apenas divertida por su escandaloso coqueteo. Oh sí, él la había mordido. Se había despertado en un hospital con una herida de bala casi curada y la capacidad de oír, oler y ver cosas en un nivel que aún no podía comprender.

Luego estaba la constante rabia de deseo que ardía bajo su piel. Se había escapado de ese hospital para tratar de controlarse a sí misma y a su vida.

—Me has estado siguiendo —dijo ella.

Su ceja derecha se arqueó.

—Te dije que necesitaba algo de tiempo para adaptarme. Para aclarar las cosas.

—Y te lo di. Sin embargo, nunca dije nada sobre dejarte sola. Dadas las circunstancias, eso habría sido irresponsable y posiblemente cruel.

—¿Por la mordida?

Él asintió, apartando su largo cabello oscuro detrás de su oreja y tocando suavemente con las puntas de sus dedos la piel marcada de su cuello.

—No me siento *tan* diferente —No era exactamente una mentira ni exactamente la verdad.

—No estaba tratando de transformarte, solo quería ayudarte a vivir.

—¿Cuál es la diferencia? —Sus palabras se sintieron forzadas y espesas cuando todo en lo que podía concentrarse era en su toque y el escalofrío que recorría su columna.

—Si quisieras ser transformada, estaría dentro de ti —su voz se redujo a un susurro áspero—, haciéndote gritar de placer cuando te mordiera.

Ella tragó saliva con dificultad, tratando de forzar el repentino nudo en su garganta. El bajo zumbido de deseo estalló en un infierno que la hizo jadear.

Él tocó su labio inferior, su dedo dejando un rastro ardiente a su paso. —Te deseo más que cualquier cosa que haya deseado en mi vida.

—¿Por los instintos de apareamiento? Eso es lo que es esto, ¿verdad? Algún tipo de necesidad primaria impulsada por la naturaleza. Tú necesitas aparearte y ahora que estoy mordida yo también —No es que importara. Ya había decidido lo que quería antes de subirse a su coche esta noche.

—Es temporada de apareamiento ahora. Así que sí, nuestros instintos de lobo nos están diciendo que es hora de ponernos manos a la obra. Pero también somos humanos. Podemos ejercer autocontrol. Y está el asunto del libre albedrío. He pasado por muchas temporadas de apareamiento sin sentir este impulso tan intenso.

—Porque crees que soy tu pareja.

Él agarró ambos lados de su cara, inclinó su cabeza hacia atrás y bajó su rostro hacia el de ella. —Porque atraes tanto al lobo dentro de mí como al hombre que está frente a ti. Los instintos pueden haberme empujado al principio, pero conocerte, eso selló el trato.

Su boca se cerró sobre la de ella y todos los pensamientos huyeron de su mente mientras el calor de su beso la consumía. Gimió cuando su lengua se abrió paso más allá de sus labios y se enredó con la suya. *Oh Dios*. Había estado pensando y soñando con esto desde esa primera noche que la besó.

Él enredó sus dedos en su cabello y tiró de su cabeza aún más hacia atrás, abriéndola para él de una manera que la hizo sentir completamente deseada.

Tan perdida en ese beso y la esperanza de que nunca terminara, casi gritó cuando él se separó de ella con un gemido. Fue entonces cuando se dio cuenta de más que su boca. Como los pezones duros que había comenzado a acariciar a través de su delgada camiseta sin siquiera darse cuenta.

—Me estás matando —jadeó de nuevo mientras ella pasaba sus pulgares una vez más por esas puntas distendidas.

—No quiero matarte —dijo ella—. Quiero hacer el amor contigo.

Su respuesta gruñida vibró a través de sus manos, haciéndola temblar. Pero fue la rápida presión de sus caderas contra las de ella lo que le quitó el aliento. La prueba de que él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él era innegable.

Él atacó su cuello con la boca, haciéndola retroceder hasta que sus rodillas chocaron con el parachoques de su coche. Cuando sus manos se deslizaron bajo el borde de su camiseta para entrar en contacto con la piel desnuda de su estómago, ella temblaba incontrolablemente.

Su piel había estado ardiendo durante días, pero con un solo toque, la sensación de miles de pequeños dedos invadió su mente. Luego estaba el martilleo de su corazón latiendo al ritmo del suyo, inundando sus oídos...

Tenía que poner sus manos sobre él ahora mismo.

Penélope alcanzó la cintura de sus vaqueros y los desabrochó, metiendo la mano dentro en cuestión de segundos. Cuando sus dedos chocaron inmediatamente con carne dura, casi se desplomó de rodillas por el placer vertiginoso. ¡Diablos, sí! ¡Iba sin ropa interior!

Cuando su gruñido se convirtió en un silbido agudo a través de sus dientes obviamente apretados, su estómago dio tres volteretas y posiblemente un salto mortal. Era difícil saberlo porque el acero caliente y duro en su mano estaba derritiendo su cerebro.

—Eres una mujer peligrosa, Penélope Bishop —susurró él, con la voz evidentemente tensa.

—¿Lo soy? —sonrió ella, apretando los dedos un poco más alrededor de él.

Juró que sus ojos brillaron dorados un momento antes de que se abalanzara sobre ella. Con su mano aún trabajando su carne, él deslizó ambas manos bajo el borde de su sujetador para acariciar y frotar sus senos.

Sus ojos se pusieron en blanco y casi perdió el agarre cuando sus rodillas se debilitaron bajo el asalto. Afortunadamente, Sawyer se movió ligeramente hasta que una de sus piernas se metió entre sus muslos, separándolos.

Ella rodeó su cuello con un brazo y lo mantuvo cerca. Los gemidos caían de sus labios uno tras

otro hasta que el placer impactante de sus hábiles dedos tomó el control completo.

Cuando de repente se detuvo y se alejó de ella, Penélope gimió de decepción.

Forzó sus ojos a abrirse para encontrar a Sawyer mirándola con una necesidad inequívoca brillando en sus ojos. ¿Qué demonios?

—No pares —susurró.

—Tengo que hacerlo —respondió él—. Por mucho que me encantaría tomarte aquí mismo sobre el capó de tu coche, no es así como quería que fuera nuestra primera vez.

Primera vez. Sus palabras resonaron en su mente. ¿Eso significaba que habría una segunda? Oh Dios, definitivamente iba a implosionar.

Apretó la mano donde todavía lo tenía agarrado. —No me importa. No quiero que pares.

—Créeme. Yo tampoco quiero parar. Pero lo necesito todo. Tú desnuda y abierta para mí para poder saborearte por todas partes. Para eso necesitamos una cama y un poco de privacidad.

Su estómago se sacudió ante la imagen que esas palabras pusieron en su cabeza. ¿Cómo podía decir que no a eso?

Él no esperó a que dijera nada más antes de alejarse de ella y abrocharse los pantalones. —Mi cabaña no está lejos. Podemos ir allí y si todavía quieres seguir adelante con esto...

—Te deseo —lo interrumpió, un poco sorprendida por la vehemencia de su propio tono. Había mucho más que quería decir, pero las palabras adecuadas se le escapaban.

Mientras estaba en el trabajo, había intentado reprimir cualquier sentimiento personal que él hubiera despertado, pero ya estaba harta de negarlo.

Él acunó su mejilla y frotó su pulgar sobre su labio inferior. —Hablaba en serio sobre el libre albedrío. No es demasiado tarde para alejarte. Puede que no pueda ofrecer eso de nuevo una vez que haya estado dentro de ti. El lobo puede ser bastante persuasivo.

Su corazón se derritió un poco más con cada palabra que él pronunciaba. Tenía la corazonada de que arriesgaría todo, incluso su cordura, para darle esta elección. Eso solo hizo que su decisión se solidificara aún más.

—No me voy a alejar —dijo ella—. Mi mente estaba decidida incluso antes de subir a mi coche para venir aquí. No hay nada, excepto que tú ya no quieras esto, que pueda hacerme cambiar de opinión. Ahora, por el amor de Dios, ¿qué tan lejos está esta cabaña y por qué está tardando tanto en llegar allí?

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Sawyer contó los segundos hasta que entró en el camino de grava que marcaba la entrada a su propiedad. El lobo lo empujaba a darse prisa aún más que su palpitante miembro.

Había corrido un gran riesgo al darle algo de tiempo y espacio, sin mencionar que le había ofrecido la información sobre la opción de alejarse de él. Si ella hubiera decidido irse, él la habría añorado hasta que entrara en razón o por toda la eternidad si rechazaba su reclamo.

Estacionó el auto de Penelope detrás de su cabaña y corrió hacia su puerta antes de que ella pudiera salir por completo. La agarró por la cintura y la levantó sobre su hombro. Con su decisión tomada, no iba a perder más tiempo. La quería desnuda y debajo de él ahora.

—¡Sawyer! —chilló ella—. Puedo caminar.

Él gruñó en respuesta.

Ella le dio una palmada en el trasero, riéndose mientras lo hacía. Claramente no tenía ningún problema con que él tomara el control. Los llevó directamente a su cama y la dejó caer sobre el colchón con un rebote. Habría tiempo para mostrarle los alrededores más tarde. Mucho más tarde.

La siguió, colocándose entre sus piernas y sujetando ambas muñecas con sus manos. Durante unos largos momentos la miró fijamente, memorizando todo sobre este instante antes de inclinarse y besarla con toda la fiereza que había estado conteniendo.

Ella emitió un sonido desde el fondo de su garganta, un sonido necesitado que él le arrebató con avidez. Le levantó la camiseta, rompiendo el beso solo lo suficiente para pasarla por encima de su cabeza. Luego, le quitó el sujetador con la misma rapidez.

Al parecer, ella encontró injusto que él tampoco estuviera desvestido, ya que comenzó a tirar de su camiseta y a quitársela también. Por un momento, se echó hacia atrás y la miró allí, en su cama. La primera mujer en estar en su lugar. Su dulce aroma llenaba la habitación, mezclándose con el suyo. Era una combinación embriagadora que quedaría grabada en su cerebro.

Y con cada momento que pasaba, sentía que un poco más de su control se le escapaba. Podía sentir al lobo justo bajo su piel, empujándolo a tomar a su pareja ahora. Penetrarla. Morderla. Correrse dentro de ella. Todo en un intento de transformarla y hacerla una de ellos de una vez por todas.

Sawyer sintió que sus dientes se alargaban lo suficiente como para perforar su piel. La pálida y esbelta columna de su cuello enmarcada por sus sedosos mechones oscuros lo atraía. Y escuchó el sonido de su corazón latiendo mientras observaba el pulso en su cuello. Un poder crudo corría a través de él... de ellos...

—¿Estás bien? —Penelope se apoyó sobre sus codos, con preocupación grabada en su rostro.

El tono vacilante de su voz lo sacó de sus pensamientos y lo alejó de los instintos animales que amenazaban con dominarlo—. Nunca he estado mejor —respondió, mientras la despojaba del resto de su ropa.

Recorrió con la mirada su forma ahora desnuda y gruñó de placer. Inteligente, vivaz y hermosa. No podía existir una combinación más letal en lo que a él concernía. Ansioso por tocarla, pasó sus manos desde sus tobillos hasta sus hombros, maravillándose con cada curva de perfección. Joder, lo que ella le hacía prácticamente le volaba la cabeza.

Desde el momento en que entró en la cafetería y la vio por primera vez, había intentado negar su reacción instantánea. Pero a medida que los momentos se convertían en horas y descubría de primera mano lo que la hacía funcionar, supo que nada sería más importante en su vida que ella. De no haber sido por el tiroteo, habría renunciado a su venganza por ella.

Mientras pasaba sus dedos ligeramente sobre la curva de sus caderas una vez más, admitió que ella estaba bien metida bajo su piel y que no se iría a ninguna parte. Que ella se estremeciera bajo su toque solo hacía que su resolución de mantenerla para siempre fuera aún más sólida.

Por un momento, vaciló ante la cicatriz aún roja de su abdomen. La preocupación de poder lastimarla lo hizo detenerse.

—Apenas me duele ya —susurró ella como si le leyera la mente—. Sea lo que sea que haya en esa mordida tuya, funcionó como magia. Esa es una de las razones por las que me escapé del hospital tan pronto. No iba a poder ocultar al médico por más tiempo lo rápido que me estaba curando.

—Mmm hmm —murmuró él mientras se inclinaba y presionaba sus labios contra la piel irregular pero hermosa. Entendía bien los efectos persistentes de las cicatrices y lo que podían hacer en la psique. Sin embargo, en su caso, servía como un hermoso recordatorio de la rápida decisión que había tomado de marcarla.

Continuó, besando su camino hacia sus generosos senos redondeados y pezones completamente erectos que rogaban por atención. Lamió con entusiasmo uno después del otro hasta que ella se retorció debajo de él, con gemidos cayendo de sus labios.

Con su placer aumentando, su miembro presionaba contra sus vaqueros y rogaba por liberación. Sin embargo, aún no había terminado de saborearla, así que su propio alivio tendría que esperar un poco más.

Mientras bajaba por su cuerpo nuevamente, cada deslizamiento de piel contra piel hacía que su cuerpo estallara en calor, enviando temblores a lo largo de sus extremidades hasta que estuvo seguro de que perdería la cabeza en cualquier momento.

—Sawyer, me estás volviendo loca.

—Entonces me alegro de no ser el único.

—Hazme el amor.

—Pronto, cariño, pronto. —Se posicionó sobre ella, primero presionando su peso para mantenerla quieta y luego moviéndose más abajo hasta que sus hombros se asentaron entre sus piernas ahora abiertas.

Inhaló profundamente, llevando su delicioso aroma a lo más profundo, alimentando el hambre que lo consumía. Mordisqueó el interior de sus muslos hasta que las manos de ella se enredaron en su cabello e intentaron presionarlo más cerca de su cuerpo.

Se rio entre dientes ante la fiereza que la hacía inquieta y necesitada. Cuanto más lo necesitaba, más podía saborear—. Maldición, hueles tan bien. No puedo esperar para probarte.

Ella murmuró algo incoherente en respuesta, haciéndolo sonreír aún más. Sin sentido y al borde de su primer orgasmo. Perfecto.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

P enélope seguía tratando de hilvanar palabras que tuvieran algún sentido, pero con el cálido aliento de Sawyer acariciándola entre las piernas, simplemente no podía.

Pero cuando puso su boca en su sexo...

¡Madre mía!

Se arqueó hacia adelante y agarró su cabeza mientras las sensaciones tumultuosas explotaban con cada caricia de su lengua. Antes de que pudiera tomar un solo aliento profundo, él presionó contra su clítoris, haciendo que su cuerpo temblara mientras la trabajaba con caricias suaves y firmes que fácilmente la llevaron al borde del clímax.

Para cuando finalmente presionó su lengua dentro de ella, estaba jadeando sin poder detener ni controlar nada de lo que sucedía entre ellos.

Al mismo tiempo, sus gruñidos se hicieron más fuertes y se sincronizaron con sus gemidos mientras su traviesa lengua hacía magia con su cuerpo. Capas y capas de presión se acumularon en su interior hasta que se perdió y gritó:

—¡Oh, Dios, Sawyer! ¡Me estoy corriendo!

Él gimió contra su piel, pero no se detuvo ni disminuyó sus feroces movimientos hasta que su cuerpo se estremeció en un orgasmo que le robó el aliento.

Con las réplicas aún recorriendo su cuerpo, Sawyer se deslizó sobre ella con una sonrisa diabólica que hizo que su corazón latiera aún más rápido. Si el orgasmo aún palpitante no fuera suficiente, él la atravesó con una mirada llena de necesidad que prometía que estaba lejos de terminar con ella.

—Tengo condones —gruñó.

Ella negó con la cabeza.

—Prefiero sentirte piel con piel.

Sawyer gimió sobre ella.

—No tienes idea de cuánto deseo eso. No tenemos que preocuparnos por enfermedades, pero podría dejarte embarazada.

—Estoy tomando la píldora —jadeó ella cuando la punta de su miembro rozó el punto perfecto entre sus muslos. La punzada de nervios que había sentido al ver el tamaño de su erección se disipó.

Puede que no se conocieran desde hacía mucho tiempo, pero habían pasado por mucho. Lo suficiente para que ella supiera y confiara en que él nunca la lastimaría. No arriesgas todo para salvar la vida de alguien solo para destruirla después.

—¿Estás segura de esto? —La vacilación en sus ojos le calentó el corazón.

Ella extendió la mano y tocó la cicatriz que atravesaba su labio. Él cerró los ojos y ella inmediatamente sintió una vibración proveniente de su pecho.

—Estoy absolutamente segura —dijo, moviendo sus caderas—. Quiero... no, necesito sentirlo todo.

Él no dudó después de eso, empujando dentro de ella lentamente mientras ella se estiraba a su alrededor. Sonrió contra su cuello, tanto por el placer como por saber que su necesidad era realmente un detonante para él.

Cuando sus caderas chocaron, completamente dentro, ambos gimieron al unísono. Sus terminaciones nerviosas, ya sensibles por su primer orgasmo, estaban sobrecargadas.

Sawyer se retiró hasta que sus miradas se encontraron y ella pudo ver claramente el resplandor dorado del lobo que componía su otra mitad. Estaban todos juntos. En sincronía. Sin reservas.

Él presionó hacia adelante de nuevo y su tren de pensamiento se fragmentó. Palabras de perfección y éxtasis salieron de los labios de ambos mientras él se movía dentro de ella, haciéndole creer que todo por lo que cualquiera de ellos había pasado en el pasado tenía que valer la pena. Porque los había llevado a este momento. Tal vez el destino había estado trabajando en ellos todo el tiempo. De cualquier manera, ahora estaban juntos y se pertenecerían el uno al otro para siempre.

Definitivamente lucharía por el para siempre.

Penélope clavó sus uñas en la espalda de Sawyer mientras una presión hormigueante crecía dentro de ella con cada profunda embestida de él en su interior. En respuesta, él la penetró más rápido. Sus ojos se agrandaron mientras observaba un desfile de emociones pasar por sus ojos dorados. Era como si tuviera el placer de verlo sucumbir a los mismos pensamientos asombrosos que pasaban por su cabeza.

Él empujó con más fuerza, haciendo que la cama debajo de ellos golpeará contra la pared en cada embestida. Casi se ríe. Tal vez realmente iban a romper los muebles.

Su respiración se volvió entrecortada y sus jadeos igualmente forzados llenaron la habitación. El calor se acumuló en lo profundo de su pecho y comenzó a extenderse por sus extremidades.

Había algo allí, desplegándose. ¿Podría ser que se estuviera convirtiendo en loba? Por primera vez en días, el pensamiento no la alarmó.

—¿Tú también lo sientes? —gruñó él, el sonido más de lobo que de hombre—. ¿Necesitas que me detenga?

Ella sacudió la cabeza de izquierda a derecha y clavó sus uñas profundamente en su piel.

—Oh, Dios, no. Por favor. No te detengas.

Una media sonrisa se formó en su rostro mientras agarraba ambas piernas de ella y las envolvía alrededor de su cintura. La siguiente embestida la encendió desde adentro hacia afuera mientras los primeros pulsos de su segundo orgasmo la atravesaban como un cohete.

Sus músculos se tensaron y gritos de placer resonaron por la habitación mientras Sawyer arremetía una última vez, enviando ondas de choque y calor a través de ella mientras su clímax los sacudía a ambos como una marea imparable.

Por un momento, Penélope no pudo moverse ni respirar mientras la pura fuerza del placer se apoderaba de sus músculos. Los brazos de Sawyer temblaban mientras se sostenía sobre ella, asegurándose de no aplastarla.

Cuando finalmente cayó, Penélope lo atrapó y lo acercó imposiblemente. Cuando pareció que quería decir algo, ella lo interrumpió con un beso fuerte que decía más que las palabras.

Eventualmente su latido se calmó, el calor en su pecho disminuyó y sus músculos se relajaron, obligándola a terminar suavemente el beso. Cuando lo hizo, él le sonrió y su mundo volvió a dar vueltas.

Finalmente había encontrado su hogar.

CAPÍTULO VEINTE

Mientras yacían juntos, con las piernas entrelazadas y los brazos enlazados, aún recuperándose del sexo más alucinante de su vida, Sawyer tomó su mano y la llevó a sus labios.

—¿Cómo es que no estás enfadada conmigo? —preguntó.

—¿Quién dijo que no lo estoy?

Con su otra mano, enredó los dedos en su cabello y tiró lo suficiente para inclinar su cabeza hacia un lado y poder mirarla a los ojos.

—Yo diría que los dos orgasmos explosivos, eso es quién.

Una ligera risa cristalina sonó de ella. —¿Nunca has oído hablar del sexo de reconciliación? He oído que puede ser bastante "explosivo" como tú lo llamas.

Sus manos se detuvieron ante el tono serio de su respuesta. ¿Le estaba tomando el pelo ahora? Se giró sobre ella y presionó su cuerpo contra el colchón.

—Eso no tiene gracia, Agente Bishop —habló severamente.

Ella le sonrió. —Claro que sí. Y estarías de acuerdo si pudieras ver tu cara ahora mismo. — Como para enfatizar su punto, estiró los brazos para alcanzar su trasero y darle un apretón.

—Hablabas en serio. Esperaba que me odieras cuando descubrieras lo que había hecho.

Por un momento, sus ojos se cerraron y ya no pudo leer su expresión. Sin embargo, cuando los abrió de nuevo y sus miradas se encontraron, se dio cuenta del porqué. Sus emociones eran tan intensas como las de él. Tal vez más.

—*Estaba* sorprendida. Y asustada. Pero es un poco difícil estar enfadada con alguien por hacer todo lo posible para mantenerte con vida. Como aún no sabemos con certeza si me convertiré en loba, creo que enfadarme es completamente prematuro.

—Oh, ella está ahí dentro. La sentí y sé que tú también. Creo que con otra mordida, la transición se completará.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó ella—. ¿Que me convierta en una cambiante de lobo como tú?

—Quiero que seas mía. Eso es lo que quiero. Si eres humana o cambiante no es tan importante.

—Yo también quiero eso —susurró, sus palabras apenas audibles.

Él se levantó sobre sus codos. —¿Qué? ¿Hablas en serio? ¿Cuándo? Quiero decir, cómo...

—Sí, hablo en serio. Y en cuanto al cuándo, bueno, eso empezó desde el momento en que te sentaste frente a mí. Simplemente no quería admitir nada. Tenía un trabajo que hacer y manejarlo profesionalmente era la parte más importante de mi vida hasta entonces. Por supuesto, eso cambió cuando me besaste. No, antes de eso si soy honesta conmigo misma. Cuando me contaste la historia de lo que te pasó en el Club Diablo y cómo salvaste a la novia de tu amigo y al bebé por nacer, supe en ese mismo momento que eras especial. *Luego* me besaste.

Finalmente, no tuve más remedio que admitir que estaba perdida. Aunque, lo admito, lo del lobo me desestabilizó por un tiempo. Me costó asimilar esa parte.

—Comprensible. Por eso tendemos a guardar nuestro secreto por encima de todo. Demasiada gente conociendo nuestra existencia no sería seguro para nadie.

—Y sea yo loba o no, también tengo que guardar el secreto.

Él asintió. —Es lo mejor para todos. Más seguro.

—No es como si alguien me creyera de todos modos. La mitad de la agencia piensa que soy una idiota. Si saliera con historias de hombres que se convierten en lobos, estaría acabada.

—¿Y qué piensa la otra mitad?

—Que solo conseguí mi trabajo por la posición de mi padre dentro del FBI. He vivido bajo esa sombra toda mi vida, pero no fue hasta que te conocí que empecé a darme cuenta de que ya era hora de salir de esa sombra.

—¿Te refieres a dejar el FBI?

Ella se encogió de hombros. —Tal vez. Quiero decir, nunca se sabe cómo podría ser útil, pero por ahora estoy en una licencia indefinida. Di mi declaración oficial sobre lo que pasó aquí, que corroboró tu declaración jurada y ahora soy libre al igual que tú. Nadie va a refutar mi versión.

Sawyer respiró hondo e intentó procesar todo esto. Sabía que ella había estado ocupada desde que salió del hospital, pero no tenía idea de lo profundo que había llegado.

Se inclinó y le dio un beso duro y rápido. —Creo que estoy enamorado de ti.

Ella sonrió, una sonrisa tan amplia que iluminó toda la habitación. —Eso espero, porque yo sé que estoy enamorada de ti. No creo que estuviera aquí de otra manera.

—Maldita sea, mujer. —Un gruñido bajo y retumbante sonó desde su pecho y creció en intensidad. Rodó sobre su espalda y la trajo encima de él. Cuando sus cuerpos se alinearon y ella presionó sus caderas contra su dura erección, sus ojos se abrieron de par en par y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Sawyer!

Ahora era su turno de sonreír. —¿Qué puedo decir? Acabas de ganarte otro orgasmo. —Inclinó sus caderas y empujó dentro de ella una pulgada fácil a la vez. Y esta vez iban a tomarlo con

calma. Prolongaría el placer y llevaría a su compañera a la cima del placer sin sentido. Entonces y solo entonces les permitiría llegar. Y después, si tenía mucha, mucha suerte, ella aceptaría su mordida y se convertiría oficialmente en la compañera que nunca creyó merecer.

EPÍLOGO

—**A**quí tienes, cariño. Una sidra fuerte de arándanos. La comida estará lista en breve.

Penelope apartó la mirada de la vista de la isla que ahora llamaba hogar y levantó sus gafas de sol para mirar a Sawyer. Había salido a la terraza inferior del bar de la isla mientras él pedía las bebidas y la comida porque, por una vez, el sol brillaba y necesitaba sentirlo en su piel.

—Mmmm. Gracias —tomó el vaso que le ofrecía y olió su contenido—. Vaya, puedo oler los arándanos mucho más fuerte esta vez.

Él le sonrió.

—Los sentidos mejorados hacen eso. Espera a que llegue la temporada de fiestas y Dave empiece a preparar su famoso pan de calabaza y arándanos. Pensarás que has muerto e ido al cielo.

Ella lo miró.

—¿También celebráis las fiestas normales?

—Sí, cariño. Puede que tengamos una cultura diferente debido a nuestra naturaleza animal, pero no olvides que también seguimos siendo humanos. Y pasamos la mayor parte del tiempo viviendo entre compañía mixta, así que nos adaptamos en todo lo que podemos. Además, ¿a quién no le gustan los regalos de Navidad? —le guiñó un ojo.

—Tomado nota —se recostó en su tumbona y volvió a fijar su mirada vigilante en el agua. Habían pasado dos semanas desde su decisión de tomarse un tiempo libre y aún no se había adaptado completamente a su vida aquí.

El Club Diablo había desaparecido por completo. Lo que la explosión no destruyó fue retirado y eliminado poco después de su llegada. En su lugar, estaban en proceso de construir un nuevo bed and breakfast que daría la bienvenida a los turistas los 365 días del año.

No estaba segura de entender la lógica de eso, considerando que querían mantener su existencia en secreto. Sus diversos flujos de ingresos parecían suficientes sin añadir ese riesgo.

En cuanto a la mordedura y su posterior reacción...

Bueno, estaba más que un poco decepcionada de que no hubiera cambiado mucho. Sus sentidos definitivamente estaban evolucionando, pero más allá de eso no notaba mucha diferencia. No

sentía atracción por la luna, ni más picazón bajo su piel que indicara que podría transformarse, ni cambios sustanciales en su fuerza o velocidad al correr. Sí se sentía capaz de correr más lejos y durante más tiempo que antes, pero no podía seguir el ritmo de ninguna de las hembras de la manada que habían sido convertidas.

Solo la atracción hacia Sawyer se hacía más fuerte cada día. Tal vez se debía a los cambios en su ADN o quizás, y más probablemente, sucedía porque se había enamorado.

O por el hecho de que él la amaba de vuelta, aparentemente de manera incondicional.

—¿Qué pasa? Pareces perdida en tus pensamientos hoy —preguntó él, tomando asiento junto al de ella.

—No puedo dejar de pensar en por qué todavía no me he transformado. Han pasado semanas y Faith me confió que su cambio sucedió muy rápido.

Sawyer negó con la cabeza.

—Faith es diferente. Todos lo somos. Cada uno va a reaccionar de manera distinta a la mordedura. Además, su caso fue *extremadamente* diferente.

Ella ladeó la cabeza en su dirección.

—¿Cómo así?

Su cerveza se detuvo a medio camino de sus labios.

—¿No te lo contó?

—No, pero ahora tienes que hacerlo.

Él le sonrió.

—Ya sabes lo que dicen sobre la curiosidad.

—Lo que sea, ahora cuéntame.

Con una sonrisa en el rostro, se inclinó y le plantó un beso fuerte en los labios. Por un momento, su mente quedó en blanco y solo pensó en labios suaves y lenguas cálidas. Más específicamente, en lo perversamente talentoso que era Sawyer con su lengua.

Cuando rompió el beso, ella jadeó en busca de aire.

—No juegas limpio. Deja de intentar distraerme.

—Nadie dijo nada sobre jugar limpio, nena. Deberías estar acostumbrada a eso a estas alturas.

Su cuerpo hormigueó cuando su cálido aliento le acarició el rostro. Tenía razón. ¿Quién necesitaba juego limpio cuando podía tener esto en su lugar? Dejó su vaso, le agarró la cabeza con ambas manos y lo atrajo de nuevo para otro beso que le hizo perder la razón.

Esta vez no fue tan gentil cuando empujó su lengua dentro de su boca. Un rumor se formó en su pecho que sonaba mucho como un gruñido. Tal vez había más ADN de lobo en ella de lo que había pensado porque de repente se sintió un poco primitiva. Apretó los dedos en su cabello y lo

atrajo más hacia ella, lo que resultó en un gruñido más profundo de su parte.

Lo siguiente que supo fue que él la había levantado sobre la mesa, se había colocado entre sus piernas y sus manos estaban provocando sus muslos desnudos en el borde de sus pantalones cortos.

Ese simple contacto de piel con piel le provocó un escalofrío por la columna mientras su cuerpo se electrificaba con su toque. Para cuando sus dedos tocaron el borde de sus bragas, ya estaba húmeda y lista para él.

—Me provocas tanta hambre que me es difícil controlarme cuando estoy contigo —el gruñido bajo y retumbante que siguió a sus palabras hizo que más calor se acumulara entre sus piernas. Ella no era la única que tenía problemas para mantener la calma.

—Deberíamos... ¿no deberíamos ir a un lugar más privado?

Una sonrisa traviesa cruzó su rostro.

—No me llevará mucho hacerte llegar. Ni siquiera tengo que quitarte la ropa —puntualizó sus últimas palabras deslizando un dedo por debajo de sus bragas y dentro de ella. El calor la atravesó como una tormenta de verano, haciéndola gemir bajo el repentino asalto de sensaciones.

—*Realmente* no juegas limpio —jadeó, sus manos agarrando sus hombros con toda la fuerza que podían.

Él la provocó con caricias largas y lentas mientras ella intentaba y fallaba en recuperar el aliento. En algún lugar en el fondo de su mente había un recordatorio de que estaban al aire libre donde cualquiera podría encontrarlos, pero ese recordatorio se desvaneció cuando Sawyer presionó su pulgar sobre su clítoris.

—Mi necesidad de estar dentro de ti en cada oportunidad posible es mucho más importante que jugar limpio, mi compañera.

El intenso deseo que vio en sus ojos hizo que su estómago temblara. Por supuesto, sus palabras también podrían haber sido la razón. Su afición por hablar sucio nunca fallaba en volverla loca.

—¿Aún me vas a contar sobre Faith cuando terminemos, verdad?

Él negó con la cabeza.

—Debo estar haciendo algo mal si todavía estás pensando en eso.

Él podría haber pensado que ella lo olvidaría, pero no sería así. Sin embargo, la necesidad imperiosa dentro de ella había tomado prioridad, así que lo otro podía esperar.

Afortunadamente, él dejó de hablar y ella escuchó más que vio cómo se desgarraba la parte delantera de sus pantalones. Sus labios estaban enterrados en su cuello, sus dientes raspando contra la marca que había dejado cuando se deslizó dentro de ella.

Dios mío, quería explotar. Y, sin embargo, al mismo tiempo no era suficiente. Así que envolvió sus piernas alrededor de él y lo atrajo más cerca, rindiéndose a las emociones que él despertaba en su interior.

¿Cómo había caído tan fuerte y tan rápido? La pregunta pasó fugazmente por su mente, pero al final la respuesta no importaba. Un amor inesperado la había encontrado y la había hecho suya. Él afirmaba que eran compañeros incluso si ella nunca se transformaba.

—Mierda —exclamó él, poniéndose rígido encima de ella.

—¿Qué pasa?

—Debería haber esperado a tener privacidad. Pero me vuelves loco de necesidad.

Ella sonrió contra su pecho un momento antes de que él comenzara a alejarse.

—Espera. No lo hagas. Me encanta que me necesites tanto que no puedas esperar. Es muy excitante.

—Prometo que te lo compensaré —dijo él, con evidente agonía grabada en su rostro.

—No... —Se detuvo cuando un leve golpe sonó en las escaleras de madera que conducían hasta donde estaban. *Mierda*. Alguien venía.

Para su mérito, Sawyer se movió rápido. Los tenía a ambos cubiertos y sentados en sillas en cuestión de segundos. Desafortunadamente, su acelerado latido del corazón y el calor que le ruborizaba el rostro serían una clara señal de exactamente lo que habían estado haciendo aquí abajo.

—Aquí están —Damien apareció a la vista con Faith justo detrás de él.

—Aquí estamos —murmuró ella entre dientes.

Faith soltó una risita.

—Damien, creo que nuestro momento fue inoportuno. Los hemos interrumpido.

El rostro de Penelope ardió aún más. Adiós a la sutileza.

—Es temporada de apareamiento. No se puede evitar.

Como si leyera su vergüenza, Sawyer gruñó y le apretó la mano.

—¿Hay alguna razón por la que vinieron a buscarnos aparte de frustrar mis planes? —preguntó Sawyer.

Penelope bajó la cabeza y gimió. Tal vez si lo pensaba lo suficiente, la tierra se abriría y se la tragaría entera. Cualquier cosa para salvarla de esta conversación.

—Faith me ha convencido de hacer una fogata de temporada de apareamiento en la playa y queremos asegurarnos de que todos estén allí, incluidos ustedes dos.

Faith les sonrió a ambos.

—No hemos tenido mucho tiempo para celebrar últimamente y creo que nos lo merecemos.

Penelope levantó la mirada. Una fiesta sonaba algo interesante. Tal vez. Aún no estaba segura de su lugar aquí.

Excepto que Sawyer ya estaba negando con la cabeza.

—No creo que Penelope esté lista para una de nuestras fiestas de temporada de apareamiento.

—¿Por qué no? —preguntó ella, un poco ofendida de que Sawyer no quisiera llevarla a una reunión que incluía a toda su manada.

Él levantó su mano y presionó sus suaves labios contra sus dedos.

—Hmm. Cómo decir esto sin asustarte...

Su interior se congeló. Por supuesto, solo decir eso ya la asustaba. *¿Qué demonios?*

—Está preocupado de que te asustes cuando descubras que las reuniones de temporada de apareamiento son tradicionalmente... eh...

—Fiestas de sexo —soltó Sawyer.

Faith le lanzó una mirada oscura.

—Iba a decir que tradicionalmente se consideran como una oportunidad para invocar la magia de la luna para aumentar nuestras posibilidades de apareamiento y fertilidad.

—Fiestas de sexo —repitió Sawyer.

—Deja de decir eso. La vas a asustar —Faith se movió al asiento junto al de ella y se sentó—. Damien y yo queremos quedar embarazados.

Penelope tomó un respiro profundo. Esa declaración hizo que su estómago se aflojara un poco.

—Y me han dicho que la temporada de apareamiento puede ser el momento perfecto para la fertilidad de un lobo. Así que pensamos, ¿por qué no mejorar nuestras posibilidades reuniendo a nuestra familia y amigos para aprovechar un poco más de la luna?

—¿Y esto implica que todos tengan sexo en esta pequeña reunión? —preguntó ella.

Faith se rio y Damien golpeó a Sawyer en la cabeza por su parte en sus pensamientos.

—No. No estamos realizando algún tipo de ritual sexual extraño. Para nada. Es una fiesta. Celebramos la temporada con comida y bebida. La luna llena brilla sobre nosotros y, con un poco de suerte, esa energía se traduce en algo más adelante.

—Eso suena bastante simple —se volvió hacia Sawyer—. ¿Por qué lo llamaste fiesta de sexo? ¿Estás tratando de asustarme? ¿O no quieres que vaya a una fiesta con tu manada? —Odiaba que su inseguridad sobre no pertenecer hubiera surgido y, para colmo, frente a testigos.

—No, cariño. Para nada. Estoy totalmente a favor de llevarte a esta fiesta. Ahora perteneces con nosotros. Eres una de nosotros sin importar qué.

Faith y Damien asintieron con la cabeza.

—Sin embargo, debes saber en lo que te estás metiendo. La fiesta en sí es lo que dicen que es. Pero, cariño. *Es* temporada de apareamiento. El impulso de aparearse está en cada uno de nosotros en este momento. Si le agregas alcohol y un poco de magia lunar a eso, va a llevar a...

—Una fiesta de sexo.

Todos se rieron.

—Ahora lo estás entendiendo. No somos exactamente gente tímida.

—¿Es solo una fiesta?

Faith asintió.

—Sí. Últimamente nos han pasado muchas cosas malas, pero también muchas buenas. Creemos que es hora de celebrarlo.

Los nudos en el estómago de Penelope se desenredaron y le devolvió la sonrisa a su nueva amiga.

—Entonces creo que nos encantaría estar allí.

Dos noches después, la manada se reunió alrededor de una enorme fogata en la playa y, con Damien y Faith guiándolos, invocaron la energía de la luna para bendecir a su manada con fuerza, amor y fertilidad.

Aunque estaba completamente de acuerdo con la parte de la fuerza y el amor, la charla sobre la fertilidad la ponía un poco nerviosa. Ya eran seres mágicos que podían transformarse de lobo a humano a voluntad, ¿y si esta pequeña reunión lunar realmente los bendecía con fertilidad?

¿Estaba lista para algo así? Aún tenía consigo las píldoras anticonceptivas que tomaba cada mañana, pero se suponía que nada funcionaba al cien por ciento y si alguien podía desafiar la medicina convencional, sería su hombre lobo.

Lo vio al otro lado de la hoguera hablando con su mejor amigo Creed y su compañera muy embarazada, Dani. El cliché sobre estar radiante durante este período ciertamente se aplicaba a ella, y la forma en que Creed la sostenía posesivamente por la cintura y los frecuentes toques que ella le devolvía, hacían obvio para cualquiera que estaban locamente enamorados.

Y hablando de amor...

Volvió su mirada a Sawyer y lo encontró mirándola fijamente por encima de las llamas danzantes. Les dijo algo a Creed y a Dani sin apartar los ojos de ella, lo que hizo que ambos la miraran, luego se alejó de ellos y se dirigió alrededor de la hoguera.

Le encantaba verlo moverse. Lo hacía con propósito, haciendo que cada músculo se flexionara y doblara a su voluntad. A la luz de la luna llena, podía distinguir las profundas cicatrices en el lado de su cara y cuello que siempre la hacían querer tocarlo.

No porque sintiera lástima por él, sino porque lo hacían parecer peligroso y, aparentemente, a ella le gustaba eso. Solo le tomó un minuto llegar a su lado, pero ese fue tiempo más que suficiente para que su cuerpo se calentara y sus bragas se humedecieran. Sí, él era la magia personificada, sin duda.

Si la mirada hambrienta con la que se le acercaba era una indicación, tenía la sensación de que la parte de la fiesta sexual de la noche estaba a punto de suceder para ella.

—¿Estás bien? —preguntó él cuando se acercó lo suficiente para atraerla a sus brazos.

—No podría estar mejor —respondió ella, con la felicidad emanando de sus huesos.

—Hmm —gruñó él—. Me permito disentir.

Su cuerpo ardió aún más de deseo. Si cada temporada de apareamiento la ponía tan cachonda (y afortunada), iba a esperar cada una con gran anticipación.

—¿Estás preparado para demostrarlo, señor Black?

Él los inclinó hacia adelante, doblándola hacia atrás hasta que su cuello quedó expuesto ante él de la manera que le gustaba. —Señorita Bishop, no tiene ni idea. La única pregunta es si la tomo aquí o espero hasta que pueda llevarla de vuelta a mi cama.

Ella trató de calcular en su cabeza qué tan lejos estaban de su cabaña y cuánto tiempo les tomaría regresar allí cuando gimió ante la sensación de los dientes de él raspando contra su piel.

Al diablo con la cama.

Varios meses después, Penelope miró a la pequeña bebé en sus brazos con una mezcla de asombro y admiración. Después de más horas de las que le gustaba contar, y un montón de gritos que estaba segura de que escucharía en sus sueños por un tiempo, Dani había dado a luz a este paquete perfecto. Y ya toda la manada se había enamorado.

—Te hace pensar en tener uno propio, ¿no es así?

Miró de la hija a la madre y viceversa. —Tal vez. —Por supuesto que sí, pero no iba a admitirlo ante las damas sentadas en la sala de Dani en ese momento. No solo porque nada podía mantenerse en secreto en este grupo, sino que sabía que en el momento en que Sawyer escuchara que quería un hijo, no tendría paz nunca más.

Reprimió una risita. No es que tuviera mucha paz de todos modos. Gracias a Dios por eso. Aparentemente, haber pasado la mayor parte de su vida adulta sin estar muy interesada en el sexo la había llevado a un giro masivo de ciento ochenta grados una vez que ella y Sawyer se habían apareado. Ahora, su apetito rivalizaba con el de él y estaban juntos literalmente en cada oportunidad que tenían.

Lo cual, desafortunadamente, no había sido suficiente en su opinión. Sawyer había estado increíblemente ocupado con la reconstrucción de la manada. No solo había implementado una multitud de nuevas medidas de seguridad alrededor de la isla (porque los cazadores locales podrían estar tranquilos por ahora, pero todos sabían que tenían que estar preparados para más), sino que también había estado ayudando con la construcción real del bed and breakfast que debía abrir la próxima semana.

No es que su falta de "tiempo juntos" fuera toda culpa de él.

Finalmente había renunciado al FBI y había tomado un trabajo en la oficina del Sheriff. Los líderes de la manada habían estado de acuerdo con ella y Sawyer en que tenerla en una posición clave en la aplicación de la ley local era la mejor manera para que ella ayudara a proteger a la manada.

Su nueva familia.

Su corazón se calentó ante el pensamiento. Resulta que recibir un disparo había sido lo mejor que le había pasado.

En cuanto a su antigua vida. Su padre la había cortado completamente de su vida cuando renunció a su trabajo y, para su sorpresa, había sido un alivio. Había pasado demasiados años tratando de hacer que él la amara sin entender que así no era como se suponía que funcionaba el amor. Le tomó encontrar el amor verdadero aquí en Punta del Diablo para darse cuenta de todo lo que había faltado en su vida. Una familia real.

A partir de ese punto y con las seguridades de Sawyer, había sido fácil alejarse.

Acarició la suave mejilla del bebé y suspiró. Ahora tenían una razón más para estar emocionados. —Tienes el mejor momento, pequeña. Espero que estés lista —arrulló.

De repente, una multitud de mujeres aclarándose la garganta y/o riendo llamó su atención y la hizo levantar la vista del bebé.

Sawyer estaba en la puerta, con un hambre desnuda prácticamente irradiando de él. Diablos, sus emociones eran palpables en la habitación.

Faith luchó por ponerse de pie, su hinchado vientre embarazado ralentizándola. Ella se había quedado embarazada esa noche en la playa y pronto añadiría otra personita a la población de la isla. Si alguien más se quedaba embarazada, podrían llamarlo una tendencia.

—Aquí, déjame tomarla. Creo que te vas.

Antes de que pudiera expresar su agradecimiento a su amiga, Sawyer estaba sobre ella. Tan pronto como el bebé dejó sus brazos, él la sacó de la silla y la arrojó sobre su hombro. Todas las mujeres en la habitación comenzaron a vitorear y Penelope tuvo que cubrirse la cara con las manos.

Nunca iban a dejar que olvidara esto. Aunque, en secreto, le encantaba cuando Sawyer se ponía así. Anhelaba palabras bonitas y declaraciones de amor tanto como cualquiera, pero las acciones siempre hablaban más fuerte que las palabras y las suyas decían mucho.

La deseaba y no podía esperar. Algo de lo que nunca se cansaría.

Una vez fuera, él se giró y caminó hacia el bosque que se extendía detrás de la casa de Creed y Dani.

—¿Adónde vamos?

—La cabaña está demasiado lejos —dijo él, con un sonido que era mitad gruñido, mitad rugido.

Su estómago dio un vuelco.

Él no dijo nada más hasta que se detuvo, probablemente justo lo suficientemente lejos como para no ser escuchados.

La bajó de su hombro y la atrajo hacia el suelo encima de él. —Lo siento, nena. Pero casi perdí la cabeza ahí dentro cuando entré y te vi tocando al bebé. Te veías tan jodidamente dulce. Me hizo algo.

—¿Te volvió loco? —preguntó ella, con una sonrisa en su rostro.

—Tú siempre me vuelves loco. Pero verte así. Vaya. No esperaba una reacción tan fuerte.

Sus manos ya estaban bajo su camisa desabrochando su sujetador.

—¿Quieres un bebé, Sawyer?

Él pellizcó sus pezones y su cabeza cayó hacia adelante mientras el placer la invadía.

—Quiero hacer todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz. Te daré cualquier cosa que quieras.

Ella apoyó sus manos a los lados de su cara e intentó pensar a través de las deliciosas sensaciones que sus manos aún provocaban en su piel. —Ya me diste el mayor regalo que podría haber recibido. Dos de hecho.

Sus manos se quedaron quietas y la miró a los ojos.

—No parezcas tan sorprendido —dijo ella—. Gracias a ti tengo amor.

Él sonrió y le dio un beso fuerte en los labios. —Eso es cierto. Me embrujaste desde el principio y me hiciste enamorarme de ti. Y no me importa decirlo de nuevo, pero no hay vuelta atrás. Estaré enamorado de ti para siempre.

Su corazón se derritió. No estaba segura de poder amarlo más, pero cada día él encontraba una manera de lograrlo. Cada. Día.

Se inclinó hacia adelante y lo besó. Creía que su gran y malo alfa, que una vez estuvo lleno de nada más que furia, decía en serio cada palabra. Realmente haría cualquier cosa por ella.

—Hagámoslo entonces. Quiero sentir a tu hijo creciendo dentro de mí. Y quiero ver tu cara cuando sostengas a nuestro bebé por primera vez. —Ahora había lágrimas corriendo por su rostro que él atrapó con sus dedos y su lengua mientras caían—. Te amo tanto, Sawyer.

—Tú eres mi corazón, Penelope, mi compañera.

Ella se dejó caer sobre él de nuevo y los hizo rodar hacia un lado para poder alcanzar y acariciarlo. Su gemido resultante estaba tan lleno de fuego que casi la hizo combustionar.

—Espera. —Él los hizo rodar para poder inmovilizar sus hombros y evitar que lo tocara—. Dijiste que había dos cosas que te di. ¿Cuál fue la otra?

Su corazón casi estalló de alegría cuando el gruñido que se formó profundo en su garganta salió en un largo y bajo aullido que ninguna distancia ocultaría de sus compañeros de manada.

—Me la diste a ella —dijo, con las palabras volviéndose un poco difíciles mientras la loba dentro

de ella luchaba por salir. Desde el primer cambio que había llegado de repente después de semanas de espera, hasta ahora, su loba se había convertido en la mejor experiencia de vida después del amor de Sawyer que podría haber experimentado—. La loba dentro de mí me ha alterado de una manera que no puedo explicar. Ahora, te debo mucho más que simplemente salvar mi vida. Esa noche en la playa, bajo la luna llena de la temporada de apareamiento, me diste *magia*.

¡Muchas gracias por leer!

¿Listo para continuar con más historias paranormales sexys? Visita mi sitio web en elizagayle.com para obtener extractos gratuitos y otras cosas divertidas.

Únete al boletín VIP de Eliza en elizagayle.com/newsletter y sé el primero en ser notificado de nuevos lanzamientos, ofertas y concursos.

SOBRE LA AUTORA

Sobre la autora

Eliza Gayle es la autora superventas del NY Times y USA Today de más de 25 libros de romance paranormal. (También escribe romance contemporáneo bajo el nombre de E.M. Gayle). Vive en una pequeña isla en el Noroeste del Pacífico y pasa sus días escribiendo romance, paseando por la playa, practicando kayak o intentando remodelar algo. (Culpa de esto último a Pinterest).

Antes de comenzar su carrera como escritora, sirvió en el Cuerpo de Marines y vivió una vida loca de aventuras. Luego leyó su primera novela de romance erótico y todo cambió. Así que después de años pensando en escribir, finalmente tomó su portátil y se puso a ello.